

Selecta



Si me escogieras

Elizabeth Urian



Si me escogieras

Elizabeth Urian

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

E

Escocia, 1900

Ewan McDougall dio unos pasos firmes por el silencioso pasillo hasta llegar a una pequeña habitación llena de enseres, capas, sombreros y calzado. Se sentó en un banco de madera y empezó a sacarse las botas llenas de barro. Al instante apareció un lacayo, pero Ewan rehusó su ayuda, puesto que él solo era muy capaz de cambiarse las botas.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó al cabo de unos segundos, cuando ya estaba listo. Llevaba dándole vueltas a una idea y no quería que pasara otro día postergando sus deseos para no salir lastimado.

El asunto resultaba extraño: su mente se distraía con frecuencia al recordar sus ojos y el bello rostro con el que Dios la había bendecido. Sin embargo, él no deseaba pensar más de lo debido en sus atractivos atributos, por eso era necesario hacer algo para solucionar aquella inquietud.

—En el salón grande, señor McDougall —contestó el sirviente, antes de coger las botas sucias para limpiarlas, cepillarlas y pulirlas.

Ewan se encaminó hacia el salón, pero esta vez sus pasos eran mucho más vacilantes, como si le costara enfrentarse a lo que vendría a continuación.

En cierto modo, así era.

—Madre... —murmuró con solemnidad.

Se acercó a la chimenea encendida. Allí, Deirdre McDougall cosía

sentada en una butaca.

Levantó el rostro y sus labios dibujaron una dulce sonrisa.

—Hijo, has vuelto pronto —dijo con afecto.

Ewan besó su mejilla y, a continuación, buscó otra butaca para situarla junto a la de su madre.

En aquel momento sintió el calor que desprendían las llamas; una sensación muy reconfortante.

Se frotó las manos con vigor.

—La reunión con los arrendatarios de Lanark Hill ha sido corta.

—¿Todo bien? —se interesó ella.

Ewan asintió lentamente.

—Nada de lo que preocuparse —dijo sin concretar—. Solo asuntos habituales.

—Tu padre lo querrá saber todo.

Ewan suspiró con profundidad, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento.

—Lo sé.

—Pero tiene mucha confianza depositada en ti —matizó su madre.

Liam McDougall creía en el buen criterio de su hijo y en el modo en el que llevaba los asuntos relacionados con las propiedades. No obstante, como jefe de familia no podía evitar supervisar sus decisiones para intervenir si se daba el caso. Ewan tenía sus propias tareas asignadas, aunque a veces no la última palabra. Y sí, quizás se enfurecía cuando minaban su autoridad. Sin embargo, después siempre terminaba reflexionando, recordándose que todo aquello que lo rodeaba pertenecía a su padre. Algún día sería suyo, si bien de momento tenía el deber de someterse a su voluntad.

Decidió dejar aquel asunto de lado. Al fin y al cabo, no llevaba a ninguna parte.

Ewan desvió la mirada hacia el tejido que su madre sostenía con las

manos.

—¿No te aburres, aquí sola?

Los ojos de Deirdre McDougall sonrieron.

—Nunca —declaró con contundencia—. Sabes que no me encargo tan solo de las cuestiones domésticas del castillo. Es mi obligación cuidar de la gente que vive y trabaja bajo nuestro techo, pero también de los peones que se ocupan de nuestras tierras. Hay que alimentarlos bien —prosiguió—, conseguirles un buen lugar para dormir... —Dejó la frase en el aire y observó tiernamente a su hijo—. No se trata solo de cobrar por los arrendamientos o las cosechas y dejarlos a su suerte. A veces hay que dejar relucir el lado más caritativo. Ya sabes en qué delicada situación se encuentra Sorchá Finley después de la muerte de su marido. Es muy joven, aunque no podrá sacar la granja adelante si solo cuenta con la ayuda de su suegra.

—Por esta razón le hemos buscado dos hombres que harán los trabajos más pesados. Si se sabe administrar bien y las cosechas son propicias podrá pagar a tiempo.

—Oh, Ewan —se lamentó su madre—. No puedes pensar siempre en las finanzas.

—¿Por qué no? —replicó de inmediato—. Padre quiere que aprenda a llevar las propiedades de los McDougall para hacer que den beneficios.

—Me parece un motivo excelente, porque nos favorece a todos. Ahora bien, nuestros arrendatarios en ocasiones se encuentran con grandes dificultades. Ya eres mayor: debes decidir si quieres involucrarte en esta comunidad o dejar que solo te importe el dinero. Sorchá se pasa el día en el campo, al igual que su suegra. ¿Crees que tiene tiempo para pensar en la criatura que está por llegar? —Levantó las pestañas y lo miró con detenimiento—. Es por eso que ayudo con lo que puedo. He conseguido un poco de ropa para el bebé. Algunas piezas se encuentran en buen estado y otras necesitan ser zurcidas.

Ewan se sintió orgulloso de ella.

—Eres muy buena.

Su madre encogió los hombros.

—Como te he dicho antes, no me aburro.

—Pero un poco de compañía te iría bien, ¿no? Ahora que mis hermanos ya han crecido no es necesario estar siempre pendientes de ellos.

Los párpados de Deirdre McDougall bajaron ligeramente.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó con suspicacia, lo cual hizo que Ewan se lamentara. Deseaba decir aquello con naturalidad, si bien no sabía cómo hacerlo.

—Glenrow no tiene mucha vida social. Quiero decir... —Dudó—. ¿No echas de menos Londres?

—¡Si hace treinta años que vivo en Escocia! —exclamó.

—Que no tiene el mismo bullicio —le recordó él.

—Me gusta Londres —manifestó—; por supuesto que sí. Pasar algunas semanas, ver familia y amigos, asistir a alguna cena elegante... Aunque eso es todo. Escocia es mi hogar y soy feliz en él.

—Eso ya lo sé.

Ewan se rascó la cabeza. No estaba consiguiendo lo que buscaba.

—¿Entonces?

Se aclaró la garganta.

—Pienso que sería agradable contar con un poco de distracción, aunque sea por unos días. Unas visitas, quizás.

Ewan advirtió cómo la mente de su madre hervía de intriga y expectación a la vez.

—¿En quién estás pensando? —preguntó con suavidad.

—En nadie en particular —se dio prisa en aclarar, aunque no tenía sentido negarlo. Ella lo conocía bien: Ewan no era amante de las conversaciones superfluas a menos que la ocasión lo requiriera, que no era el caso—. Se trata de una sugerencia.

—No lo creo, hijo. ¿Puedes explicarme qué está sucediendo? —quiso saber, con cierta impaciencia a la voz.

—El asunto es... —Calló durante un instante, rezando por no enrojecer. No era un hombre tímido, pero algunas cuestiones eran difíciles de expresar en voz alta a su madre; y más, teniendo en cuenta que le daba vergüenza confesar lo que había tratado de ocultar—. Esta temporada —prosiguió—, hemos estado en Londres.

—Así es —lo animó a continuar.

—¿Por qué?

Ella arrugó el entrecejo, buscando sentido en la extraña actitud de su hijo.

—Si ya lo sabes... —contestó en un tono de cierto paternalismo—. Tiempo atrás, mi padre me obligó a casarme con el tuyo. La simple idea, cuando la supe, me pareció espantosa. Para mí, Liam McDougall no era más que un escocés cualquiera que, en cierto modo, debía cargar conmigo por una deuda. Y cuando nos conocimos... —Dejó la frase inacabada, puesto que no quería perderse con los recuerdos—. Quizás acabó triunfando el amor, pero lo que realmente importa es que yo nunca haría una cosa así con mis hijos.

—Ya lo sé.

—No obstante, tienes veintiocho años. Eres bastante maduro para empezar a pensar en la idea del matrimonio —declaró.

—Ya lo sé —volvió a repetir él.

Su madre quería tener nietos. Además, como primogénito y heredero de las tierras y propiedades, era suyo el deber de hacerlo para garantizar la supervivencia de la familia McDougall.

—No parece interesado en ninguna mujer de las cercanías. Por eso pensé que sería bueno asistir durante unas semanas a la temporada social de Londres.

Y Ewan había aceptado con facilidad acompañar a su madre. Dejó toda la planificación en sus manos, su ayuda de cámara se encargó de hacer el

equipaje y de las tareas importantes se ocupó su padre durante su ausencia, puesto que había rehusado viajar con ellos.

¿Por qué tanta docilidad de su parte? Pues porque no se trataba solo de lo que se esperaba de él; en realidad, Ewan quería casarse. No le importaba tener que asistir a cenas, bailes y veladas musicales, mantener aburridas charlas con gente que no conocía o ser juzgado. Ni siquiera sufría por cómo podían ser calificadas sus rentas, si sustanciosas o escasas. Sin embargo, se negaba a competir con otros candidatos por las atenciones de una dama. Su intención era conocer alguna bastante inteligente y bonita —por qué no— con la que compartir una vida. Era imprescindible que a ella le gustara el campo, así como su estilo de vida, que nada tenía de bucólico. Escocia era fría y áspera. La supuesta dama debería ser serena, paciente, sensata, cálida y apacible con la gente, benévola y con buena disposición. Y que nunca se arrepintiera del paso que fuera a dar.

Si lo pensaba con detenimiento, buscaba alguien que se adaptara igual de bien que su madre, que había dejado las comodidades de Londres y todas las delicadezas para construir un hogar.

Los McDougall no eran una pandilla de bárbaros sin modales. Comían correctamente con cubiertos, habían estudiado y sabían moverse en ambientes elegantes. Aun así, vestían con bastante sencillez, dado que ellos vivían de los frutos de la tierra. Así pues, no se podían permitir el lujo de ser perezosos.

A pesar de su larga lista de cualidades, Ewan pensaba haber encontrado una dama de su gusto, aunque no podía estar del todo seguro, puesto que en contra de sus intenciones, ella tenía unos cuantos pretendientes.

—Quiero que hagas una cosa —dijo al cabo de unos momentos. No tenía sentido esconderlo, y más cuando su madre no tardaría al adivinar sus intenciones—. Aunque me gustaría que respetaras mi voluntad, puesto que de momento prefiero ser prudente.

—Y contar poco —añadió por él.

—Sí —respondió—. ¿Puedes hacerlo por mí?

Su petición fue suficiente para que su madre accediera al instante.

—Por supuesto. Dime qué puedo hacer.

Ewan respiró con profundidad.

—Sería bueno que invitaras a tu amiga Edith, la duquesa de Dunham —concretó.

Una inevitable expresión de sorpresa apareció en el rostro de su madre. No porque fuera mala idea, sino porque provenía de su hijo.

—¿Edith? —repitió el nombre, como si no lo hubiera escuchado de los labios de su hijo.

Ewan asintió despacio, tragando saliva. Era el momento clave.

—Sí. He pensado que a ti y a ella os gustaría pasar unas semanas juntas. Todavía no hace bastante frío para que este asuste a los invitados —trató de bromear.

Su madre estaba tan concentrada en aquella extraña petición que ni siquiera esbozó una sonrisa.

Le costó reaccionar.

—¿Eso es el que me querías pedir? ¿Por qué tanta ceremonia?

—Prométeme que no se lo dirás a nadie. Y cuando digo nadie, quiero decir nadie. Tampoco a padre —matizó.

—Ewan, ¿te has metido en algún lío? —le preguntó su madre, evidentemente preocupada.

—Entiendo tu desconcierto, pero no puedo explicar mucho.

—¡Una cosa es no explicar mucho y la otra nada! —exclamó ella—. ¿Quieres que Edith deje durante unas semanas a su familia para venir en Escocia y no debo saber por qué?

Ewan apartó la mirada para encontrar cierto confort contemplando las llamas.

—Cuando te diga más lo adivinarás, puesto que no se trata solo de Edith, sino también de la señora Burton y de sus hijas. Me gustaría que todas ellas

vinieran una temporada.

—¿Odethe? ¿Por qué pretendes...? ¡Oh! —comprendió al final. No se trataba ni de Edith ni de Odethe. No obstante, la sorpresa fue mayúscula—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Los músculos del cuerpo de Deirdre McDougall se destensaron y de repente mostró un talante alegre, además de mostrar una gran sonrisa. En cambio, Ewan se mostraba cohibido.

Se obligó a hablar, no fuera caso que su madre proclamara aquello a los cuatro vientos.

—Me tienes que prometer que lo mantendrás en secreto. ¿Comprendes el motivo por el cual me cuesta tanto hablar?

—¡Por supuesto!

Ewan no supo si aquella exaltada afirmación hacía referencia a no decir nada, sobre las reticencias de él o las dos cosas a la vez.

—Mamá, es importante.

—Oh, Ewan, tienes mucha razón. Y ahora dime: ¿se trata de Marian Elizabeth o de Grace?

La pregunta fue formulada en voz queda, puesto que se trataba de una confidencia.

—Prefiero no revelarlo todavía.

Pero ella no pudo dejarlo pasar. Más bien se puso a pensar cuál de las dos mellizas, hijas de Odethe, había podido conquistar el corazón de su hijo.

—Mmmm... Recuerdo perfectamente nuestra estancia en Londres y no observé que te inclinaras por una de ellas.

—Correcto.

Ewan bailó con las dos por igual para no despertar sospechas, aunque tenía a su preferida. Y no solo con ellas, sino con todas las debutantes que había conocido.

—Es más, mientras nos acompañabas a todas aquellas fiestas —prosiguió su madre— te comportaste como un verdadero caballero.

La ceja de Ewan se inclinó hacia arriba.

—¿Acaso querías que la raptara como un bandido? —preguntó con ironía.

Ella negó haciendo unos movimientos con la cabeza, siguiendo el hilo de sus reflexiones.

—¿Cómo podía imaginar que sentías un amor secreto?

De repente, al sentir aquello, Ewan tosió con fuerza, aunque tardó un poco al recuperarse.

¡Él no sentía un amor secreto por nadie!

—Tú querías que me interesara por una chica, ¿no? Pues aquí lo tienes. No se trata de nada más.

Su madre lo miró con intensidad, como si intentara leer sus pensamientos.

—¿Estás seguro? No tienes por qué avergonzarte de tus sentimientos.

—Por supuesto que lo estoy. —Se conocía mejor que nadie—. Solo necesito un espacio tranquilo donde pueda conocerla de verdad, porque no sé con seguridad si ella está interesada en mí.

Deirdre McDougall frunció los labios.

—¡Pero si eres un gran partido!

Ewan no pudo evitar sonreír.

—Hablas con amor de madre, aunque en realidad no todas las mujeres caen rendidas a mis pies y esta tampoco es mi intención.

—Si te conocieran de verdad, lo harían —insistió.

—Vuelvo a reafirmarme en que no sé cómo me ve ella. Ahora bien, si este problema estuviera resuelto, quedaría otro de importante: Odethe Burton.

Aquella mujer todavía le daba más miedo solo de pensar en la situación en la que se encontraba. Era más que una piedra en un zapato.

Incluso su madre se quedó muda durante unos segundos.

—Estoy segura de que aprecia a nuestra familia —concluyó.

La mueca de Ewan evidenció que aquello no era suficiente.

—Tenemos nuestro patrimonio...

—Que es mucho —puntualizó ella.

Él se encogió de hombros.

—¿Será suficiente para la señora Burton? Yo no soy un príncipe encantador y los dos hemos escuchado cómo decía que busca títulos para sus hijas.

Los McDougall vivían con comodidad. El antiguo castillo había sido reformado poco a poco hasta darle una apariencia acogedora, tanto en el interior como en el exterior. Además, tenían una casa en Londres; en una buena zona. Gracias a la dote de su madre y al buen saber hacer de su padre estaban libres de créditos y hacía años que podían hablar de la fortuna familiar. No obstante, carecían de títulos nobiliarios.

Odethe Burton, madre de Marian Elizabeth y de Grace, era una mujer difícil. Viuda desde hacía años se había ido a vivir con su primo, el duque de Dunham, y su esposa Edith. Ewan los conocía desde tiempo atrás, cuando su madre decidió dar dinero al hospital St. George Women's Charity de Londres. Desde entonces, ella pertenecía a la junta. Así que sabía que el carácter de la señora Burton podía amargar a cualquiera si se sentía a disgusto. Solo vivía para buscar candidatos adecuados para sus hijas —pues en ese momento ya tenían la edad casadera— y observaba la conducta de las chicas como si se tratara de un halcón. Le gustaban las apariencias, el saber estar y era demasiado rígida. Sí, aquella era la palabra exacta que la definía. Así que era normal estar preocupado.

—Yo me encargaré de que lo sea.

Deirdre McDougall dejó a un lado la ropa que cosía, acarició dulcemente la mejilla de su hijo y se levantó con presteza, dispuesta a escribir a su amiga. Pero al momento tranquilizó sus maneras para no asustarlo. Ewan no lo sabía, pero con su confesión le había dado a Deirdre una misión: conseguir ser aceptado por una de las mellizas Burton. Todavía no sabía si

la escogida era Marian Elizabeth o Grace. De cualquier manera, un impulso les iría bien.

Era cierto que Odethe podía suponer un problema, pero si la invitaba a Escocia y le enseñaba cómo vivían y el amor que sentían los unos por los otros, acabaría comprendiendo que un enlace entre las dos familias sería una bendición.

Como una madre loba, haría lo que fuera necesario para que sus deseos fueran cumplidos. Porque Ewan era un buen hijo y se merecía la oportunidad de ser feliz.

Se sentía emocionada; y expectante también. Esas eran las dos palabras que definían su estado de ánimo. Además, notaba un persistente cosquilleo en el estómago que la hacía sentir feliz y la preocupaba a la vez, dudando sobre si podría luchar contra sus propias emociones.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Era la primera vez que visitaba Escocia, la casa de Deirdre. Era más consciente que nunca de lo que aquello suponía, pero lo único que le importaba era una cosa: se volverían a encontrar. Sabía que Ewan estaría en el castillo de la familia McDougall y aquello la ponía nerviosa. Lo vería por las noches, durante la cena; seguramente lo acompañaría a algún paseo y compartirían alguna conversación, que a ella le parecería demasiado poco. Quizás si él se encontrara de viaje sería más fácil, pero la verdad era que deseaba verlo.

Estaba ilusionada.

«No deberías estarlo», le aconsejó su voz interior. Ewan la trataba con amabilidad y cortesía, como una amiga de la familia; nada más. No veía más inclinaciones de su parte. Así que sabía que tendría que disimular, como hacía siempre que él estaba cerca.

Nadie, absolutamente nadie, ni tan solo su hermana melliza, era consciente de lo que escondía, y no le gustaría que todo el mundo lo supiera. Odiaba hacer el ridículo por encima de todas las cosas, así que era

mejor hacer de tripas corazón y asumir que era poco probable que Ewan la quisiera.

—Estás muy callada —oyó decir a su tía Edith.

Su madre y su hermana dejaron la conversación en la que estaban inmersas y voltearon el rostro hacia ella.

—Estos caminos son un desastre. ¡Demasiadas curvas y sacudidas! Además, ya siento el frío en los huesos. Y eso que todavía no estamos en invierno. ¿Te has mareado? —le preguntó su madre, escrutando su rostro—. Podemos detenernos un poco y respirar aire fresco. Aunque no sé si es buena idea —reflexionó—. ¡A saber qué nos puede suceder en estas tierras desconocidas! —Nadie osó decirle que eran demasiada gente para que alguien se atreviera a hacerles daño. En el primer carruaje iba un lacayo de la confianza de los Gibson, las doncellas para las damas y el cochero; en el segundo se encontraban las cuatro; y Fergus, el hijo de Edith, montaba a caballo, cerrando la comitiva. Pero ella encontraba defectos allá donde fuera. Se sacó un pañuelo de lino impoluto para dárselo a su hija—. Pásatelo por la frente.

Ella rehusó.

—Madre, me encuentro bien —aseguró—. Aunque habría preferido quedarme —dijo, acompañando sus palabras con un gesto de aburrimento, para disimular.

¡Sería terrible que ellas descubrieran lo que sentía por Ewan!

—Cómo te entiendo, hija. Este viaje está resultando largo.

—¿Ah, sí? —Su hermana la miró con suspicacia—. Estabas entusiasmada, al igual que yo.

—Será que está cansada —intervino Edith—. Como vuestra madre.

—Puedes asegurarlo —declaró esta—. Tengo ganas de refrescarme y estirar las piernas en una cama cómoda. Espero que tengan en cuenta nuestras necesidades.

Su tía, llena de paciencia, asintió con la cabeza.

—Deirdre es una buena anfitriona; y tendrías que saberlo. Quizás nunca has estado aquí, pero sí que te ha invitado a su residencia de Londres.

¿Cómo lo hacía, se preguntó, para soportar todas las quejas de su madre? A ella y a su hermana las exasperaba la mayor parte del tiempo.

—Cómo tú misma has dicho, no es lo mismo y es difícil de comparar. De todos modos, me reservo el derecho a opinar. Además, no creo estar exagerando mis exigencias; las niñas necesitan un buen descanso para mantener la belleza de su juventud.

No pudo evitar fruncir los labios con un gesto que denotaba disconformidad.

—¡Madre, ya no somos niñas! —se quejó una de las mellizas.

—Ni tampoco un frágil pajarito —añadió la otra.

Odethe levantó la barbilla con orgullo.

—Es mi obligación de madre velar por vosotras. Y más porque vuestro padre no está entre nosotros. Ahora mismo estamos en un momento crítico. Necesitamos encontrar un partido conveniente para las dos.

—Uff... —resopló, harta de oír sentir siempre lo mismo.

—¡Esta actitud no es propia de una dama! —la regañó de inmediato—. Siempre debéis mantener las buenas formas, incluso cuando estamos entre familia. La gente ha de saber que os he educado como es debido.

Le lanzó a su tía una mirada de súplica y esta respondió a ella.

—No les estás diciendo nada que no sepan, Odethe. Tus hijas siempre han respondido a tus expectativas.

«Exigencias, más bien», pensó Grace. Pero se lo guardó para sí.

Después de unos segundos, su madre asintió con la cabeza. Las miró con cierta indulgencia.

—Tienes razón. Lo cierto es que estoy muy orgullosa de ellas; de lo que se han convertido. Si su padre pudiera verlas también lo estaría. —Acto seguido sacó un pañuelo para limpiarse el dorso de los ojos.

Grace, tras esas palabras, se sintió miserable por criticarla con tanta

dureza. ¿Qué sabía ella de lo que suponía estar sola para educar a unas hijas? A veces podía ser muy injusta.

Comprobó que su melliza parecía sentir lo mismo.

—Seguro que sí, querida. —Edith alargó la mano para estrechar la de Odethe—. No sabes cuánto admiro tu tesón.

Eso pareció complacerla y esbozó una sonrisa contenida, lo que solía querer decir que se sentía bien.

—Bien, basta ya de momentos lacrimógenos —soltó Marian Elizabeth con una palmada para aligerar el ambiente—. No queremos ponernos demasiado sensibles y que nuestros anfitriones crean que es debido a ellos, ¿cierto?

Al instante, todas se recompusieron; justo en ese mismo momento, el galope del caballo de su primo se hizo audible y el traqueteo del carruaje aminoró hasta quedar detenido.

Odethe miró por la ventana, al igual que todas ellas. Solo se veían campos de cultivo por todos lados, pero no había rastro de ninguna casa señorial.

La puerta se abrió y se asomó Fergus.

—Por si os lo preguntáis, todavía no hemos llegado.

—¿Entonces por qué nos detenemos, hijo?

—Yo también me lo pregunto. —Odethe volvía a parecer contrariada—. No creo que sea el lugar idóneo para hacerlo. Estamos a merced de salteadores y maleantes.

—Te aseguro que no los hay, tía.

—Eso no puedes saberlo con seguridad. En estas tierras eres tan extraño como nosotras.

—Como quería deciros —continuó, con toda la paciencia del mundo—, los carruajes iban demasiado despacio y yo deseaba una buena galopada, así que he llegado hasta Glenrow, que no está más que a unas pocas millas más, y he preguntado por la casa de los McDougall. No tiene pérdida.

—Ya te lo dije —aseveró Edith.

La mujer se había jactado de saber reconocer el camino por las ocasiones en las que había estado, pero una vez pusieron el pie en tierras escoces, se había demostrado que no recordaba nada. Fergus había estado de pequeño, por lo que su aportación era escasa.

—Sí, mamá, como digas. El hecho es que apenas quedan veinte minutos de viaje. Solo quería informaros de ello.

—Y te lo agradecemos, primo —intervino Grace con un guiño.

Él se lo devolvió con una sonrisa. Con sus ojos verdes y esas ondas doradas al viento, Fergus era el vivo retrato de su padre, y también su primo preferido. Aunque por edad tendría que estar más unida a Kenneth, era Fergus quien, con su sonrisa resplandeciente y su precoz sabiduría, la mantenía siempre entretenida.

—Yo de vosotras iría recogiendo si queréis dar una buena primera impresión.

Señaló la labor que, tanto Odethe como Edith habían estado haciendo, así como el libro que Marian Elizabeth tenía en el regazo. Era una suerte para ellas que no se marearan en un viaje. A Grace, por su parte, solo con fijar la vista en algo en concreto ya se le revolvía el estómago.

—No seas impertinente, Fergus. —Edith lo regañó sin demasiado ímpetu.

—Solo señalo lo obvio dado que sé con total seguridad los nervios que os acometerán cuando empecéis a ver la casa. Mejor ahora que después.

—La verdad es que tiene razón. —Marian Elizabeth ya estaba metiendo cosas en el pequeño baúl donde guardaban los enseres que utilizaban durante el camino—. Y si no os molesta, aprovechando que nos hemos detenido, creo que buscaré un lugar un poco apartado para, ejem... adecentarme.

Fergus captó que no se refería solo a la ropa o al peinado, por lo que tosió un poco incómodo.

—Estaré más adelante, por si me necesitáis.

Subió con al caballo y desapareció de su vista con una presteza inusitada.

—No hay nada como aludir a las necesidades íntimas para que salga huyendo —afirmó, ufana.

Grace soltó una risita.

—Pero tu idea no está nada mal. Estoy considerando ponerla en práctica.

—¡Grace, este no es el lugar ni el momento! —intervino su madre.

—¿Y cuándo será, mamá? Opino que preferirás ahora que justo cuando los anfitriones nos reciban o nos muestren su hogar. Mejor llegar en perfectas condiciones. ¿No es lo que siempre nos dices?

Le pareció oír una sonrisa ahogada proveniente de su tía, pero cuando la miró, esta se había dado la vuelta y no pudo comprobarlo.

—Grace tiene razón, mamá. —Marian Elizabeth ya estaba descendiendo por el otro lado, casi pasando por encima de ella.

—No es una mala idea, Odethe. Esto parece desierto. Y veo unos árboles allí, justo al lado, que servirán.

Así que, sin nadie que opinara lo contrario, Odethe se avino al plan.

Necesitaron unos veinte minutos hasta que consideraron que estaban presentables. Sus doncellas fueron de mucha utilidad para retocar peinados y vestidos, haciendo que la apariencia de las damas no reflejara el largo viaje. Y, por supuesto, durante ese lapso de tiempo ignoraron los reclamos de Fergus por su tardanza.

Casi una hora después, ya habían cruzado el pueblo de Glenrow y se dirigían hacia el hogar de los McDougall. A pesar de las advertencias de Edith, Grace no se esperaba algo tan espectacular. Estaban acostumbradas a la magnificencia, ya que los duques de Dunham tenían una mansión en Surrey grandiosa, elegante y preciosa, pero eso era distinto

Divisaron el edificio a varias millas de distancia. Era enorme.

—Deirdre siempre ha explicado —contó Edith— la impresión que recibió la primera vez que llegó. Dijo que era grande, gris y oscura. Ellos se referían al edificio como su casa, pero creo que dijo que fue su sobrina la

que lo calificó como «castillo»; y en cierta forma lo es. A partir de ese momento, ella empezó a llamarlo de ese mismo modo y así ha permanecido.

A medida que se acercaron vieron cada uno de los pequeños detalles que conformaban el castillo. Seguía siendo grande —más bien inmenso—. En él se apreciaba la estructura gris original a la que Edith hacía referencia. Ahora no parecía oscura de ninguna forma y Grace supuso que era debido a una cuidada restauración. A ambos lados del edificio se observaban las ampliaciones más recientes.

Era espectacular. Grace estaba encantada.

—Un poco demasiado grande —dijo Marian Elizabeth.

—No creas. —Edith la miró de reojo—. Por lo que tengo entendido, la parte principal sigue perteneciendo a los suegros de Deirdre. El resto lo ocupan Liam, Deirdre y sus cuatro hijos.

—Siguen siendo ocho, como nosotros —insistió.

—Calla, Marian Elizabeth —espetó Grace—. Cada lugar tiene unas características en cuanto a material y terreno. Por lo tanto, no todos los edificios son iguales.

—Eso ya lo sé. Solo estoy dando mi opinión. No digo que no sea bonito, solo que me parece un tanto excesivo.

—¡Niñas, comportaos, que ya llegamos!

El toque de atención de su madre las sumió en el mutismo.

Grace siguió admirando al edificio que se hacía más grande a cada galope. Divisó personas en la entrada del castillo y no supo si eran sirvientes o los McDougall.

—¿Es la familia entera quien está fuera? —preguntó Odethe que, para sorpresa de Grace, apenas había hecho ningún comentario.

—Eso parece —le respondió.

Apenas tuvieron tiempo de decir nada más, ya que el carruaje aminoraba por el camino terroso que llegaba justo a los pies de la gran puerta de

entrada.

Fergus ya había dejado su montura cuando el cochero abrió la puerta. Las ayudó a bajar.

—¡Bienvenidos!

Liam y Deirdre se acercaron con sendas sonrisas pintadas en el rostro.

—Espero que hayáis tenido buen viaje. —Deirdre besó a todos en las mejillas.

—Excelente —aseguró Edith—. Cuánto me alegro de veros.

—¡Pero si apenas hace unos pocos meses desde la última vez!

Grace se sintió como en casa. El recibimiento —aunque no lo dudaba— era cálido. No había diferencias entre ellos a pesar de que intuía el motivo de su viaje a Escocia. Elevó un poco la cabeza y vio a una pareja mayor que también parecía esperar para darles la bienvenida —seguro que no eran sirvientes por el modo de vestir—, así como también otros más jóvenes y a... ¡Ewan!

Sus miradas se cruzaron y él le sonrió desde su sitio, lo cual hizo que su corazón diese un pequeño salto. Dio gracias a Dios por no ruborizarse con facilidad y le sonrió a modo de respuesta.

Cuando hubo pasado el saludo de los anfitriones, las hicieron acercarse a los demás, que estaban un poco más apartados. Grace dedujo que el protocolo en Escocia debía ser algo distinto del suyo; o quizá era el modo de proceder de los McDougall.

Primero les fueron presentados los mayores, que al final resultaron ser los padres de Liam. Luego fue Ewan, el primogénito, y acto seguido sus tres hermanos. La verdad era que no le desagradaba ese recibimiento. Al menos, no mientras hiciera sol y la temperatura aguantara, como era el caso. Definitivamente, le gustaba que la hubieran invitado.

—Me alegra tenerla de vuelta, Edith —saludó Ewan.

—No más que a mí, Ewan, no más que a mí; y por más de una razón. —
Le apretó el brazo en un gesto significativo, le hizo un guiño disimulado y le sonrió con total libertad.

«Maldición, mi madre se lo ha contado con todo lujo de detalles», pensó Ewan.

Esas mujeres podían ser la discreción personificada si así se lo proponían, pero cuando se trataba de emparejamientos, esta brillaba por su ausencia.

La duquesa se alejó para tener unas palabras con sus abuelos y Ewan hizo una inclinación de cabeza hacia Odethe. Esta le respondió del mismo modo.

—¿Ha tenido un buen viaje, señora Burton?

—Podría tenerlo de mejores, pero no me quejo, joven, no me quejo.

El carraspeo de Grace hizo que la mirara. Sus ojos brillaban de risa, lo que le hizo suponer que la madre no habría hecho otra cosa que lamentarse.

Sin embargo, aunque se ceñía a la buena educación, solo quería apartarlas un poco para centrarse en Marian Elizabeth, lo cual hizo sin evidenciar sus ansias.

—Marian Elizabeth, es un placer verte.

La joven rubia le sonrió, aunque no del mismo modo que lo había hecho Grace. Ewan pensó que era muy bonita. Se la veía aseada, con el cabello recogido en un pulcro moño bajo, la pelliza azul marino de buena calidad que tan bien le sentaba y las mejillas coloradas por el fresco y vigorizante aire de las montañas.

De hecho, no era la primera vez que veía todos los detalles que diferenciaban a las hermanas. Era cierto que no se trataba de gemelas, sino de mellizas, por lo que las diferencias eran notables. Sin embargo, si se lo propusieran, apenas se distinguirían la una de la otra. Ya en Londres se había fijado que se peinaban distinto cada una de las veces que aparecían juntas —lo cual solía ser lo habitual—. En el caso actual, Grace llevaba el

peinado recogido en lo alto. Le restaban seriedad al rostro los mechones de pelo sueltos. Las pestañas de Marian Elizabeth no eran tan largas como las de su hermana. En Grace enmarcaban los ojos produciendo un efecto más oscuro que solo hacía que destacar las pupilas marrón claro. En la mujer que él quería como esposa, el detalle más significativo era la respingona punta de la nariz, más redondeada en su hermana. A Ewan le parecía un rasgo distintivo encantador.

—También para mí. Tenía muchas ganas de venir.

Consciente de que se había quedado admirándola —de hecho, comparando a las mellizas—, tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír de placer ante el alborozo que se instaló en su estómago. ¿Quizá era un modo indirecto de anunciarle que ella se sentía atraída por él? Apenas podía esperar para tenerla para él solo unos instantes.

—Me alegro. Espero que las tierras y la casa de los McDougall sean de tu agrado. De las dos —rectificó. No quería parecer maleducado dejando a Grace de lado.

—Estoy convencida de que así será. ¿No es verdad, Grace?

—Por supuesto. Juro que estoy impresionada.

Lo dijo en un tono de voz que a Ewan le sonó extraño; más que nada porque no les miraba a ellos y sí a la casa. Por una vez, no era capaz de interpretarla, lo cual sucedía si la miraba a la cara.

—¡Jóvenes, acercaos! —les llamó su padre.

Se habían quedado los tres apartados mientras los mayores y Fergus se habían alejado, conversando tranquilamente.

Este los miraba con la ceja alzada, lo que le hizo pensar que había sido un movimiento consciente del que él no se había percatado, puesto que estaba pendiente de Marian Elizabeth.

Haciendo uso de las buenas maneras, Ewan ofreció el brazo, primero a Marian Elizabeth y después a Grace.

Se acercaron hasta la puerta principal del castillo, donde estaban los

demás tomando un refrigerio. Unos sirvientes habían salido de la casa con bandejas de té recién hecho y bollos, unos rellenos de crema y otros de mermelada.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Grace cuando se unieron a los demás.

Su tono de voz fue tan tenue que Ewan tuvo que inclinarse para oírla mejor. Sintió entonces que Marian Elizabeth se desprendía de su brazo para tomar un bollo. Fue entonces cuando se lamentó por haber perdido el calor de su brazo, pero se dijo de inmediato que tenía muchos días por delante para conseguir lo mismo; y esta vez, a solas.

—La que quieras.

—Explícame, por favor, por qué estamos aquí fuera en lugar de pasar al interior.

Ewan pensó que debería haberlo esperado. Grace le había demostrado que era tan curiosa como su hermana.

—Es una costumbre de los McDougall. A veces pienso que tendría que ser lo primero que explicásemos cuando llegan invitados. ¿Acaso tienes frío?

—En absoluto.

Ella todavía seguía cogida de su brazo y ambos estaban hablando en voz baja. Ewan sentía unas ligeras, pero agradables, cosquillas en su oreja cuando ella le hablaba desde tan cerca.

—Por esa misma razón. ¿Te apetece acaso tomar asiento de nuevo en el castillo después de pasarte horas encerrada y sentada?

Ella esbozó media sonrisa, empezando a comprender.

—No, la verdad es que no.

—Pues a eso me remito.

—Pero quizá no me negaría a subir a una habitación para estirarme sobre la cama. Ups —miró hacia su madre.

—¿Qué sucede?

—Esperaba que no lo hubiera escuchado, gracias al cielo.

La miró, extrañado.

—¿Hay algo de malo en lo que has dicho?

Ella asintió. Justo entonces regresó Marian Elizabeth y Ewan se sintió encantado...

—Pero yo sí lo he escuchado. Si tan solo...

—Chicas, no sé de lo que estáis hablando.

—Venga, explícaselo —la instó Marian Elizabeth.

—Se trata de que he nombrado «cama» y «habitación» delante de un hombre.

Lo dijo como si fuera explicación suficiente, lo que no era el caso.

—Discúlpame, pero no sé qué pretendes decirme con eso. Estabas hablando de tu descanso.

—Ajá. —Marian Elizabeth también asentía—. Sucede que ella no lo ve de igual modo. Es inapropiado referirse a ello en presencia de un caballero. Una dama jamás debe hacerlo —corearon las dos, bajito.

—Ah, entiendo. —Aunque le parecía la majadería más grande del mundo, ya sabía que la señora Burton tenía ideas muy concretas sobre cada cosa que afectara a sus hijas—. Bien, el caso es que no lo ha escuchado...

—Bendito sea Dios —intervino Marian Elizabeth, convencida.

—...Y por eso —recalcó— puedo seguir explicándoos por qué nos quedamos aquí fuera en lugar de pasar al interior como hacen los demás.

—Oh, sí, adelante. —Grace lo miró con atención.

—Como iba diciendo, este es un lugar un poco alejado, así que los invitados que podamos tener deben recorrer un largo camino. Como además hace frío a menudo, aprovechamos cada momento que podemos para estar en el exterior. La comida y el asiento —señaló el enorme banco de piedra, situado a un lado de la puerta de entrada, con unas mantas gruesas donde sentarse sin helarse— se pueden solucionar. Ahora mismo vuestros baúles van camino de vuestros aposentos. Cuando subáis, ya habréis comido un

refrigerio, tomado un poco el aire y descansado un poco si así lo deseáis, como es el caso de vuestra madre. —Esta se había sentado encima de las mantas. Su abrigo la protegía del frío que pudiera sentir y seguía la conversación—. Allí ya podréis lavaros, cambiaros, descansar más a fondo o lo que sea que gustéis antes de volver a bajar. —Las miró—. No es correcto que nombre todas estas cosas en presencia de damas, ¿verdad?

Ellas negaron con una sonrisa, lo que le bastó para sentirse mejor.

—Me parece muy razonable —adujo Marian Elizabeth.

—Y muy bien pensado —declaró también Grace.

—De lo más acertado si esperáis a alguien más —intervino Fergus, que les sorprendió porque no pensaban que estuviera pendiente de su conversación.

Ewan frunció el cejo.

—No esperamos a nadie. Sois nuestros únicos invitados.

El joven señaló el camino, donde se apreciaba un carruaje que se acercaba a bastante velocidad, levantando una polvareda a su paso.

—Vuestro hogar se encuentra al final del camino que hemos seguido para venir. A mí me parece que se dirige hacia aquí.

Como lo había dicho en voz alta, todos los presentes se giraron para ver lo que el hijo de Edith indicaba.

Liam se acercó a Ewan.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—En absoluto.

—Pues no tendremos que esperar demasiado para saberlo.

—Eso parece.

A medida que el carruaje aminoraba a duras penas se distinguía mejor el blasón —puesto que era evidente que pertenecía a alguien de la nobleza—,

Grace tuvo un presentimiento, pero tan absurdo que resultaba ridículo.

Sin embargo, cuando se detuvo delante de todos ellos y vio el emblema del conde de Vasillis, sintió que un gemido interior se abría paso.

—¡Oh, Dios!

El quejido no había salido de ella, sino de su hermana. Miró alrededor y vio que la comprensión llegaba a su tía y también a su madre.

—¿Qué demonios hace este hombre aquí?

La pregunta enfadada provenía de Ewan. Los anfitriones y sus padres desconocían quién era el recién llegado, pero a él se lo habían presentado en una fiesta y coincidido en otras.

—¿Eso quiere decir que sabes de quién se trata? —preguntó Deirdre a su hijo.

Este asintió.

—Es uno de los pretendientes de Marian Elizabeth —se apresuró a responder Grace.

No pudieron decir nada más porque la puerta se abrió y el lacayo ayudó a descender a Frederick Tolbert, conde de Vasillis.

—¡Buenas tardes a todos! —Los saludó con el buen humor que lo caracterizaba.

Edith se adelantó.

—Lord Vasillis, qué sorpresa.

—Lo imagino. Supongo que estarán desconcertados por mi aparición.

—Esa no es la palabra que yo usaría —masculló Ewan por lo bajo.

Grace sí lo oyó porque todavía estaba a su lado. Lo miró y vio cómo apretaba los dientes.

—Por decirlo de algún modo —respondió Edith—. ¿Es posible que se haya perdido?

La pregunta casi la hizo soltar una carcajada por su ridiculez.

—Oh, no. Fue un impulso. Cuando supe que la señorita Burton —se dirigió a Marian Elizabeth y no cupo duda de a quién se refería— se

marchaba de la ciudad, no dudé ni un instante en seguirla allá donde fuere. No podría soportar su ausencia.

Todos estaban un poco boquiabiertos, ella incluida. El conde había admitido su devoción por su hermana en público y frente a desconocidos. Que ella jamás le hubiera dado pie a esos sentimientos ni indicio de corresponderle no parecía suponerle ningún problema. No obstante, Grace sabía que el conde era totalmente inofensivo; hasta un grado casi ridículo.

—¿Por eso se precipitó en recoger sus cosas e ir tras ella hacia un lugar desconocido y sin haber sido invitado? —soltó Ewan.

La descortesía poco habitual en el mayor de los McDougall no pareció afectar al recién llegado, que esbozó una sonrisa y afirmó:

—Eso mismo. Ha hecho un resumen muy ajustado. —Se acercó a Marian Elizabeth, le cogió la mano y se la besó—. Esos días de viaje han resultado muy duros sin su presencia. De hecho, casi estuvimos a punto de atraparlos. ¿No hubiera sido maravilloso que acabáramos viajando juntos?

—Sí, maravilloso —exclamó Edith—. Un verdadero gozo.

—Bueno, disculpen mi descortesía y presénteme a este caballero mientras mando traerle una buena taza de té caliente.

—Eso sería maravilloso, señora. Se lo agradezco mucho.

Y durante quince minutos más, Grace observó cómo se presentaba ante todos, que se portaron de un modo muy educado, excepto Ewan, que lo miraba de un modo que lo desharía si las miradas pudieran hacerlo.

Mientras pasaban al interior antes de que oscureciera, se preguntó en qué medida variaban las cosas y cómo haría Ewan para no mostrar su desagrado. Lo único cierto era que el aburrimiento no haría su aparición en absoluto.

Ewan observaba a los comensales de la cena que, desde hacía ya un buen rato, le resultaba insólita. Los observaba como si se trataran de animales extraños, porque todo parecía estar sucediendo al revés de como lo había imaginado antes de la invitación o, al menos, bastante alejado.

Marian Elizabeth ni tan solo le había dirigido una sonrisa. En cambio, a ese botarate no dejaba de dedicárselas; pudiera ser que no una carcajada, pero sí su atención.

«Bien, chico, admítelo, estás celoso», se dijo para sí mismo.

Y era algo incomprensible para él; no por el hecho en sí —ya que se consideraba capaz de sentirse dominado por ese sentimiento compulsivo—, sino porque sucediera tan temprano y a causa del conde de Vasillis.

La inesperada llegada de Frederick Tolbert había golpeado a las dos familias. De repente, el conde se presentaba como un impulsivo pretendiente a la mano de Marian Elizabeth. Por lo poco que sabía, el hombre —con palabras dichas por él— al saber que ella se trasladaba a Escocia durante un tiempo, había sido incapaz de soportar su ausencia y había salido detrás de ella. Si alguno de los invitados encontraba escandaloso tal comportamiento lo disimulaba muy bien. Incluso sus padres parecían felices de tenerlo sentado en su mesa. Ninguno de ellos había mostrado otra emoción que no fuera una alegre dicha que lo aturdía. ¿Acaso no se trataba de un comportamiento demasiado atrevido para considerarse

un gesto caballeroso?

Evidentemente, hubiera querido mantener unas palabras con ellos para saber qué pretendían, pero a buen seguro que su madre haría referencia a las buenas maneras propias de personas educadas, así que decidió no intervenir. Sin embargo, nadie le impediría mostrarse irritado por haberlo tenido en su mesa asediando y monopolizando a la mujer que él deseaba conocer mejor.

Con toda sinceridad, la única que parecía indiferente al noble era la madre de Marian Elizabeth, pero no estaba seguro de si el hecho marcaba una diferencia. Esa señora le intimidaba bastante por el simple hecho de que siempre mostraba una apariencia regia y que nunca sonreía. Parecía mirar al resto de personas como a simples mortales que no le llegaban ni a la suela de los zapatos. Y no era cuestión de arrogancia; no, en absoluto. Aquel no era el posado de la señora Burton. Era más una exigencia inherente en ella; como un listón muy alto desde el cual contemplaba la vida.

Ewan encontraba descorazonadora esa forma de ser. Con la altivez podía luchar. De hecho, parecía ser el *modus operandi* de la nobleza. No resultaba una novedad y había formas de luchar contra ella. En cambio, la señora Burton partía de unas fuertes creencias que, por supuesto, abarcaban a sus hijas. Resultaba un hito increíble que ninguna de las dos se pareciera a ella, puesto que Ewan no evidenciaba el mismo tipo de rigidez en las mellizas. No obstante, al contrario que Grace, Marian Elizabeth sí se mostraba más contenida.

Lanzó un suspiro hastiado que no pasó desapercibido.

—Es demasiado para ti, ¿no es cierto?

Fergus, el benjamín de Edith, y el único de sus cuatro hijos que la había acompañado en ese viaje, fue el que le hizo la pregunta.

Ewan lo miró de soslayo. La sonrisa ladeada que mostraba y las chispas en los ojos, que brillaban alegres, contradecían el tono fastidiado de su pregunta. Todavía era joven, pero calibró que, en breve, resultaría un problema para la población femenina.

—No sé cómo has llegado a semejante conclusión. La pura verdad es que estoy muy satisfecho aquí, en mi casa, sintiéndome como si fuera un extraño, ya que ninguno de mis invitados me hace el menor caso.

—Excepto yo —acotó el joven, ya con una sonrisa irónica.

—Excepto tú, por supuesto. Pero... —Se contuvo antes de decir cualquier cosa que lo delatase. No es que fuera un secreto lo que pretendía, mas no quería que se proclamara a los cuatro vientos a través de un jovencito aburrido.

—Sin embargo, hubieras preferido tener la atención en exclusiva de una de mis primas —señaló a las mellizas con la cabeza en un gesto disimulado — en lugar de compartirla conmigo.

Ewan no tuvo más remedio que alzar las cejas y abrir ligeramente la boca. La perspicacia de Fergus resultaba abrumadora.

—Demonios, no imaginaba que pudiera a llegar ser tan transparente.

—Oh, tranquilo; si se trata de eso, no tienes nada que temer. Solo lo sé porque soy un cotilla sin remedio y tuve la gran suerte de estar en el lugar indicado cuando entró mi madre que, creyéndose sola, murmuraba «Marian Elizabeth McDougall» y «Grace McDougall» *soto vocce* y repitiéndolo de una forma extasiada. —Se encogió de hombros—. Tras años viviendo con nosotras, mi madre las quiere como si fueran sus hijas también —dijo a modo de explicación y sin que Ewan se lo pidiera—. Por eso, la perspectiva de verlas casadas la emociona como a cualquier madre casadera que se precie de serlo.

—Vaya —se limitó a decir.

—Sí, yo sentiría lo mismo. —Y se dio la vuelta hacia el resto de presentes, ignorándolo.

Ewan se masajeó un punto de las sienes y, de nuevo, prestó atención a lo que sucedía en la mesa. Dudó sobre si debía intervenir. El invitado inesperado comía con verdadero entusiasmo mientras relataba anécdotas del camino a los demás. En circunstancias normales lo haría, sobre todo si

parecían aburridos, pero él solo observaba rostros afables. No quería dejar patente su hostilidad ni que nadie más pudiera saber que se sentía desplazado, celoso y solo.

Si eso era un indicio de lo que suponía estar a merced de los sentimientos y el comienzo de un cortejo, Ewan entendía muy bien que los hombres huyeran de ese momento como si fuera la mismísima peste.

Miró alrededor y se dio cuenta de que los postres ya habían desaparecido, por lo que vio una oportunidad. Quizá cambiar de ambiente le ayudaría a sus propósitos y el tal Frederick dejaría de monopolizar la atención de Marian Elizabeth que, dicho fuera de paso, no comprendía cómo lo conseguía, pues el hombre —aunque sin malicia— no poseía el mejor entendimiento del mundo.

—Madre —la llamó.

Eso hizo que la conversación cesara de golpe y todos se giraran hacia él.

«Bien, ya tengo la atención que buscaba, aunque no era precisamente así como quería lograrlo».

—¿Sí, hijo?

Carraspeó. Se sentía incómodo incluso en el comedor de su propio hogar.

—Dado que ya hemos terminado la cena, sugiero que nos traslademos a un lugar más cómodo que nos permita conversar.

Deirdre McDougall le lanzó una mirada de comprensión y asintió.

—Por supuesto. Qué gran idea —sobreactuó con una palmada innecesaria—. Por supuesto, lord Vasillis, también está invitado a acompañarnos.

El aludido se sacó la última cucharada de postre de la boca y negó con la cabeza.

—Me será imposible, pero le agradezco tanta hospitalidad. Ya he abusado suficiente de ella.

«Al menos es consciente, ya que nadie en su sano juicio viajaría hacia un lugar desconocido en pos de una mujer y se presentaría sin ser invitado».

—Oh, no piense eso —intervino su padre—. Ha sido un placer tenerlo entre nosotros.

—El placer ha sido mío. —E hizo una reverencia que Ewan encontró fuera de lugar—. Ahora debo acercarme al pueblo en busca de reposo. El viaje, como deben saber, es largo y pesado. —Miró a Marian Elizabeth—. Señorita Burton, sería todo un honor si accediera a acompañarme hasta la puerta. —En ese instante se dio la vuelta hacia Odethe, que lo observaba todo con seriedad—. Será todo muy correcto, señora Burton, se lo aseguro.

Esperando que Marian Elizabeth se negara, la desilusión llegó muy pronto, cuando ella asintió.

—Estaré encantada, lord Vasillis.

Aguardó una negativa que no llegó, por lo que Ewan volcó sus esperanzas en Odethe Burton. La mujer apretó los labios y los miró sin parpadear. Ewan deseó que pusiera alguna objeción; que hablara del decoro, o lo que fuera que hacían las madres como esa señora para impedirlo. No obstante, se limitó a mirarlo con ojo crítico y respondió un decepcionante:

—Eso espero.

Ewan se sintió incomprensiblemente traicionado. ¿Dónde quedaba el desmesurado celo de las madres? ¿Tan inofensivo les parecía? Iba a intervenir para decir que era correcto, cuando la buena mujer añadió:

—Con el permiso de los anfitriones, el lacayo los acompañará.

No tuvo más remedio que aceptarlo. Nadie parecía ver que no debía permitirse. Si él pedía lo mismo, ¿se lo permitirían? ¿Y por qué Marian Elizabeth aceptaba? ¿Acaso tenía sentimientos de índole romántica por ese sujeto?

«No, ni hablar. No me lo creo». Su madre no hubiera accedido a su petición si estuviera informada de que el afecto de Marian Elizabeth ya tenía destinatario.

«Tal vez ella no ha confirmado nada».

La insidiosa voz de la razón le provocaba dudas. ¿Sería posible que ella

estuviera interesada? Al fin y al cabo, Frederick Tolbert era un hombre con título. Él, en cambio, solo era un simple «señor».

Los vio desaparecer tras la puerta del comedor y tuvo que hacer un esfuerzo formidable para no ir tras ellos. Por suerte o desgracia, Grace se acercó a él en ese instante, impidiendo que hiciera alguna tontería de la que quizá después se arrepentiría.

Tener al lado a la melliza de la mujer que deseaba como esposa le resultaba un tanto extraño.

—¿Será un atrevimiento si te pido que me acompañes? —preguntó, aunque ya se había colgado de su brazo con una sonrisa.

—¿Me dejas otra opción?

—Lo cierto es que no.

Su sonrisa era bonita y franca. Ewan deseó sentirse tan cómodo con Marian Elizabeth como lo estaba con su hermana.

—En ese caso, me sacrificaré. Todo sea por las buenas maneras.

La joven rio por lo bajo y Ewan la condujo al exterior, lo que le permitió ver a ese par en la puerta de entrada a la casa, hablando.

«Márchate, ya, zoquete», le hubiera gustado decir.

Grace siguió su mirada.

—Los McDougall habéis sido muy agradables con él.

Ewan no expresó lo que sentía. Si hubiera sido su decisión, ese hombre ni siquiera hubiera cruzado la linde de su casa.

—Mis padres son gente educada.

A su pesar, se alejaron, cruzaron el pasillo y se dirigieron hacia la sala más meridional de la casa, donde servirían los café y licores.

—¿Y con eso pretendes decirme que tú no?

Se encogió de hombros. Que pensara lo que quisiera. No iba a delatarse más.

—Oh, qué decepcionante estás resultando. Me esperaba más sentimiento de tu parte.

Esa declaración lo alarmó. ¿Acaso todos sabían por qué estaban allí?

—No sé de qué estás hablando.

Ella lo miró de reojo.

—Y además de mal perdedor, mal mentiroso. En fin, un desengaño detrás de otro.

Soltó un suspiro melodramático.

—Grace...

—Ewan, no trates de negarlo. Solo había dos opciones posibles y yo no era una de ellas.

«Bueno, supongo que podría ser peor. Ya no será necesario que publique un anuncio informando a quien no lo sepa», pensó con cierta ironía.

Dejó a un lado los fingimientos y curioso, preguntó:

—¿Por qué no?

—Bueno, no me malinterpretes: me considero una estupenda opción para alguien, pero creo que soy capaz de reconocer cuando un hombre está interesado en mí más allá de una mera amistad.

—Durante la temporada en Londres os he tratado igual. —Ewan hizo memoria de las ocasiones en las que habían coincidido y calibró si había sido indiscreto—. De hecho, me aseguré de bailar las mismas piezas con ambas, además de con otras damas presentes. No mantuve conversaciones largas que indicaran preferencia y paseé con vosotras dos al mismo tiempo. ¿Qué te ha hecho pensar que te descartaba?

Ambos entraron en la salita y Ewan la llevó a un diván para que tomara asiento.

—Oh, ni tan siquiera lo recuerdas. Lo achacaré a tu condición masculina.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó ofendido.

—Si te lo tengo que explicar, eso no hará otra cosa que confirmar mis sospechas. Los hombres no retenéis los detalles. «Estos» —matizó— son vitales para entendernos.

—Dudo mucho que nadie en su sano juicio quiera entender tus

galimatías.

—A eso me refería.

Movió la cabeza asintiendo, en clara señal de sabiduría, como si las palabras de Ewan corroboraran lo que ella ya sabía.

—Grace, ve al grano.

—Ahora mismo. Tu único problema es que no tienes paciencia. Digo que me descarté como poseedora de tus afectos porque, en una de nuestras conversaciones, te conté que cierto caballero estaba mostrando interés. Nuestra charla giró alrededor de si debía ser práctica o esperar a que los sentimientos aparecieran.

Ewan no recordaba esa conversación en absoluto.

—¿Y qué te respondí? —acabó por preguntar, curioso.

—Que no valía la pena unirse a alguien por lo que uno creía que era más conveniente. Que debía sentir que no podía respirar si no recibía un beso de esa persona o que moriría si dejaba de verla ni un solo día.

—¿Yo dije todo eso? —le preguntó, incrédulo.

—Bien, no lo dijiste con esas palabras exactas, pero el mensaje era el mismo.

—¿Y no recordarás por casualidad cuáles fueron mis palabras exactas?

Ella lanzó un suspiro nada femenino.

—Que siguiera a mi corazón —soltó con un tono aburrido.

—Bien, eso encaja un poco más conmigo. Conciso y directo, como a mí me gusta.

—Sí, pero ese no es el punto. Lo que trato de decirte es que, si hubieras estado interesado por mí, sabrías que tenía a alguien en mi punto de mira y que, con toda probabilidad, era correspondido. En ese caso, te hubieras sentido amenazado y, tal vez, un poco celoso, lo que no fue el caso.

Cruzó los brazos y lo miró ufana.

—Pienso que es una base muy endeble para reafirmar tu argumento.

—Eso lo dices porque te sientes culpable de no recordarlo. Aun así, sabes

que tengo razón.

—¿Y qué ha sido del candidato que has mencionado?

La joven había despertado su curiosidad.

—Ah, bien, descubrí que, ni él estaba tan interesado ni yo quería que lo estuviera. Quizá sí sea verdad que he de seguir a mi corazón, después de todo.

Hubo un momento de silencio en el que Ewan aprovechó para observarla. De sus palabras no se desprendía la desilusión que cabía esperar y sí un poco de resignación, aunque no terminaba de comprender por qué. Al fin y al cabo, Grace era tan bonita como su hermana, igual de educada y con los mismos valores. Resultaba un partido excepcional para cualquiera, aún sin tener título alguno que ostentar.

Durante un segundo, uno lleno de mezquindad, deseó que ese conde que había aparecido para complicarle los planes hubiera escogido a Grace en lugar de a Marian Elizabeth para depositar sus afectos. Todo sería mucho menos complicado.

—¿Cómo dices?

Ewan parpadeó, como si volviera a la realidad. Los demás entraron en la habitación, formando un audible murmullo.

—¿Perdón? —Volvió toda su atención a Grace. Había perdido el hilo de la conversación.

—Eso que has dicho es bastante egoísta, incluso para ti.

Se sobresaltó ante la pulla. Dios del cielo, ¿lo había dicho en voz alta?

Como si le leyera el pensamiento, Grace asintió.

—Sí, lo has dicho en voz alta.

—Esto, yo... —se aturulló y sintió que enrojecía, un defecto que siempre le había traído problemas porque, ¿qué hombre que se preciara se ruborizaba?

—Bien, al menos te sientes avergonzado por ello. Algo es algo. —No parecía afectada.

—Lo siento, Grace. No lo pensaba de verdad. Es que...

—Sí, lo imagino. Ha salido a relucir tu impaciencia de nuevo.

Bueno, era algo más que eso, y Ewan le agradecía la consideración.

—Eres muy especial, Grace. Estoy seguro de que pronto aparecerá un hombre mejor que ese otro de Londres que sabrá valorar cada una de tus cualidades.

Entonces ella lo miró casi sin parpadear; de un modo que lo hizo sentirse incómodo, hasta que ella terminó por sonreír.

—Eso espero. Mientras tanto, he de decirte que no debes temer por lord Vasillis. Marian Elizabeth no está interesada en él. De hecho —hizo una pausa y le guiñó el ojo—, no creo que nadie con dos dedos de frente lo pueda estar.

Sus palabras lo reconfortaron.

—¿Estás segura? Me ha parecido muy pendiente de él. Si incluso lo ha acompañado a la puerta.

—Cuestión de educación, supongo. Si me lo hubiera pedido a mí y mamá hubiera accedido, yo también lo habría hecho. Ese hombre es totalmente inofensivo. Es imposible tomarlo en serio.

Ewan no estaba del todo convencido, pero sí sentía cierto alivio.

—Lo afirmas de un modo categórico.

—Es verdad que no puedo asegurarlo con absoluta certeza. Marian Elizabeth y yo no nos lo contamos todo. Siempre hemos querido casarnos y tener nuestra propia familia, pero mi hermana no se deslumbra ante el primer caballero que la adula, sea conde o no. Tal vez prefieras que le pregunte.

—¿El qué a quién? —preguntó, desconcertado por un segundo.

—A mi hermana. Si te corresponde —dijo como si fuera lo más lógico del mundo.

—¡No! —soltó de golpe, horrorizado—. ¡Ni te atrevas!

—¿Por qué no? En mi humilde opinión, eso solucionaría muchos de tus

problemas de un plumazo. ¿O no estás tan seguro de tus prioridades?

—Claro que lo estoy. La duda ofende. No obstante, creo que es mejor que me dejes estas cosas a mí. Si en algún momento veo que necesito tu ayuda, te la pediré.

—Muy bien, pues. En ese caso, te dejo que despliegues ese gran potencial que tienes, porque Marian Elizabeth acaba de entrar.

Miró hacia el lugar donde Grace indicaba para comprobar que el objeto de sus afectos estaba allí mismo, radiante como nadie.

«O bueno, quizá radiante como su hermana, pero eso es una minucia».

Como Grace se había alejado de su lado, Ewan aprovechó para aproximarse a Marian Elizabeth antes de que lo hiciera otro de los presentes.

—Hola —dijo tan pronto estuvo a su altura. No era su acercamiento más brillante, pero ya lo iría puliendo.

—Hola —respondió ella.

—¿Te apetece un bombón? —Señaló una mesa lateral decorada con un mantel de hilo blanco con filigranas de plata. Estaba servida con algunas botellas de cristal llenas de licor, teteras y delicados platos con deliciosos bombones de todas las formas inimaginables.

—Es posible.

—Esa respuesta tan ambigua me ha llenado de curiosidad.

Todavía seguían en el mismo sitio y nadie parecía pendiente de ellos.

—Se trata solo de precaución.

—¿Hacia los bombones? —Los miró con ojo crítico desde la distancia, exagerando un poco—. No imaginaba que pudieran resultar tan letales para nadie.

—Eso lo dices porque no te has puesto nunca enfermo debido a ellos. De ser el caso, me comprenderías y me apoyarías.

—Mmmm, así que no son tan inofensivos como parecen a simple vista...

—En absoluto. Cada uno de ellos es consciente de mi debilidad y esperan

que coja solo uno para tentarme con más y con más y con más... —se detuvo, un poco avergonzada.

Ewan había pensado que se trataba de una broma de Marian Elizabeth; un juego en el que él deseaba participar. No obstante, vio que ella hablaba en serio, por lo que decidió convertirse en su caballero de brillante armadura.

—Comprendo. En ese caso, me tienes a mí. Soy muy capaz de alejarte de la tentación. —Y, al mismo tiempo, tenerla unos minutos más junto a él.

—Te lo agradezco mucho. Siendo así, quizá, y digo solo quizá, pueda acercarme y probar uno.

—¿Estás segura?

Ella asintió sin dejar de mirar los pequeños dulces oscuros.

—Cuento contigo para que me ayudes a alejarme de la mesa, ¿verdad?

—Seré tu ancla —aseveró, a caballo entre la broma y la seriedad.

—Bien, deja que tome aire. Uno, dos... Oh, no.

—¿Qué sucede?

Grace se acercó de un modo inesperado y se plantó frente a ellos. En la mano tenía uno de esos perversos bombones y una sonrisa ladina en la boca.

—¿Los has visto, Marian Elizabeth? ¿No te parecen deliciosos?

Se lo acercó a la boca despacio y lo mordió con unos dientes blancos y perfectos. Los labios se inundaron de una crema anaranjada mezclado con la pasta negra y amarga. Lo mordió y masticó, pasando, acto seguido, la rosada lengua por los labios, para retirar de ellos el exceso de chocolate.

Ewan no había visto nada más erótico en su vida. Se le tensó el vientre de un modo inesperado. Un ramalazo de deseo lo inundó y tuvo que hacer un esfuerzo para no moverse del sitio, deseando que nada en sus facciones lo delatara.

—Malvada.

La aseveración hecha por Marian Elizabeth le devolvió el control y la

contempló con cautela. No parecía tan enfadada como la palabra sugería.

En respuesta, Grace sonrió con los labios cerrados, les guiñó un ojo y se alejó, dejándole por dentro un regusto tan amargo como como la capa externa de ese bombón.

Para su sorpresa, Marian Elizabeth se limitó a mover la cabeza, como indicando que su hermana no tenía remedio. En su opinión, Grace se merecería una represalia. Cualquiera que le fuera infligida sería apropiada; más que nada como castigo por haberlo sumido en un estado tan vergonzoso. Había sido preso de un momento de enajenación y nadie debía saberlo, nadie. No hablaba muy bien de él que un acto tan inofensivo y banal lo hiciera reaccionar como hombre. Resultaba muy inapropiado e inconveniente.

Dispuesto a olvidarlo por completo y a calificar el momento de fortuito, se juró que no volvería a suceder. Observó a la joven que se encontraba a su lado y sintió un alivio inmediato.

—No te veo muy sorprendida.

—Porque no lo estoy. Esto es algo frecuente entre nosotras.

—¿Tú también la provocas de ese modo?

—Por supuesto. Lo contrario resulta impensable.

—Estáis locas —soltó sin pensar y se horrorizó al instante—. Esto, yo...

—No te disculpes. Es cierto que lo estamos. Es nuestro modo de divertirnos y es inofensivo.

—Entonces, ¿te acompaño a por un bombón?

Ella palideció, pero negó con la cabeza.

—No, creo que no. Ya he tenido suficiente ración de ellos por esta noche.

Asintió para mostrar su conformidad y, por fin, se movieron hacia un rincón de la sala, donde tenía la esperanza de poder mantener con ella una conversación y tantearla sobre Frederick Tolbert, así como ir dejando claras sus intenciones.

—¿Qué te ha parecido la cena? —comenzó preguntando. Consideraba

que era el mejor modo de ir al punto al que deseaba sin parecer demasiado obvio.

—La comida ha sido exquisita —admitió, mientras tomaba asiento en una silla tapizada de una tela rosada con motivos florales en diferentes tonos verdes, que Ewan conocía desde que tenía memoria.

—¿Solo la comida?

—Y también la compañía, por supuesto; no es necesario que lo diga.

—A veces, hay cosas que deben matizarse.

—¿Te refieres al conde de Vasillis?

No, Ewan no se refería a eso, sino a sus intenciones respecto a ella, pero le valía como excusa para tantear ese terreno tan fastidioso.

—Es un tanto peculiar. —Era lo más inocuo que se permitía decir sobre él delante de Marian Elizabeth.

—Puede resultar una carga, lo sé. Lo descubrí en Londres. Cuando se prendó de mí empezó a seguirme a todos lados, pero nunca imaginé que sería capaz de venir hasta Escocia. Lo siento.

—No debes disculparte por las acciones de los demás. —Aproveché el momento para tomarla de la mano enguantada de un modo muy suave—. Cada uno es responsable de sus propios actos.

—Eso lo comprendo, pero lord Vasillis no lo hace para darse importancia. Es un hombre simple que actúa por impulsos. No posee malicia de ningún tipo. Yo solo trato de ser educada sin herirle en el proceso.

—Así que no te interesa como candidato a posible marid...

—¡Marian Elizabeth!

La inesperada aparición de su madre le sentó como un jarro de agua fría. Ella, más que nadie, debería saber que necesitaba tiempo para pasar con la joven si pretendía desposarla en un futuro próximo.

Por supuesto, no podía decir nada delante de Marian Elizabeth y tuvo que morderse el carrillo derecho para no sucumbir a la necesidad.

Dio un respingo por el dolor, aunque nadie pareció notarlo.

—¿En qué puedo servirla, señora McDougall?

—Querida niña —la matriarca McDougall esbozó una sonrisa. Estiró sus manos hacia su joven invitada, que esta correspondió—, nunca olvidaré el maravilloso recital de piano que nos ofreciste en Londres. Te suplico humildemente que consideres dedicarnos un pequeño repertorio aquí, en nuestra casa. —Señaló el instrumento, que reposaba, inmóvil y brillante, en un rincón de la salita.

Ewan, por supuesto, maldijo en silencio. Deseaba que ella se negara, aunque lo consideraba poco probable, siendo la anfitriona quien se lo pedía.

A veces odiaba las buenas maneras.

—Será un placer. Para mí, tocar es algo vital. Apenas puedo pasar una jornada sin hacerlo.

—Entonces, es una verdadera suerte que te lo haya pedido. ¿No es verdad, hijo?

—Sí, una verdadera suerte —replicó con un tono un tanto desgano y una sonrisa impuesta.

Como ya no había remedio, las siguió, observando la improvisada distracción.

La verdad era que Marian Elizabeth era una intérprete formidable. Él también había sido testigo de la asombrosa habilidad que tenía sobre el teclado. Ni siquiera quien no gozaba de la música quedaba indemne ante tanto talento.

Esperó a que el recital terminara para acercarse a su madre. Mientras todos se afanaban por felicitarla, él aprovechó el momento para regañarla.

—Mamá.

—Ewan.

Sin saber por qué, lo hizo sonreír. Su madre siempre había tenido esa capacidad.

—Solo quiero decirte que antes has interrumpido un momento

importante. —Ella solo alzó la ceja en señal de incompreensión y no tuvo más remedio que ser más explícito—. Cuando estaba con Marian Elizabeth. En lo venidero espero que comprendas que, si quiero saber si es la mujer adecuada, necesito tiempo con ella. A solas —añadió al final, por si las moscas.

Los ojos de su madre se iluminaron al instante y una sonrisa satisfecha asomó a su rostro.

—¿Así que es ella?

La miró con extrañeza.

—¿Y quién iba a ser, sino?

Ahora fue el turno de la mujer de lanzar una mirada parecida.

—¿Grace? Es su hermana melliza, ¿recuerdas? Si no me falla la memoria, no especificaste cuál de las dos preferías. Me he estado fijando en que divides tu atención sobre ellas a partes iguales. Me tenías confundida.

¡Dios Santo, era cierto! Al principio lo hizo para no entrar tanto en detalles, pero a la larga se le había pasado por alto.

—Pues no, no es Grace. —Al decirlo, un cosquilleo le bajó por la espalda y giró la cabeza hacia ella sin querer. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver su atención a la conversación.

—Bien. —Lo miró largamente; de ese modo en que lo había hecho toda su vida, como si intentara descubrir todos sus secretos.

¿No era así como Grace lo miraba en ocasiones?

—Bien —repitió, sintiéndose un poco infantil—. Ahora ya está claro. Tampoco es necesario que lo pregones. Ya te dije que...

—Lo recuerdo, Ewan. No estoy tan senil como para olvidarlo.

Su réplica no fue agria y él aprovechó para besarla en la mejilla.

—Eres la mejor madre del mundo.

—Y tú tan zalamero como tu padre. Lo que me has dicho queda entre los dos.

Ewan alzó una ceja exacta a la que había recibido de su parte segundos

antes.

—¿Estás segura?

—Bien, quizá entre dos... o tres. Puedo comentárselo a Edith, ¿no crees?

Como ya lo había hecho antes, Ewan suspiró con resignación. Contaba con que ni sus padres ni Edith se adelantaran a los acontecimientos. Quería tener tiempo y espacio para estar seguro.

No era demasiado pedir, ¿cierto?

Las sirvientas cerraron la puerta de la habitación, llevándose con ellas los trajes que habían lucido esa noche.

Grace ahogó un bostezo con la mano, que su hermana percibió de igual forma.

—¿Ha sido demasiado para ti? —preguntó Marian Elizabeth, quitándose las medias.

—No tanto —confesó—; en Londres era mucho peor.

Ambas sabían lo mucho que le costaba a Grace permanecer despierta hasta altas horas de la madrugada. Para la benjamina —puesto que Grace había tenido la suerte o desgracia (según se mirara) de nacer un minuto justo después que Marian Elizabeth—, la temporada había supuesto un suplicio en ese sentido, ya que era de las que se despertaban temprano para lo que solía ser lo «normal» entre sus congéneres. Adaptarse a los locos horarios de esos últimos meses había supuesto un esfuerzo considerable, pues su cuerpo se negaba a adaptarse.

—Sí, supongo que sí. La medianoche parece temprano comparada con las horas en las que nos metíamos en la cama.

Cuando se acercó, Grace le pasó el cepillo y ambas empezaron a peinarse la espesa y ondulada cabellera, que brillaba dorada como una luz propia.

—Y tú, ¿lo estás pasando bien?

Marian Elizabeth pareció reflexionar acerca de ello.

—No lo sé. Es demasiado pronto para decirlo. Ya sabes lo mucho que disfruto en la ciudad. El campo o los núcleos rurales me desesperan. Cuando mamá nos dijo que también estábamos invitadas a venir a Escocia me quedé atónita. Esto parece igual que Stanbury Manor.

El lugar al que su hermana se refería era la casa de sus tíos, los duques de Dunham, amigos directos de los anfitriones. Como vivían con ellos desde la muerte de su padre, cuando las sesiones en el Parlamento terminaban, toda la familia se marchaba al campo. En ese lugar, Grace era muy feliz.

—Sí, lo es. —Cada una lo decía con un tono de agrado distinto—. No sé por qué, ahora me resulta extraño que no hayamos estado antes. Es frecuente ver a la familia McDougall en Londres.

Su hermana rio.

—¿Frecuente? ¿Dos veces al año es frecuente para ti?

—Si tengo en cuenta la distancia que separa un lugar del otro, sí.

—Eso lo dices porque te gustaría lo mismo para ti. Vivir en un entorno rural e ir a la ciudad de tanto en tanto.

Grace lo imaginó y suspiró de placer.

—Eso sería un sueño.

Por más de una razón, pensó, sin atreverse a decirlo en voz alta. Sin embargo, tales pensamientos le hicieron darse cuenta de que no sería ella quien tendría semejante privilegio. Para su eterna mortificación —por decirlo con suavidad—, Ewan le había confirmado sus peores temores: que deseaba la mano de su hermana, no la suya.

Lo había disimulado bien, por supuesto. En su opinión, había logrado dar la imagen de hermana perspicaz a la par que comprensiva, aunque por dentro hubiera sentido como si alguien hubiera pinchado su corazón con un millón de alfileres.

No sabía si su hermana había reparado en Ewan como posible candidato. Lo cierto era que Marian Elizabeth deseaba casarse y formar su propia familia, pero el nombre de Ewan no había surgido nunca. Que ella misma

no hiciera referencia a ello era lógico, pues se sentía avergonzada ya casi desde un inicio, cuando percibió hacia dónde estaba dirigido el interés del primogénito de los McDougall.

Había tenido ilusiones; incluso mantenido la esperanza. No obstante, la llegada a Londres de Ewan había dejado claro —al menos para ella— quién era el objeto de su devoción.

Oh, había sido muy astuto, pero no lo suficiente. Que su atención estuviera puesta también en ella y otras jóvenes debutantes podía despistar a cualquiera, solo que Grace deseaba tanto retener su interés que había ideado pruebas indagatorias que confirmasen o desmintiesen sus sospechas.

Era buena en eso. De hecho, ya había obtenido la respuesta del propio interesado hacía unas horas. No era necesario dar más detalles pues, de lo contrario, Ewan —o cualquiera que lo supiese—, no tardaría en descubrirla como una farsante; una que se moría por un amor no correspondido.

Tragó saliva y parpadeó con rapidez cuando notó que las lágrimas hacían acto de presencia. Nadie debía saber qué le sucedía; Marian Elizabeth en particular. Sería humillante, por lo que debía decidir cómo comportarse mientras asumía que Ewan iba a convertirse en su cuñado, porque, ¿acaso podía albergar esperanzas de que su melliza no lo aceptase?

—¿Qué te inquieta?

Su hermana había dejado de cepillarse y la observaba con una marcada expresión de preocupación. Lo sabía por las arruguitas que se le formaban en la frente, más pronunciadas que de costumbre. Solía mostrarlas cuando se trataba de su felicidad. Ambas se adoraban. Por eso Grace no intervendría para nada. Se cortaría una mano antes que arrebatarle a Marian Elizabeth un futuro prometedor.

«¿Pero estás segura de que el matrimonio con Ewan es lo que ella desea?».

No iba a continuar por ese camino, se dijo. Seguir con falsas ilusiones era poco apropiado en ella. En el fondo, a pesar de considerarse una romántica

empedernida, era una muchacha muy práctica y realista.

—Nada. Nada de nada —respondió.

—¿Estás segura?

—¿Por qué iba a decir lo contrario?

—Sí, ¿por qué? —reflexionó la otra en voz alta.

Como deseaba que dejara de centrarse en ella, Grace dejó el cepillo en el tocador y pasó al contraataque.

—Solo meditaba sobre tu actitud de esta noche.

—¿De verdad? ¿Y respecto a qué, si puede saberse?

—Has estado muy pendiente del conde de Vasillis. —Sin previo aviso, Marian Elizabeth se echó a reír—. No le veo la gracia.

—Por supuesto que no la ves. —Se limpió las lágrimas—. Si hubieras estado más cerca de mí durante la cena, habrías sabido, por mi sonrisa pétrea —alzó las dos manos y, con los dedos, matizó las últimas palabras con un gesto—, que quería gritar como una loca. —Suspiró—. Pobre hombre, no da más de sí. No sé cómo desalentarlo sin herirlo en el proceso.

—Sí, es complicado. Todavía no comprendo por qué mamá no lo desaira de ese modo que sabe hacer tan bien.

—Creo que, como nosotras, en cierto sentido, también siente lástima por él. Es más fácil mostrarse severa con alguien que comprenda el motivo.

—Tienes razón. Parece un buen hombre, pero...

—Sí —replicó Marian Elizabeth con un suspiro de lástima—, pero. Un gran «pero».

—¿A quién se le ocurriría seguirte de ese modo?

Marian Elizabeth se encogió de hombros.

—Supongo que a un hombre muy desesperado...

—Lo cual no creo que sea el caso.

—... o a alguien con un nivel de inteligencia inferior al de los demás caballeros.

—Muy inferior —replicó Grace con vehemencia.

—Grace... —la regañó su hermana.

—Hermana, lo siento. Freddy no tiene la culpa de ser como es.

—Tienes razón, pero ¿Freddy?

—Es que me resulta extraño llamarle «conde» o dirigirme a él como «milord» cuando lo veo así. —Su hermana no dijo nada; solo asintió, despacio. Por un momento, quiso llenar el silencio que se instauró (cosa extraña entre ambas) y dijo lo primero que se le ocurrió.

—A Ewan no parecía agradarle.

—¿Quién, Freddy? —Al instante hizo una mueca cuando percibió cómo lo había llamado.

Grace asintió. Tenía miedo de que su melliza malinterpretara —o interpretara correctamente, como era el caso— su interés por el mayor de los hijos McDougall.

—Bien, supongo que no tiene nada de extraño. A nadie le gusta que aparezca en su hogar un invitado desconocido e inesperado.

Grace no tuvo ganas de decirle que Freddy no era desconocido en absoluto; que Ewan lo tenía en su punto de mira ya en Londres.

—Supongo que será eso —se limitó a decir.

—No lo dudes. Los McDougall son gente amable, educada y hospitalaria, como hemos comprobado. No tenían necesidad de invitarnos y fíjate, aquí estamos. Solo porque vivamos con tía Edith y tío Jeremy no los obliga a nada, como así había sido hasta ahora.

Grace esperó a que su hermana continuara con la reflexión y llegara a la obvia conclusión, pero no dijo nada más. ¿De verdad no había atado cabos? Porque como ella decía, sus tíos habían viajado a Escocia en un par de ocasiones, sí, pero en compañía de Camile y Garret Bishop, el matrimonio de amigos que ambos tenían en común. Por cosas del azar, habían establecido amistad pocos años antes. Los McDougall habían estado también en casa de sus tíos los duques, pero que ellas tres (su madre, Marian Elizabeth y la propia Grace) estuvieran incluidas lanzaba

implicaciones más profundas y más que obvias.

Por un momento loco pensó que quizá se hacía la tonta porque no le interesaba llegar a ser la esposa de Ewan, pero lo descartó por absurdo.

¡Oh, Dios, cuánta tortura!

Necesitaba descansar.

—¿Ya te acuestas? —le preguntó Marian Elizabeth cuando la vio quitarse la bata y dirigirse a su cama.

—Estoy agotada. Demasiadas emociones para mí.

—¿Emociones? —se burló la otra—. No me hagas reír.

—O quizá me duela la tripa. Por los bombones —matizó.

Al instante, y gracias a unos reflejos que no sabía que tenía, evitó estar en la trayectoria del cepillo que su melliza le lanzó. En respuesta, Grace cogió un par de cojines que servían como decoración y se los lanzó sin miramientos. Su hermana los esquivó con una carcajada, pero hicieron oscilar su frasco de perfume favorito que, por suerte, detuvo su vaivén.

Y así empezó una divertida batalla campal en su habitación que las llevó a perder el aliento mientras subían a la cama, la bajaban, se protegían tras el canapé o el ropero y se comportaban como niñas. Todo eso tratando de no ocasionar ningún desperfecto.

La casi imperceptible, pero conocida llamada a la puerta, detuvo toda diversión.

Su madre las encontró jadeantes, sudorosas y con el largo pelo dorado cayendo enredado tras sus espaldas.

—Niñas, ¿qué comportamiento es este? Y en casa ajena.

Ambas bajaron la cabeza, no tanto con arrepentimiento y sí con la intención de ocultar una sonrisa compungida por haber cometido el fallo de ser halladas *in fraganti*. Ahora no se librarían del sermón; y no había nada peor que oír uno antes de acostarse.

Odethe Burton cerró la puerta y las miró con severidad.

—Una dama se comporta como tal incluso en la intimidad de su

habitación —soltó mientras recogía una zapatilla que estaba contra el zócalo, boca abajo—. Una dama se trenza el pelo antes de acostarse —recitó, de nuevo.

Grace suspiró. Era fastidioso cuando su madre empezaba con lo de «una dama...». Según ella, si querían llegar a conseguir un buen marido, debían mostrarse intachables. No importaba que la experiencia cercana le indicara que no hacía falta serlo. Ninguna de las dos permitiría que nadie las aleccionara de ese modo, pero Odethe seguía siendo su madre y ellas la querían.

El amor también era recíproco, como pasó a demostrar a continuación. Se acercó a cada una de sus hijas con un mohín de disgusto, les levantó la cabeza y las besó en la mejilla de un modo muy dulce.

Odethe era muy exigente en ciertas cosas, aunque también era capaz de demostrar un profundo amor. No era fácil de tratar y sus ideas estrictas podían agotar la paciencia de un santo. Sin embargo, las mellizas Burton no podían quererla más. Quizá se debiera a la temprana falta de figura masculina o a alguna otra razón, pero lo cierto era que el afecto entre las tres estaba presente.

—Lo siento, mamá —repuso Grace. Era lo menos que podía decir, aunque no se arrepintiese de nada.

—No, no lo sientes; no me engañes. Ni tú tampoco. —Le lanzó una mirada de reproche a Marian Elizabeth—. Mira que ponerse a jugar... ¡Venga, sentaos aquí! —mandó, señalando el tocador y cogiendo el cepillo—. Si queréis portaros como niñas, os trataré como tales. Os peinaré y trenzaré el pelo yo misma. Y no me iré de aquí hasta veros acostadas.

Sin más remedio que mostrarse obedientes, ambas acataron las órdenes. Tal como había prometido, se mantuvo vigilante incluso mientras se metían en la cama.

Grace pensó que podría perderse entre tanto cojín y mantas. Mientras se acomodaba miró hacia la derecha, donde se encontraba su hermana, tapada

hasta la barbilla. Ahora que ya no corrían por la habitación se podía sentir el frío incluso con la chimenea encendida. Su madre debía de estar tiritando.

—Ya estamos. —Oyó decirle a su hermana.

—Bien, pues me marchó. En este lugar hace mucho frío. ¡Y ni siquiera estamos en invierno!

Las palabras no fueron necesarias y, pocos minutos después, ya dormían profundamente.

Glenrow, en ese mismo instante.

Ewan salió del establo y dirigió sus pasos a la más antigua de las dos tabernas locales.

Aun siendo muy tarde, había resultado una suerte encontrar sitio para su caballo. Aquellos días se celebraba una feria en Glenrow y, como no era un pueblo grande, todo estaba lleno. Incluso a esas horas de la noche la calle central estaba transitada por forasteros cuyo destino parecían el mismo que el suyo: iban a por una cerveza. El alboroto era audible incluso antes de llegar a su destino.

Cuando se detuvo delante del establecimiento, desde fuera y a través de la ventana, pudo comprobar que no se había equivocado: casi no había nadie más.

Como el frío empezaba a incomodarlo, Ewan pasó al interior del local y una bocanada de aire caliente y rancio lo golpeó en pleno rostro. Miró a derecha y a izquierda en busca de algún conocido que le cediera un pedazo de banco para sentarse y degustar así una buena cerveza.

—¡McDougall!

Se dio la vuelta cuando reconoció la voz del párroco llamándolo. Compartía mesa con un par de arrendatarios de las tierras de su familia, con Enoch, un octogenario viudo que ostentaba el título del más rico de

Glenrow y un forastero pelirrojo. A pesar de estar apretujados en una esquina, todos se movieron para hacerle sitio.

—Señores —saludó. También alzó una mano al tabernero para que le trajera una bebida. Desde allí tenía una buena panorámica de casi todo el local.

—Qué sorpresa verte por aquí, McDougall.

Ewan se encogió de hombros, sin querer dar demasiadas explicaciones. A nadie le interesaban sus motivos para haber salido de su casa a medianoche para dirigirse al pueblo, que se encontraba a varias millas de distancia.

—Me apetecía una cerveza.

A pesar de lo absurdo que le sonaba lo que había dicho, los demás asintieron, como si de verdad comprendieran esa necesidad. De hecho, era posible que ellos sí la sintieran.

A diferencia de otros, Ewan no era un asiduo de la taberna. Sí iba dos o tres veces por semana cuando se acercaba al pueblo. A veces acudía con su padre y otras lo hacía solo. Liam McDougall lo consideraba casi un deber. En ese local se enteraba de muchas de las noticias que no podía pasar por alto, se cerraban tratos importantes o, simplemente, era un modo de socializar.

Su padre era un hombre sabio.

Si en realidad estaban sorprendidos era a causa de la hora, demasiado tarde como para hacerlo una costumbre. Aunque era cliente de ambas tabernas, acudía solo de día.

—Aquí tienes, McDougall, tu cerveza.

Annie, la hija del tabernero, le lanzó una mirada intensa y le sonrió con coquetería.

—Gracias —respondió y se bebió gran parte de la bebida turbia sin responder a las insinuaciones de la joven. No era la primera ocasión que sucedía y cada vez era más insistente. Que en ese momento se mostrara más comedida debía ser a causa del gentío y del exceso de trabajo.

La observó un instante. No deseaba nada con ella. Además, no se tocaba a una mujer si no pretendías casarte con ella; no era decente. Y Annie lo era.

—¿Por qué todos te llaman McDougall? —preguntó de repente el forastero, cuando la camarera se alejó—. ¿No tienes nombre?

—Sí, lo tengo, pero hay cosas que son como son y no queda más remedio que aceptarlas.

Y era verdad. Ewan se había acostumbrado a que lo llamaran así; desde muy temprana edad y solo los habitantes de Glenrow. Suponía que ser el primogénito de los McDougall le otorgaba cierto privilegio. Su familia era de las más antiguas de todo el territorio y, aunque no era de las más ricas, sí de las más prósperas y confiables. A medida que pasaban los años, los McDougall habían conseguido afianzar tierras, volver a adquirir las que se habían perdido en tiempos de su abuelo y reformar la casa hasta dejarla como nueva. Sus padres habían hecho una labor espléndida y hercúlea para conseguir beneficios al tiempo que mantenían contentos a sus arrendatarios. No era un desempeño sencillo, pero hasta entonces podían sentirse orgullosos. Él lo estaba. Trabajaba codo con codo con ellos para mejorar las condiciones de todos.

El hombre que había formulado la pregunta asintió, aparentemente satisfecho, por lo que Ewan pudo dedicarse de nuevo a su cerveza. Hubiera preferido disfrutarla en soledad y en silencio, pero como había dicho al hombre, con otras palabras, ciertas cosas era imposible cambiarlas.

—Espero que la gente no tarde en regresar a sus casas —deseó uno de los que no había abierto todavía la boca.

—Parecen estar bien aquí —respondió otro con una risotada.

—Como todos —afirmó el sacerdote, que enrojeció con violencia cuando se le escapó un eructo—. Lo siento.

Los demás rieron por el apuro, mas Ewan no les acompañó en la burla. Eran buenos hombres y trabajadores como el que más, por lo que entendía

que desearan disfrutar de unas horas de distracciones.

—Todos, no —refutó el desconocido—. Dudo que ese estirado lo esté pasando bien. Debe estar imaginándose durmiendo al raso. Pronostico que, con mucha suerte, terminará en el establo, justo al lado de su carroza real.

Las últimas palabras ya denotaban burla.

—¿De quién habláis? —preguntó. No tenía mucha curiosidad, pero lo de carroza real sonaba extraño.

—De un forastero —respondió el párroco—. Ha llegado hace unas horas con un carruaje nuevecito y lujoso. Me han contado que se ha detenido en el centro de la calle y ha estado paseando por medio pueblo pidiendo una habitación. Como puedes comprobar, con lo de la feria, está todo lleno.

A medida que hablaba el hombre de Dios, Ewan iba enderezándose, temiéndose lo peor. ¿Se referían a...?

—Yo estaba presente cuando entró a la taberna —intervino uno de los arrendatarios—. Alguien le dijo que a lo mejor quedaba una cama libre, pero no era así. Te juro que pensé que se pondría a llorar y todo. Se le veía tan emperifollado, pálido y perdido, que un parroquiano le invitó a una cerveza. Lleva horas allí. No sé qué espera.

Ewan se fijó entonces en la hilera de hombres apoyados en la barra. Hasta entonces no le había prestado atención, pero era imposible no hacerlo.

Al principio no le vio entre tanto apiñamiento. Estiró la cabeza y divisó unos elegantes pantalones oscuros y fue subiendo hasta dar con el cogote de Frederick Tolbert, conde de Vasillis.

Se rascó la cabeza intentando decidir qué hacer. La conciencia le dictaba una cosa; el instinto, sin embargo, le gritaba muy fuerte para que le ignorase. Si fingía no verlo, con toda probabilidad lograría salir de la taberna sin que el conde lo advirtiera. Podría regresar a casa y nadie se enteraría que había dejado a ese hombre sin un cobijo para la noche.

«¡Maldición!».

La conciencia era más poderosa.

Precisamente había ido hasta allí con una única finalidad: olvidar la penosa cena que ese hombre había estropeado con su inoportuna llegada y centrarse en la forma más adecuada de cortejar a Marian Elizabeth. También quería tomar varias cervezas para poder olvidar el potente deseo que había sentido viendo a Grace comiendo un bombón. Señor, ¿había algo más ridículo? Sin embargo, no podía sacárselo de la cabeza. Cuando se retiró a su habitación estuvo sentado mirando el fuego sin verlo realmente. Lo que sentía iba en contra de sus principios y encontraba vergonzoso tomar a una mujer por esposa —sí, quizá se precipitaba un poco, pero qué más daba— mientras se deseaba a otra que, para más inri, era la hermana y melliza. No, no podía consentirlo. Por lo tanto, había tomado la decisión de meditar. Si el alcohol ayudaba a algunos, por qué no a él.

En aquel momento, no obstante, tenía otro problema entre manos que no podía evitar, así que se levantó con un único objetivo.

—Señores, tendrán que disculparme. —Y dejó su tan preciada cerveza en la mesa. Ni siquiera había podido acabársela.

Sorteó a la gente y se fue derecho hacia el conde. No le veía el rostro, por lo que no sabía si estaba sumido en la tristeza y la desesperación o estaba tan ebrio que podía acabar durmiendo en una esquina de la calle y ni se enteraría.

—Lord Vasillis.

El aludido se dio la vuelta y Ewan fue testigo de la alegría del noble. También sintió cierta desazón cuando comprobó el esfuerzo que hacía para no mostrar su desesperación.

Es ese instante optó por no decirle que sabía sus circunstancias. El ego seguía siendo frágil tanto si eras avisado como limitado.

—Señor McDougall.

—Llámeme Ewan. El señor me hace pensar en mi padre.

—Pues entonces, concédame la venia de llamarme también por mi

nombre pila. Es Frederick.

—Está bien... Frederick. Da la casualidad de que estaba buscándolo. — Reflexionó sobre las horas que eran y rectificó un poco—. De hecho, incluso había pensado que ya estaría descansando en un lugar cálido y agradable. Imagino también que quizá será inapropiado e impertinente de mi parte, pero hemos creído (mejor hablar en plural) que le gustaría ser nuestro invitado mientras permanezca en nuestra tierra. Para nosotros sería un honor —añadió.

—Oh, no sé qué decir. —Y, ciertamente, parecía no saberlo. Pudiera ser que, tal y como había dicho el arrendatario, ya se había imaginado durmiendo en la calle junto a sus lacayos, o al menos dentro del carruaje.

—La habitación no estará del todo acondicionada esta noche porque no esperábamos más invitados. Además, sé que nuestro hogar no puede compararse con nada que usted...

—¡No siga! ¡No siga! ¡Acepto!

Le tomó de las manos y se las apretó con fruición. Por sus gestos, Ewan supo que había estado incluso a punto de abrazarlo por la emoción.

—Yo estaba a punto de regresar. ¿Su cochero será capaz de encontrar la vuelta a la casa? —Así tendría unos minutos para ordenar preparar una habitación y avisar a su madre. Las explicaciones deberían quedar para el día siguiente.

—Por supuesto. No lo dude, Ewan. Y no se preocupe por la habitación. Soy un hombre de gustos sencillos.

Ante eso no tuvo más remedio que esbozar media sonrisa y cabecear.

—En ese caso...

—Adelántese. Pagaré mis consumiciones e informaré al tabernero de que mis circunstancias han cambiado.

«Seguro que sí».

Pero no lo dijo en voz alta. Una vez tomada la decisión, ya no podía echarse atrás. La cosa se complicaba para él; no solo por Grace, sino porque

la presencia de Frederick, como tan amablemente le había pedido que lo llamase. Esperaba que Marian Elizabeth de verdad no estuviera interesada en ese hombre o no tendría más remedio que llamarse idiota; un idiota que, voluntariamente, había metido al lobo en el corral de las gallinas.

Cuando salió del local, los hombres de la mesa, que habían seguido con atención el acercamiento entre el conde y McDougall, calibraban qué había sucedido. La única y obvia conclusión era que el primogénito se había apiadado del forastero.

—Ya os lo dije yo —dijo el párroco, al resto—. Es una buena familia. La mejor. Que Dios los bendiga.

El sueño la esquivó toda la noche. De nuevo. Desde que se encontraba en el hogar de los McDougall había pasado por un sinfín de altibajos emocionales que había debido de tragarse para que nadie adivinara lo que estaba sintiendo. Todos, por supuesto, estaban relacionados con Ewan y los deseos de él por tener a Marian Elizabeth como su esposa.

Con la presencia del conde de Vasillis en la casa y la indiferencia que parecía mostrar su hermana por Ewan —y con eso se refería, no a ignorarlo, pero sí a tratarlo como al propio conde—, Grace se había atrevido por fin a preguntarle si el mayor de los McDougall le interesaba como candidato a esposo. Había sido uno de los días pasados, mientras estaban descansando en una supuesta siesta relajante que su madre las obligaba a hacer. Grace había conseguido decirlo sin grandes aspavientos mientras lo introducía en una conversación que ambas mantenían. Su hermana había asegurado, para alivio de su corazón, que le parecía un hombre estupendo, pero que no lo veía como posible marido, ya que solo le despertaba sentimientos fraternales. Como estaba tan insegura respecto a eso, Grace se había mostrado escéptica adrede, lo cual había servido para que su melliza lo reafirmara con mucha convicción. A esas alturas no se había atrevido a tantear todavía si ella era consciente de que Ewan no la veía de igual modo, pero de momento le bastó para estar más tranquila.

Lo malo, sin embargo, no había tardado en alcanzarla de nuevo. Mientras

paseaba por los jardines unas horas después de la conversación, había oído voces. Creyendo reconocer la de su hermana se había dirigido hacia allí, por lo que su sorpresa fue mayúscula cuando la vio, sí, pero junto a Ewan y en una posición comprometedor. Él estaba inclinado sobre ella, y Marian Elizabeth no lo rehuía; todo lo contrario, permanecía quieta mientras él la besaba. La escena no daba pie a error aunque estuvieran un poco de espaldas. ¿Qué iban a decir, que tenía algo metido en el ojo y él trataba de ayudarla?

Al instante, todos sus sueños renacidos se habían desplomado como un castillo de naipes. Con el corazón destrozado los había dejado solos sin hacer notar su presencia —no iba a martirizarse más alertándolos y obligándoles a fingir—. Lo que tampoco entendía era por qué su hermana se lo había negado. Podría haberle dicho que había sentimientos pero que no estaba segura de los de él, por lo que parecería lógico que le correspondiera en cuanto Ewan se hubiera atrevido a verbalizar los suyos. Aun así, su melliza se había mostrado categórica en ese sentido.

Se sentía muy enfadada y traicionada, aunque no tenía por qué. Como bien sabía, en el corazón no se mandaba. Si ellos se querían, no tenía más remedio que aceptarlo.

Y así había pasado los días, tratando de que ese malestar que la carcomía desapareciese, mas resultó imposible. Necesitaba desfogarse de algún modo. Gritar en la casa y tirarse de los pelos quedaba descartado —no quería que la consideraran una loca sin remedio—, por lo que tomaría la palabra a los anfitriones e iría a cabalgar. Había alrededor del castillo cientos de hectáreas de terreno por el que galopar y desahogarse si le apetecía.

Era muy pronto, quizá demasiado. Aun así, no se iba a echar atrás. Necesitaba salir con desesperación; antes de que esa marea de impotencia se adueñara de ella por completo.

Se vistió casi a oscuras. Dejó la vela en el suelo para no despertar a

Marian Elizabeth y un poco a tientas se vistió muerta de frío —el fuego de la chimenea se mantenía ya apagado y los sirvientes apenas debían estar levantándose—. Como no era tan tonta se aseguró de abrigarse bien. Pese a eso, cuando salió al exterior, el frío aire de la mañana la golpeó con fuerza. El rocío bañaba la hierba y mojaba sus botas y la luz del sol se asomaba con cautela.

No veía un alma despierta. Había dejado una casa silenciosa y temía encontrar las cuabras del mismo modo. Sabía prepararse la montura — puesto que su tío tenía unas caballerizas impresionantes y había insistido para que aprendiesen a hacerlo, y bien—. Aun así, no conocía a los caballos y preferiría que fuera otro quien lo hiciera.

Sintió un alivio inmediato cuando entró en el edificio donde casi todos los caballos todavía también dormían. El calor de los animales y la paja alejaban el frío del exterior. También se alegró de oír ruido al fondo del establo. Cuando apareció el mozo le dirigió una sonrisa al sorprendido muchacho.

—Buenos días. ¿Te importaría prepararme una montura? Me apetece salir a cabalgar.

El chico se rascó la cabeza.

—Todavía no ha llegado nadie más. Me cortarán la cabeza si la dejas salir sola, señorita.

Eso suponía un contratiempo; y tampoco quería crearle problemas.

—Necesito salir ya.

—Todavía es muy temprano. Si esperara un poco podría acompañarla...

—Su desaliento debió reflejarse en su rostro, porque el chico no terminó lo que quería decir—. Bien, estoy pensando en que Sandy no tardará en llegar. Será más o menos lo que demoraré en preparar su montura. Así él podrá acompañarla. ¿Qué le parece?

Era una buena solución, por lo que se dispuso a esperar, rezando para que no apareciera nadie de la casa. Quería estar sola.

Una hora después maldecía al mozo que la acompañaba. El sol ya había salido, aunque seguía sin calentar. Pasarían un buen par de horas hasta notar su calor, por lo que deseaba correr a sus anchas. El animal que montaba era robusto y ágil y se acoplaba muy bien a ella. Sabía que la seguiría en su galope si lo presionaba. Se dispuso a poner su voz más autoritaria y a alejar al acompañante indeseado.

—Sandy —lo llamó. Se veía claramente que ansiaba regresar y su expresión de esperanza le dio un poco de lástima—, me apetece cabalgar un poco más. Regresa y di que volveré en un par de horas.

No le dio tiempo a responderle y espoleó al equino, que respondió con la misma alegría que ella sentía.

Por fin podía desahogar su desesperanza.

Ewan descansaba sobre una loma cuando vio pasar, a lo lejos, un caballo y su jinete a toda velocidad. Por un momento meditó sobre si debía tratarse de alguien de los alrededores, pero cuando se encontró con uno de sus mozos de cuadra, que volvía hacia la casa, enderezó la espalda.

—¡Sandy! —llamó.

Cuando este se encogió ante su voz, supo que se avecinaban problemas.

—McDougall.

—¿Qué haces aquí?

—Acompañaba a la señorita.

Alarmado, pensó en el jinete que había visto.

—¿Una de las mellizas? —Maldijo por lo bajo cuando este asintió—.
¿Cuál de ellas?

—No lo sé. No las reconozco.

—¿Te dijo a dónde iba? —Su cuerpo ya estaba en tensión para precipitarse tras ella.

—No. Quiso salir muy temprano y me ha ordenado que me vaya e informe que volverá en unas horas. No sabía qué hacer.

—Voy tras esa imprudente. No digas nada de esto —le advirtió—. No sabes nada. Regresaré más tarde con ella.

Azuzó a su montura y siguió el camino que supuso había tomado. No sabía de cuál de las dos se trataba, pero no estaba contento. El terreno les resultaba desconocido a ambas, por lo que podían hacerse daño y no encontrarlas hasta que fuera demasiado tarde.

Cuando diera con ella —fuera quien fuera—, le daría una buena tunda.

A medida que la mañana se alzaba en todo su esplendor, el humor de Ewan descendía en sentido contrario. Estaba seguro de que había errado siguiéndole la pista. Quizá ella ya estaba en el castillo, tomando un buen desayuno, y él seguía buscándola como un tonto.

De todas formas, no estaba seguro de desistir. Si la joven seguía montando, las explicaciones que debería dar no serían agradables; para ninguno de los dos. Ella por seguir sin acompañante y él por tratar de ocultar su acto bajo otro subterfugio. Además, el hambre ya había aparecido y el estómago le rugía con fuerza. Su intención inicial había sido cabalgar como era su costumbre durante una hora y estar de vuelta para el desayuno. Tenía cosas en las que pensar y una de ellas podía ser la que había provocado ese jaleo. Marian Elizabeth apenas le dejaba ver si sus atenciones serían bien recibidas. Lo trataba igual que siempre; y lo que era peor, igual que al conde. Por otro lado estaba Grace, de la cual cada día que pasaba estaba más pendiente muy a su pesar. No conseguía olvidar el deseo que le provocaba y, cuando estaba cerca, notaba un cosquilleo ardiente que no desaparecía. Estaba hecho un lío.

—Le voy a retorcer el pescuezo —masculló para sí mismo cuando dio la vuelta y escogió otro camino.

El sol le dio en el rostro obligándole a entrecerrar los ojos. Al hacerlo, vislumbró un movimiento a su derecha, un poco más al norte.

¡Había dado con ella!

Galopando desesperado y furioso por temor a volver a perderla, aminoró. Solo entonces se percató de que el caballo pastaba sin el jinete. Se asustó y voló hacia allí.

—Que no le haya sucedido nada, señor —oró—. No lo permitas.

Cuando llegó al lado del equino, este lo reconoció. Bajó de un salto y vio que estaba atado. A poca distancia, la muchacha estaba quieta, mirando al cielo, como si quisiera beberse con su rostro los rayos del sol. Si no estuviera tan enfadado le resultaría una imagen cautivadora.

El animal relinchó ante su cercanía y ella lo oyó. Cuando volvió el rostro hacia él, Ewan supo con total certeza, pese a la lejanía, de cuál de las dos hermanas se trataba. Lo sorprendente del caso era ver los pasos furiosos con los que ella se acercaba, como si fuera la ofendida.

—¿Se puede saber qué tratas de hacer? —le espetó.

—No hago nada. He salido a cabalgar.

—¿Sola?

—No lo estaba en un principio.

Su tono desafiante lo sorprendió y encolerizó a partes iguales.

—Eres una inconsciente. No conoces los alrededores. Podría haberte sucedido cualquier cosa.

—Y tú eres peor que mi madre, sermoneándome cuando no te corresponde.

—Eres mi invitada y es mi deber velar por tu seguridad.

—No soy nada tuyo. Estoy en el hogar de tus padres y es a ellos a quien debo las explicaciones.

—Estás aquí porque yo he querido que estuvieras.

Eso pareció sulfurarla y no estuvo muy seguro del porqué.

—Lo tengo muy presente, gracias.

Desató a su caballo y se dispuso a montarlo.

Ewan quiso quitarle las riendas y ella se lo impidió de un tirón,

subiéndose al animal. Él se apresuró a hacer lo mismo, mas Grace no pretendía marcharse al galope, sino solo pasear a paso controlado.

—Debemos regresar.

—Y lo haremos. Pero será cuando yo quiera. Si no te gusta ya sabes cuál es el camino.

—La cuestión es si lo sabes tú.

—Me oriento a la perfección. Soy una excelente amazona y mejor cazadora.

—Loables virtudes —se burló él—. Me pregunto si te servirán de algo cuando llegues a casa y debas enfrentarte a tu madre y a la decepción de mis padres.

—Soy consciente de que se preocuparán. Ve tú y diles que no tardaré.

—¡Serás tozuda! Esto termina aquí y ahora. ¡Dame las riendas!

—¡No!

Durante un minuto forcejearon por el poder, pero los caballos se inquietaron tanto que Ewan tuvo que separarse para evitar que uno de los dos se encabritara, lo cual la liberó y esta vez sí se lanzó al galope.

—¡Grace!

Ewan no solía alejarse tanto y temía por su seguridad. Empezó a perseguirla y la oyó reír.

—Está loca.

Ascendieron un poco más y, por el olor salado, supo que se acercaban a la costa. Estaban más lejos de casa de lo que había imaginado. Habían ido dando vueltas cada vez más amplias y ya los separaban muchas millas de distancia del castillo.

Temió que se acercara demasiado al risco que pronto aparecería, pues se decía que resultaba muy peligroso. Se preparó para darlo todo de sí y se sintió aliviado en cierta forma cuando, en el horizonte, apareció una especie de torre y la joven se dirigió hacia allí.

Llegó un poco después de que ella se bajara del caballo.

—Grace, ya basta —exclamó contundente—. Has llevado este juego absurdo demasiado lejos.

—No es un juego. Y no te atrevas a calificarlo de absurdo porque no te lo permitiré.

Tanta belicosidad no era normal en ella. De hecho, ya hacía varios días que la notaba distinta, más huraña. ¿Le habría sucedido algo grave?

—¿Estás en problemas? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—No. No necesito nada de ti.

—Pareces enfadada y me gustaría ayudarte. ¿Soy yo? —La posibilidad le parecía remota, pero no podía descartarla. No recordaba haber hecho nada que pudiera ofenderla—. ¿Estás enfadada conmigo?

—¡Déjame en paz! —fue su respuesta.

—De verdad que nada me gustaría más, pero es imposible.

—Oh, sí puedes, haz un esfuerzo y verás que no te cuesta nada —soltó Grace, mordaz.

—Si necesitabas cabalgar deprisa solo tenías que pedirlo y yo te hubiera acompañado gustoso. Incluso me habría mantenido alejado si lo que necesitabas era soledad.

—Te he dicho que me dejes en paz.

—¿A dónde vas? ¿No pretenderás entrar ahí?

La torre parecía en buen estado, pero no se podía asegurar con total seguridad. Los vientos podían llegar a ser muy fuertes y desgastaban todo con más rapidez. Permanecía de pie, pero la entrada principal parecía tapiada. Sin embargo, se podía acceder a ella por otra puerta. Estaba situada justo en la mitad si subías por un terraplén en el que la torre parecía apoyarse y terminaba justo en dicha abertura.

—Por supuesto que sí. Voy a explorar. No necesitas acompañarme.

—¡Grace, vuelve!

Pero la joven siguió ascendiendo por el terraplén sin hacerle el menor caso. Corrió tras ella y Grace lo imitó, hasta que llegó a la abertura oscura y

desapareció tras ella.

—¿Dónde diablos estás? —gritó cuando entró.

No debía dejarse llevar por el pánico, se recordó, cuando el sonido de pasos lo alertó de un movimiento a su izquierda. Grace bajaba por unas escaleras de madera, que al menos estaban iluminadas por las pequeñas ventanas abiertas en la misma pared—. No te comportes como una niña enfurruñada y enfrenta eso que tanto te preocupa.

Sin hacer caso de la aprensión que sentía, Ewan bajó las escaleras, que no parecían demasiado firmes, y se dispuso a alcanzarla cogiéndola del brazo.

—¡Suéltame!

—Cuando te dignes a comportarte como la dama que eres. Subamos arriba y hablemos como personas civilizadas.

No quedaban muchos peldaños para llegar a lo que en su día fue la base de la torre, por lo que cuando la escalera empezó a vibrar bajo sus pies, Ewan tiró de Grace y tomó el camino más corto hacia la oscuridad.

Grace, un tanto desorientada, sintió que estaba acurrucada junto a un cuerpo caliente, aunque en una posición no demasiado cómoda. Cuando oyó el quejido, miró al lado y se topó con unos ojos con los que había soñado mucho.

Intentó apartarse.

—¿Estás bien?

—Sí. Quiero levantarme.

Se hizo a un lado y dejó que se pusiera en pie. Ella hizo lo mismo apoyándose en la pared.

Ambos alzaron el rostro hacia el hueco que momentos antes componía la escalera, que ahora permanecía destrozada a su pies. El vacío le produjo un dolor en el estómago muy desagradable.

Se hizo un silencio que resultó ensordecedor. Se cruzó de brazos a la defensiva cuando comprendió que se encontraban en un tremendo lío.

—Llegar arriba no será tan difícil como parece desde aquí abajo, ¿no es verdad?

Grace sintió que Ewan la observaba, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Si contásemos con mucha, pero mucha suerte, podríamos conseguir que uno de los dos lo lograra. Ambos lo veo imposible.

Con el desaliento en la garganta, Grace asintió.

Durante las próximas horas, casi sin hablar excepto para lanzarse indicaciones, estuvieron probando distintos modos de elevarse y alzar a unos de los dos. Al principio resultó incómodo sostenerse sobre los hombros masculinos con su traje de montar. Hacían intervalos para descansar mientras se les ocurrían diversos y desesperados modos de probar cómo llegar al piso superior.

Incluso forcejearon con las enormes piedras que cubrían lo que un día fue la verdadera entrada principal, sin embargo, estaban puestas a conciencia y apenas lograron mover unos palmos una de ellas. Eran demasiado grandes y pesadas. No tenían herramientas ni nada que poder usar de palanca.

Cuando dedujeron que la tarde ya caía sobre el horizonte, muertos de sed, hambrientos y cansados, se derrumbaron en el suelo.

—Supongo que no es probable que nos encuentren pronto —dedujo ella con desaliento cuando ya no pudo seguir soportando más el silencio.

—No lo sé. Todo es posible.

Grace sintió cierta quemazón en la comisura de los ojos. Al menos no le retiraba la palabra.

—Deben estar buscándonos. —Era más un modo de mantener una conversación con él que una seguridad en sí misma.

—Estoy convencido. Lo que en realidad me preocupa es lo alejados que estamos. Pueden tardar días en ocurrírseles buscar por aquí.

—¿Días? —«Oh, Dios mío»—. Moriremos de hambre.

—No es el hambre lo que me preocupa. Sino pasar la noche.

Los ojos de Grace se abrieron con desmesura.

—¿A qué te refieres?

—La temperatura empezará a descender al caer la noche, lo cual se producirá, si no calculo mal, en unas tres horas. De momento estamos protegidos por la piedra de la torre, pero a medianoche descenderá todavía más. Las aberturas dificultarán la tarea de mantenernos en calor.

Sin poder soportarlo más, las lágrimas que mantenía a fuerza de voluntad se le escaparon. Lloró en silencio, por lo que se sorprendió cuando Ewan le pasó un pañuelo.

—Gracias.

No valía la pena disimular ante él.

—No pierdas la fe.

Grace asintió y se quedaron de nuevo en silencio. De un modo inconsciente, ambos intentaban escuchar los sonidos provenientes del exterior con la esperanza de gritar cuando sucediera el milagro. De tanto en tanto se oía a uno de los caballos, pero lejos, ya que los habían atado a cierta distancia. Cuando se le ocurrió hacer rodar una piedra para alzarse de puntillas y mirar por la abertura más baja, el exterior solo le devolvió oscuridad.

Llegó hasta el suelo a tientas y se volvió a sentar. Antes de desaparecer la luz, Ewan había utilizado un escalón de madera para sentarse, puesto que el trasero empezaba a quedárseles entumecido por la fría piedra.

Sintió un escalofrío y tembló un poco. Se preguntó qué sucedería si se acercaba a él para entrar un poco en calor, así que hizo el intento. Al instante, brincó de sorpresa cuando los brazos masculinos la acercaron a él y la rodearon. Tembló un instante, pero agradeció sentir su calor corporal junto a ella.

Sin lugar a dudas, le producía consuelo.

—Lo siento —se atrevió a decir al fin, queda. Se arrepentía mucho de su comportamiento infantil. Por mucho dolor que sintiera, les había puesto en riesgo.

—Chsss.

—No, no trates de refrenarme. Ambos sabemos que estamos aquí por mi culpa. Si te hubiera hecho caso...

—No tiene sentido recriminarse nada.

—Eres demasiado bueno. Por eso me disculpas.

—No soy bueno. Tampoco te estoy disculpando. Solo trato de ser práctico y no angustiarme por cosas que ya no tienen remedio.

Durante un instante Grace meditó sobre ello.

—Palabras muy sabias —dijo al fin.

—No sé por qué, pero creo que no te estás burlando.

—Porque no lo hago —contestó—. Lo pienso con sinceridad. Eres un buen hombre. —Era lo máximo que se atrevía revelar. Las sacudidas en el pecho le hicieron notar que Ewan reía—. ¿Qué haces? —le preguntó, curiosa, con una media sonrisa también. No tenía ni idea del motivo de su hilaridad.

—No lo sé. Disculpa. Tal vez sean las circunstancias; o a lo mejor que me definas como un buen hombre.

—¿No crees que lo seas? A mí no me importaría que me definieran como buena persona.

—Oh, pero tú no eres buena: eres espléndida.

—¿Eso crees? —preguntó, complacida—. Bah, lo dices por decir.

—En absoluto. Tanto tú como tu hermana sois mujeres excepcionales. Lo creo de verdad. Sois sencillas y fáciles de tratar...

—Y un buen ejemplo de ello es mi comportamiento de las pasadas horas —ironizó.

—Momentos así los tenemos todos, yo incluido, que soy un dechado de virtudes.

Grace le dio un suave golpe con el codo en las costillas. El único modo que tenía de atizarle jugando sin que las posturas variaran. Se sentía muy cómoda entre sus brazos. Y ni pizca de frío.

—Bueno, no podré decir que en este viaje no haya disfrutado de emociones variadas.

—¡Grace, Burton!, ¿te estás regodeando?

—Un poco sí, la verdad. ¿No has dicho que es mejor eso que lamentarse por lo que no podemos cambiar? Intento ver lo positivo de la situación.

—¿Ahora sí me haces caso? ¿Dónde estaba ese sentido común mientras te perseguía al galope?

—Supongo que en una zanja. O tal vez me lo dejé en Londres.

A Grace le pareció que Ewan meditaba si había un significado oculto tras sus palabras. O a lo mejor lo imaginaba y solo se mantenía callado.

—Cada vez estoy más convencido de que tienes un problema. ¿Quieres contármelo ahora? Te aseguro que cuentas con toda mi atención. Al parecer, mis quehaceres diarios no me han quitado tanto tiempo como acostumbran.

—No te preocupes, solo son niñerías.

—Ahora sí estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Porqué cuando una mujer afirma que lo que le ocurre no tiene importancia, es cuando de verdad la tiene. Huyo de las que se quejan a todas horas.

—¿Esa es otra de tus perlas de sabiduría? —preguntó. Se negaba a decirle nada. Ni toda la oscuridad del mundo lograría ocultar su eterna vergüenza cuando lo oyera replicar que la consideraba una buena amiga.

—No, me remito a la experiencia. Aquí en Escocia también hay mujeres. —Eso le hizo soltar una carcajada—. Me gusta cuando ríes —dijo él tras unos segundos.

A Grace se le detuvo el corazón de la emoción, pero tuvo que refrenarla y atarla corta. Las ilusiones no le servían de nada. Todavía visualizaba a

Marian Elizabeth dejándose besar por él.

Se movió, inquieta y molesta de nuevo.

—No... No te revuelvas.

Ella se detuvo.

—¿Qué sucede?

—Yo... —Se apartó un poco—. Nada; nada en absoluto.

Grace echó en falta su cercanía y tembló, pero se negó a acercarse de nuevo. No obstante, un poco después, sus dientes castañearon de forma involuntaria y acto seguido oyó el suspiro de Ewan.

—Venga, acércate, que tengo frío.

Grace había pensado que lo hacía por ella, pero cuando notó sus manos heladas supo que los dos estaban en la misma situación. Se apretaron el uno junto al otro y hablaron en voz baja de banalidades que no les permitieran dormirse.

Finalmente, el cansancio pudo con ellos.

—Me alegro de que estés aquí —confesó, casi dormida.

—Y yo de estarlo.

Una hora después, unas luces en lo alto de la escalera iluminaron el fondo de la torre y los divisó acurrucados y abrazados. Despertaron helados, pero lo único importante era que los habían encontrado.

Ewan se despertó muy avanzada la mañana, puesto que la noche había resultado dura. Después de ser rescatados, y soportado las miradas acusatorias de su padre, comió rápido para llenar el estómago y tomó el baño más caliente que le habían preparado nunca —necesitaba recuperar el calor corporal—. No obstante, después de media hora a remojo todavía era consciente de los temblores que se habían apoderado de él y, sin ánimo de dar explicaciones, se acurrucó bajo las mantas mientras intentaba coger el sueño.

Le costó mucho. Cuando creía que ya lo había conseguido, su mente se espabilaba. Quizá era por la imagen femenina que se filtraba en su cerebro. Recordaba su abrazo, su tacto y su dulce olor —y su cuerpo reaccionaba como no debería hacerlo—, pero quizá el miedo al día siguiente era el que lo mantenía en aquel estado —incluso agotado—, ya que su padre no sería muy benévolo con todo lo que había sucedido.

Lo conocía bastante bien para saber que había alterado la vida del castillo con su búsqueda. Liam McDougall se habría visto obligado a dejar su trabajo y a organizar a la gente, lo cual habría empeorado su humor. Tampoco era muy halagador que todo sucediera con los invitados presentes y que una de ellas hubiera estado implicada.

No, no saldría indemne. El castigo sería ejemplar. Quizá lo relegaría durante un tiempo a actividades más físicas y menos administrativas, como

ir a trabajar con los cerdos o labrar campos. Cuando era joven había probado esos métodos suyos unas cuantas veces.

Se vistió sin prisa, un poco inquieto, por lo que sintió un gran alivio cuando no se encontró con nadie, ni en el comedor de almuerzos ni en ninguna otra parte. Así que decidió ocuparse de sus tareas diarias aun habiendo empezado el día con retraso.

Le vendría bien sentir el aire vivo sobre su rostro. Quizá así su mente dejaría de hacerse líos con Grace para volver a concentrarse en Marian Elizabeth.

¡Era extraño que tuviera que recordarse cuál había sido su elección!

Todo se vino abajo cuando, antes de salir del castillo, un sirviente le entregó una nota escrita donde lo citaban a las cuatro de la tarde. ¡Ah! Ahora no podría deshacerse de aquella sensación que lo fastidiaba. Su padre deseaba explicaciones.

El día pasó de forma lenta y sin poder concentrarse, así que decidió volver pronto y no hacer esperar al gran McDougall.

Entró en la biblioteca cinco minutos antes de la hora acordada y vio a Grace sentada en un sofá, entre Edith y la señora Burton. Al otro se encontraba su madre, que le hizo un gesto con la mano para que ocupara un lugar a su lado. Su padre, de pie y con los brazos cruzados, deambulaba por encima de la alfombra de lana.

Lucía una expresión adusta en el rostro.

Como sabía que no se trataba de una reunión de bienvenida, se apresuró a obedecer.

—Bien —empezó a decir Liam McDougall—, ahora que estamos todos no perderé el tiempo yendo por las ramas: habéis cometido la estupidez más grande del mundo. —Aunque hablaba en plural, su mirada iba dirigida a su hijo—. Ewan, no lo esperaba de ti. ¿Cómo se te ocurre llevarte a la señorita Burton de paseo, sin permiso y sin la escolta adecuada? ¿Acaso te volviste loco?

El silencio inundó la biblioteca y Ewan no pudo negar nada.

Su padre no parecía conocer la realidad de lo sucedido y había sacado unas conclusiones que no eran correctas. Él no había llevado a pasear a nadie —aunque poco importaba, puesto que su conducta había sido imprudente—. Debería haber dicho al mozo de cuerdas que comunicara que iba en busca de Grace. En cambio, intentó protegerla. Y una vez la encontró tendría que haberla obligado a volver al castillo, aunque ella se resistiera. Eso lo sabía. No obstante, le permitió aquel impulso caprichoso y, en consecuencia, estaban en un lío.

Su padre controlaba la voz y el temple, pero Ewan sabía bien lo enfadado que estaba.

—Tienes razón —fue la única cosa que pudo decir.

Su voz sonó muy calmada, a diferencia de la de su padre.

—¡Ya sé que tengo razón! —exclamó—. Pero me gustaría poder comprenderte. Pensaba que te habías vuelto un hombre maduro y cabal. ¿Tienes alguna explicación razonable que pueda absolverte?

Ewan advirtió que Grace quería intervenir en su favor, si bien no sabía cómo hacerlo. Su rostro estaba pálido y se mordía los labios con preocupación. Debía de sentirse culpable, pensó él, puesto que todos los acontecimientos se desencadenaron a causa de su terquedad.

Se aclaró la garganta.

—Asumo la culpa —dijo él de improviso, provocando una evidente sorpresa en Grace.

—No, yo... —intervino ella, ruborizándose—. Si me deja contarle lo que sucedió, se dará cuenta de que todo ha sido un malentendido.

Liam McDougall se acercó dos pasos exactos antes de hablar.

—¿Me está diciendo que ayer no salió a escondidas con el caballo, sin el permiso de su madre? Debe ser un error mío, entonces.

Su tono irónico se mezclaba con la gravedad de su voz e hizo que ella se encogiera durante un momento. Pero no lo había dicho todo, así que se

sobrepuso. Todavía con un evidente sonrojo en las mejillas, levantó la barbilla para tratar de aclarar los hechos.

—Sí, pero después...

—Todos sabemos lo que pasó «después», gracias —le dijo—. Y aunque considero a mi hijo el máximo responsable de los acontecimientos, señorita Burton, usted también fue muy tonta aceptando ese paseo.

—¡No fue así! —exclamó ella con impotencia, puesto que nadie parecía creerla.

—No, Grace, no es necesario que digas nada más.

Ewan le lanzó una mirada de complicidad. Solo esperaba que la interpretara correctamente y mantuviera la boca cerrada. Era mejor dejarlo así. Ella ya se vería en suficientes problemas respecto a su madre. Estaba convencido de que la señora Burton no le dejaría pasar aquella falta.

Cargar con todas las culpas era lo mejor para todos.

—He actuado con imprudencia, aunque mis intenciones eran buenas —añadió Ewan, finalmente.

Tampoco quería pasar como un inconsciente y perder toda la confianza que su familia había depositado en él.

—Tu conducta es imperdonable —sentenció su padre con brusquedad, lo cual lo sobresaltó. Mejor dicho: se le erizó la piel—. ¿Tienes idea de lo que sintió la señora Burton cuando se dio cuenta de que Grace no estaba? No fue a desayunar y seguía sin aparecer a mediodía. Ella no conoce estas tierras y nadie sabía si la habían secuestrado o dónde demonios estaba.

Dio un contundente golpe en la pared con el puño que hizo exclamar a las mujeres.

—Liam, cálmate —le exigió Deirdre—. No debemos perder los nervios.

Él asintió con la cabeza.

—Perdón —se excusó, dudando a la hora de proseguir. Fue su madre quien lo animó a hacerlo.

—Continúa.

—Las últimas horas han sido una desazón para todos. Se supone que estas mujeres están bajo mi techo y protección. ¿Cómo podía haberles fallado de ese modo?

Edith, que hasta el momento se había mantenido en silencio, se dejó oír.

—Por un momento temí que os hubierais escapado.

—Eso no me pasó nunca por la cabeza —se defendió él.

Ella encogió los hombros.

—Sois jóvenes. Y los jóvenes cometen imprudencias.

—Yo también lo pensé —confesó su padre—. Buscamos a Grace por cada rincón del castillo y de los jardines, hasta que averiguamos que habíais salido a cabalgar.

Ewan frunció los labios. No podía culpar al mozo de cuabras por haber contado las cosas de otro modo, puesto que él se lo había ordenado así.

—Muy cierto —corroboró la duquesa.

—Marian Elizabeth tiene el sueño tan profundo que no oyó cómo Grace se marchaba —relató Deirdre—. Incluso dudamos de ella. Pobrecita —se lamentó al final, con un movimiento de cabeza.

—Sí —afirmó Edith—. Por un momento pensé que estaba encubriendo la fuga.

Ewan se quedó boquiabierto.

—Hemos necesitado más de veinte personas para encontraros, puesto que decidisteis cambiar la ruta inicial. —Su padre volvió a tomar la palabra—. Prácticamente todo un día de búsqueda hasta conseguir dar con vosotros.

—Ni siquiera quiero pensar qué habría sucedido de no hacerlo —se lamentó su madre, con tristeza y alivio a la vez. Tristeza por pensar lo que suponía pasar toda una noche a la intemperie sin el abrigo apropiado; y alivio porque todo había acabado bien.

Más o menos.

—Pedí ayuda a algunos amigos fieles, pero los sirvientes hablan. Y mucho —añadió—. En Glenrow, esta pequeña aventura ya está en boca de

todos. Así que me he visto obligado a tomar medidas severas.

Ewan sintió una fuerte punzada en la boca del estómago. Tenía un mal presentimiento.

—¿De que estás hablando? —le costó preguntar.

—Es evidente: vais a casaros.

El silencio se extendió por toda la biblioteca. Ewan trataba de digerir lo que acababa de escuchar mientras todos lo miraban con aire interrogativo.

Casarse. Aquella palabra le sonó extraña, cuando menos en aquel momento. Su familia quería que se casara con Grace Burton para evitar murmuraciones, pero lo que dolía era que no había sido una decisión propia.

Por un momento notó una incipiente rabia contra ella. Sí, rabia. Grace le gustaba. Siempre se habían llevado bien y se encontraba cómodo en su compañía. Eso sin contar lo que últimamente estaba sintiendo por ella. No obstante, se estaba hablando de una unión impuesta y todo por culpa suya, por comportarse como una dama caprichosa. ¿Por qué tenía que empeñar su futuro cuando sus planes eran otros?

Ewan llevaba un tiempo tratando de intimar con Marian Elizabeth, más esquiva y difícil de interpretar. ¿Y ahora debía olvidar todo por su hermana melliza? ¡No era justo!

Respiró con profundidad y lentitud un par de veces.

«Ewan, piensa. Piensa», se decía. Así, de algún modo, daría con una solución satisfactoria.

—Creo que se está exagerando la situación —se atrevió a decir.

Fue entonces, cuando la extrañamente callada señora Burton se dejó oír.

—¡La reputación de mi hija ha sido comprometida! —Su voz sonó más agria y desilusionada que nunca—. ¿Cómo puedes decir que estamos exagerando? Tu padre me ha dado la palabra de que harás lo correcto y yo me encargaré personalmente de que la cumplas, aunque tenga que llevarte al altar apuntándote con un arma.

—¡Mamá!

Grace no podía creer aquella reacción. Bien, lo cierto es que no parecía creer nada de lo que estaba sucediendo en la biblioteca.

—Odethe, tranquilízate —le recomendó Liam—. Te dije que Ewan lo haría y lo hará. La palabra de los McDougall es firme —sentenció—. Vosotros dos —los señaló con el dedo índice—, habéis pasado demasiadas horas sin ningún tipo de compañía. Además, las murmuraciones se están extendiendo. Por supuesto, de aquí en adelante escucharemos un millón de relatos sobre lo que sucedió; si bien no tendrán importancia, puesto que estamos dispuestos a reparar cualquier daño.

En aquel momento, Ewan estaba asumiendo cuál era su destino y la rabia por Grace se volvió tan tibia que ni siquiera la notaba. No tenía sentido oponerse a la decisión tomada. Lo sabía. Además, el deber y el honor jugaban papeles muy fuertes dentro de su conciencia. Aunque no lo obligaran, él mismo hubiera ido en la misma dirección al comprobar que las murmuraciones existían. Simplemente no iba a permitir que la reputación de la joven se viera comprometida.

Desde muy pequeño, sus padres le habían inculcado unos valores muy fuertes de honradez y de honestidad. No se consideraba un hombre virtuoso —cometía errores—, pero sí era digno de su apellido. No había sabido jugar bien las cartas respecto a las mellizas Burton y ahora todo variaba. Aunque, extrañamente, no se sentía triste; más bien resignado.

—Está bien —aceptó—. Será de este modo. Nos casaremos.

Su padre asintió con complacencia. Por suerte, no lo había desilusionado del todo.

—Anoche escribí al duque de Dunham relatando de forma concisa los hechos y mi decisión. Un mensajero se encargará de llevársela personalmente, así tendrá tiempo para disponerlo todo y preparar el viaje.

—Y, mientras tanto, nosotras lo organizaremos —añadió su madre. Deirdre se levantó del sofá para acercarse a su marido. Cuando estuvo a su

lado le dio la mano—. Como tenemos poco tiempo, haremos una recepción pequeña; unos cuantos primos de Escocia y algunos amigos.

—He empezado a hacer una lista, con el permiso de Odethe —anunció Edith—, aunque dadas las circunstancias renunciaremos a traer a muchos invitados.

—Sin embargo, Phillipa no puede faltar.

—¡Oh, Phillipa! —exclamó la duquesa, al recordar a su sobrina, prima de las mellizas. Se encontraba un poco abrumada por todo lo que había por hacer—. Hoy mismo voy a escribirle. ¡Su presencia es imprescindible!

Ewan empezó a escuchar hablar de invitados, banquetes, baile y trajes con un evidente entusiasmo por parte de las mujeres. Aquello lo empequeñeció. ¿Qué sabía él de organizar una boda? Aparentemente, nada. No obstante, había una cosa que le hacía sentir cierta desazón: todo parecía demasiado inminente.

Debería haber imaginado que incluso la fecha del enlace estaba ya prevista.

Tragó saliva, buscando el coraje suficiente para preguntarlo.

—Perdonad —Se hizo escuchar por encima del alboroto. Seis pares de ojos lo observaron con atención—. ¿Qué día se celebrará?

No hizo falta concretar. Todos lo sabían.

—De aquí a un mes —contestó su madre con cierta inquietud, quizá calibrando su reacción.

No obstante, no era su reacción la que deberían de haber tenido en cuenta. Él todavía estaba digiriendo la información cuando Grace se puso de pie. Las piernas le temblaban y no tenía buen aspecto. Su rostro había palidecido.

—No quiero casarme.

Las palabras sonaron entrecortadas, pero con la suficiente fuerza para ser escuchadas.

—¡No digas sandeces! —exclamó una indignada Odethe—. Harás lo que

yo te diga.

Edith, más comprensiva, le acarició la espalda.

—Grace, no hay otra opción. ¿Lo entiendes?

La joven hizo que no con la cabeza.

—No es tan grave como parece. A mí no me importan los rumores. Cuando vuelva a casa habrán desaparecido.

—No seas ingenua. Una reputación manchada te perseguirá allá donde vayas, haciéndote perder la posibilidad de casarte. ¿De verdad quieres vivir así?

Los ojos de Grace estaban brillantes. Empezaría a llorar en cualquier momento.

—Sé que no lo entiendes, tía. Ewan no me comprometió.

No importaba que aquello hubiera sido una tontería inocente. Había que asumir las consecuencias.

—No podemos ignorar lo que pensará la gente. Siempre ha sido así.

Grace se lanzó a sus brazos, derrotada, dejando de contener el llanto. Mientras, Ewan contemplaba la escena. Aquellas lágrimas tan sentidas junto con los sollozos calaron muy adentro. Notó cierto pesar por la desilusión que Grace mostraba, aunque también le acompañaban otros sentimientos que no sabía cómo definir.

¡Le gustaría tanto poder protegerla!

Al cabo de un momento, la joven se separó de su tía y trató de secarse los ojos con un pañuelo de lino bordado. Pero a diferencia de antes, parecía menos trémula y más decidida.

—No quiero casarme —volvió a repetir—. Y no lo haré.

De repente, dio media vuelta y corrió hacia el refugio que suponía su habitación, dejando a los presentes con una expresión de puro asombro.

—Niña consentida —siseó Odethe con aspereza.

Durante un instante, Ewan observó con detenimiento a la mujer que se convertiría en su suegra, que parecía asqueada del comportamiento humano.

Su ademán era adusto, pero él sabía que bajo aquella fachada había un saco lleno de decepción.

Sus hijas eran sus posesiones más preciadas, el motivo por el cual se había sobrepuesto a la viudez. Porque Odethe Burton nunca habría mirado a otro hombre ni habría considerado casarse de nuevo. Estaba seguro. En cambio, había posado todas sus esperanzas en los dos enlaces como si se tratara del hito más importante de la historia. Ver muy casadas a Marian Elizabeth y a Grace era todo lo que le pedía a Dios. El sentido de sus ruegos. Y a pesar de sus esfuerzos, de su constancia y de la educación dada a las mellizas, una de ellas había estado a punto de caer en pecado.

¡Cuánta decepción!

Ewan estaba convencido de que eso mismo estaría pensando ella. Una boda planificada con prisas y teñida de murmuraciones no era lo que deseaba ninguna matrona; y esta menos, ya que él no tenía ningún título ni esperaba heredarlo.

Sintió lástima por Marian Elizabeth, puesto que a partir de entonces su madre sería más dura y no permitiría ninguna traba que la alejara de conseguir su objetivo.

Suspiró profundamente. Sí, en un mes aquella mujer se convertiría en su suegra, aunque no parecía nada feliz de ocupar aquella posición.

Dejó sus pensamientos de lado cuando notó una mano sobre el hombro derecho. Al levantar la vista vio a su madre, que lo obsequiaba con una tranquilizadora sonrisa.

—Vamos a pasear.

—Pero Grace... —protestó.

La chica había huido en medio de la reunión y no parecía que a nadie le preocupara su oposición.

—Tendrá que aceptarlo. Como todos —matizó.

Entendió que no quedaba más remedio que hacerlo. En cierto modo, las dos familias estaban condenadas a hacer su mejor esfuerzo para evitar un

mal mayor.

Como la conversación había llegado a su final, madre e hijo se disculparon con todos y buscaron un abrigo y un calzado adecuado antes de salir del castillo por una puerta lateral.

Deirdre tomó a Ewan del brazo mientras serpenteaban por los caminos en silencio. Parecía que ella no se atreviera a hablar, así que le facilitó el trabajo.

—Adelante, di todo lo que tienes guardado. Ahora no me puedo escapar —declaró con cierta burla.

Ella no le hizo caso.

—No puedo taparme los ojos con una venda e ignorar lo que ha sucedido. Sabes que has actuado con imprudencia, hijo.

Su tono fue suave. Aquello no era ningún reproche, simplemente la manifestación de lo que su madre sentía.

Antes de contestar, Ewan suspiró con profundidad.

—Me gustaría que no pensaras tan mal de mí, por favor. No tenía en mente seducir a Grace. Y no es lo que ha ocurrido. Yo ni siquiera la invité a cabalgar. Estas son las conclusiones a las que habéis llegado, pero no la verdad.

Por un momento, su madre lo observó con escepticismo, pero reflexionó un momento y la expresión de su rostro se volvió neutra.

—¿Qué quieres decir?

Al parecer le estaba dando el beneficio de la duda, así que le explicó los hechos como habían ido sucediendo. Nada más y nada menos.

—Entonces, ha sido Grace la imprudente —declaró al cabo de un momento—. De ella nunca lo hubiera imaginado.

Ewan no pudo evitar disculparla.

—Creo que tenía un mal día y quería estar sola. Simplemente no imaginó que su escapada podría tener consecuencias. Pensaba que para el almuerzo ya estaría en el castillo.

—A pesar de todo, debes hablar con tu padre. Explícaselo.

Él estuvo tentado, pero aquel lío ya no se podía deshacer.

Negó con un movimiento de cabeza.

—Gracias por creerme, pero sobreviviré. No quiero que la gente se lleve una mala opinión de Grace —afirmó—; y tú menos que nadie. Dejemos las cosas como están.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo es que te has resignado tan rápido? Pensaba que te gustaba Marian Elizabeth.

Aquella frase lo incomodó, puesto que escondía una pregunta para la que no tenía respuesta; si bien su madre tenía razón al formularla. Solo tenía que recordar que el único motivo por el que invitaron a la duquesa y a las Burton había sido debido a su petición.

—Yo también —respondió con aire pensativo. En los últimos tiempos, sus sentimientos habían oscilado de un lado al otro.

Su madre le lanzó una mirada intensa.

—¿Eso quiere decir que ya no? —Él se limitó a encoger los hombros—. El amor no aparece y desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo no he dicho nunca que estuviera enamorado —trató de aclarar, de repente, nervioso por tener que explicarlo—. Sentía interés por ella y quería conocerla mejor, pero lo cierto es que Marian Elizabeth nunca me ha tratado como un pretendiente.

En aquel momento tampoco le dolía no haber sido correspondido.

—Sabes de sobra que mi padre me obligó a casarme... —empezó a decir su madre.

—Y te ha salido bastante bien.

Ella lo miró con una gran sonrisa. Ewan se la devolvió.

—Amo a tu padre y a la familia que hemos creado juntos por encima de todas las cosas. Es lo mejor que me ha podido pasar, si bien nunca ha sido

mi intención imponeros a alguien. Desgraciadamente, he acabado haciendo lo que tanto odié.

Ewan entendió su dilema. Y como no quería que su madre se sintiera mal, trató de reconfortarla.

—Todo irá bien, ya verás.

—¿Cómo puedes estar seguro? Cuando lea la carta de tu padre, Jeremy se enfadará mucho.

Sí, el tío y tutor de Grace lo enfrentaría tan pronto pusiera los pies en el castillo. Pero si había sido capaz de soportar la mirada de decepción de su padre, podría hacer lo mismo con el duque de Dunham.

—Ahora seremos familia. No estaría bien que me dejara un ojo morado.

—¡Ewan! —lo riñó su madre—. No es momento de decir sandeces.

—¿Te gustaba Grace, antes de este suceso? —le preguntó de golpe.

—Claro que sí. Es una chica encantadora, igual que su hermana. ¿A dónde quieres llegar?

—Si cuando te hablé de Marian Elizabeth hubiera dicho el nombre de su melliza, ¿te hubieras sentido mal?

Los ojos de su madre se clavaron en él. E incluso se detuvo.

—¡Por supuesto que no! Las dos eran una buena opción. Y yo solo quiero tu felicidad.

Ewan giró el cuerpo hacia ella hasta quedar frente a frente, para después cogerle las manos.

—No esperaba menos de ti. Pero ahora quiero que hagas una cosa por mí. Ella asintió con vigor.

—Di.

—No juzgues a Grace por lo que ha pasado. Olvídalo y ábrele los brazos. Te necesitará en esta nueva vida que ha de venir. Y mucho.

—¡Oh, qué bueno que eres! —Deirdre McDougall abrazó su hijo un buen rato. Se encontraba emocionada solo de oírlo hablar. Ella había deseado que Ewan se casara y aquello sucedería en poco tiempo. Lo único triste era el

motivo por el cual lo harían—. Te estás comportando de una forma muy caballerosa al aceptarlo sin luchar. ¿No será que, en el fondo, la elección que te ha hecho el destino te gusta?

Ewan no pudo contestar, porque en realidad no sabía la respuesta. O más bien todavía no estaba preparado para aceptarla.

Ewan se había desabrochado la levita del traje de noche cuando sintió un ligero toque en la puerta. Los relucientes zapatos descansaban a los pies de la cama, puesto que eran las dos primeras piezas que se había sacado al llegar a su habitación. Creyendo que se trataba de su ayuda de cámara que no se daba por vencido, gritó:

—¡Adelante!

Normalmente no lo necesitaba para vestirse ni tampoco a la hora de acostarse. Se lo tenía dicho, aunque a veces no le hacía caso. Se consideraba bastante diestro y poco perezoso para hacerlo él mismo. Solo había que dejar la ropa que se cambiaba sobre la butaca de terciopelo del rincón para que la acomodara a su gusto. Si estaba sucia, las lavanderas se harían cargo lavándola y almidonándola.

Ni siquiera miraba la puerta, tan seguro estaba de quién se trataba. Pero no era quien esperaba. La voz dulce de Grace lo sorprendió.

—Buenas noches, Ewan. —Sonó más tímida que de costumbre.

Se dio la vuelta de golpe, medio asustado y medio complacido de tenerla allí. La joven vestía una sencilla falda de color azul marino y una blusa blanca con bordados. Además, lucía el cabello suelto.

Por un momento se quedó sin respiración. Estaba tan bonita que se le removieron las entrañas. Cualquier hombre se sentiría satisfecho de tenerla a su lado; incluso de poder casarse con ella. Grace poseía una personalidad que le gustaba bastante: se reía con ella, sabía imponerse cuando era

necesario, pero también era amable y considerada. El único inconveniente era que Ewan se había fijado antes en otra. El porqué no lo sabía. Quizá le resultaba atractivo el desinterés que mostraba Marian Elizabeth.

Recordar a la hermana melliza de Grace y lo que había perdido no le hizo daño, tal y como esperaba. Quizá se debía a esa presencia femenina que parecía contradecir todas las normas. No obstante, la voz de la razón se impuso.

—Definitivamente, te has vuelto loca. —Se acercó a ella con una expresión seria pintada en el rostro y la tomó del brazo—. Debería haberlo pensado ayer, cuando te deshiciste del mozo de cuerdas para adentrarte en unas tierras que no conoces.

Sus palabras la hirieron. Se dio cuenta de ello cuando los músculos del rostro femenino se tensaron.

—No sabía que te gustaba juzgar tanto —le espetó ella sin nada de sutileza—. Y tampoco había tenido en cuenta que fueras tan perfecto.

Al ver su reacción, su primer impulso fue disculparse. No obstante, su ironía todavía hizo que respondiera con más ganas.

Se encogió de hombros, como si no le importara.

—Quizá no, aunque yo no soy el culpable del compromiso, por mucho que mi padre lo piense.

Grace lanzó un resoplido cargado de indignación.

—¡Serás canalla!

Trató de soltarse de forma brusca, enfadada por aquel golpe bajo. Sí, sabía que era la culpable, pero tampoco le parecía necesario que se lo lanzase a la cara de aquella forma tan grosera.

Ewan se sintió mal tan pronto como las palabras salieron de su boca.

—Lo siento —se excusó sin llegar a soltarla—. Es tarde y estoy cansado. Ha sido un día muy largo y demasiado lleno de emociones.

Ella lo miró con fijeza, asintiendo con lentitud.

—Sí —murmuró.

—No obstante, no has hecho nada bien atreviéndote a venir a mi habitación.

—Quería hablar contigo —dijo simplemente.

Ewan no se podía creer que fuera tan tonta, si bien prefirió callar.

—¿A estas horas? ¿Has pensado que alguien puede verte salir?

Justo después de la cena, Ewan se había retirado pronto porque no estaba de un humor apropiado como para mantener una conversación. Además, el ambiente seguía tenso a pesar de haberlo solucionado. Al decir que se encontraba indispuesta, Grace se lo había ahorrado.

La chica frunció los labios, formando con ellos una mueca llena de escepticismo.

—Ya no puede ser peor.

Él no estaba de acuerdo.

—Si tu madre o Marian Elizabeth suben a la habitación...

No encontrarla donde se suponía que descansaba sería añadir más leña al fuego. Y ya tenían suficiente con todo.

—No me cree, Ewan. Mi madre no me cree —murmuró con tristeza—. Le he explicado muchas veces lo que sucedió y piensa que me lo he inventado.

—Ahora ya no tiene importancia.

—¡Por supuesto que la tiene! Es mi palabra. No soy una mentirosa.

Ewan entendió que ella se sintiera indignada y un poco rabiosa. Su padre ni tan siquiera le había preguntado por lo ocurrido; lo había sentenciado en un abrir y cerrar de ojos. No obstante, en ese momento poco se podía hacer. Por mucho que Grace protestara, gritara o gimiera, nadie la libraría de esa boda.

—Debes pensar que todos están con los nervios alterados. Se asustaron mucho con nuestra desaparición, así que pasará un tiempo antes de que tu madre vuelva a confiar en tu palabra.

Sus palabras la dejaron insatisfecha.

—¿No ves que entonces será demasiado tarde? ¡Quieren celebrar el enlace en un mes! ¡Es inaudito!

Se mostraba bastante horrorizada con la idea; tanto, que a Ewan lo hirió en el orgullo. No obstante, trató de no hacer caso. Ella estaba demasiado exaltada para conversar.

—Nada de lo que dirás cambiará nuestro futuro. No te queda más remedio que asumirlo.

Los ojos de Grace desprendieron una brillantez llena de obstinación.

—¿Cómo puedes hablar de este modo? Por qué pareces tan... tan... —No encontraba la palabra adecuada—. ¿Convencido? —preguntó.

Él encogió los hombros.

—Nos guste o no, nuestro compromiso ya es un hecho. Mejor acostumbrarse pronto.

Grace frunció los labios.

—No me convence esta actitud. Bien podríamos hacer algo, como luchar —sugirió.

Ewan la miró con fijeza, como si no lo hubiera escuchado bien.

—Luchar. —Masticó la palabra con lentitud—. ¿De verdad crees que puedes cambiar algo? ¿O que tu madre cederá teniendo la certeza de la mancha inevitable en tu reputación? ¿O que tu tío permitirá que yo me desdiga? Eso no sucederá —afirmó con rotundidad.

—Jeremy dejó que mi prima Phillipa ejerciera de enfermera y que predicara por las calles del East End; incluso cuando él lo detestaba. A nosotros nos escuchará.

—Ella era viuda —puntualizó Ewan—. Es diferente.

—Pero no lo era cuando empezó a estudiar. Mi tío es un hombre comprensivo.

Ewan se cansó de escuchar unas objeciones e ilusiones que no llevaban a ninguna parte. Estuvo a punto de decirle: «Tus actos nos han llevado hasta aquí», si bien consideró que no era conveniente seguir discutiendo con ella.

Además, debía ser perspicaz. Si quería empezar el matrimonio con buen pie, lo mejor era no provocarla.

—¿Por qué eres tan tozuda?

—¿Y por qué, de repente, te rindes?

Hizo una mueca.

—Podrías mostrar un poco de agradecimiento. Soy lo bastante honorable como para poner tu reputación por encima de mis deseos.

—¿Incluso por delante de Marian Elizabeth? —Lo provocó para tratar de tenerlo como aliado, si bien solo consiguió que él se cerrara en sí mismo.

Los músculos de su rostro se tensaron.

—No tienes que hacer nada de esto —le espetó con sequedad—. Y ahora, por favor, márchate de mi habitación. No necesito que provoques más enredos.

—Pero... —empezó a protestar ella.

Tuvo que taponarle la boca con la mano. La muy tonta no se daba nunca por vencida.

De repente, se le ocurrió una idea.

—Estoy empezando a pensar que podríamos aprovechar tu visita.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Ah, sí?

—Exacto. Ahora que estamos comprometidos, compartir un poco de intimidad se me antoja como un magnífico propósito que estoy dispuesto a probar. ¿No crees?

Las mejillas de Grace se tiñeron al instante.

—¡Ewan McDougall, no serías capaz!

Ella podía estar indignada, mas su proximidad y su tacto lo hicieron sentir cierto cosquilleo en el estómago.

Pensó: «¿Y si...?».

—En un mes estaremos casados. ¿Qué crees que sucederá entonces?

Era una idea que ni siquiera se le había pasado por la cabeza, pero una

vez dicha en voz alta, aquello parecía más real que nunca.

El color rosado acabó cubriendo todo el rostro de Grace.

—Habías dicho que eres honorable —consiguió murmurar ella, no sin cierta dificultad.

—¿Te han besado alguna vez?

Ewan no entendía cómo aquellas palabras habían llegado a salir de su boca. Aunque, en realidad, la respuesta le interesaba.

—¿Cómo dices? —Su voz sonó estrangulada—. ¡No te importa en absoluto!

Gracias a Dios, Grace no parecía escandalizada, más bien enfadada. Y ahora era el turno de Ewan para provocarla.

—Soy tu prometido. Tengo todo el derecho. —Y para demostrarlo, acarició su mejilla, que estaba caliente. Él quería más, pero no lo consideró oportuno. Con asustarla y hacer que se fuera tenía suficiente. No necesitaba otra amonestación de su padre.

Grace notó un escalofrío que le recorrió la espalda. Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, mientras la mano de Ewan descansaba sobre ella con suavidad. Por supuesto, evitó mirarlo a los ojos.

No se atrevía.

¡Ni en sus sueños más dulces habría esperado aquella actitud!

Lo cierto era que había ido a buscarlo para hablar. Su madre, su tía y los McDougall los querían casar, pero ella no estaba dispuesta a consentirlo. Grace no era la persona más altruista de Inglaterra. Tenía sentimientos por el necio de Ewan; y eran fuertes. Sin embargo, que los obligaran a contraer matrimonio haría que él la culpara de sus sueños rotos y aquello seguramente acabaría haciendo que la odiara; quizá no esa misma noche o al día siguiente, aunque sí acabaría sucediendo. Además, estaba su hermana por medio. Después de haberlos visto a los dos en actitud cariñosa, tenía muchas dudas. Si Marian Elizabeth le correspondía, ella no podía truncar su felicidad.

Por todos aquellos motivos creía que él la apoyaría; una esperanza que había sido rota y cuyo motivo ignoraba. Ewan debería ser el primer interesado en deshacerse del compromiso puesto que sabía de primera mano que prefería a Marian Elizabeth. Por mucho que se esforzara, le mostrara buena cara, la escuchara y se riera de todo lo que decía, sabía con total seguridad que ella nunca tendría la opción de conquistarlo. Así que le estaba abriendo un camino para desdecirse que él no aprovechaba.

Estaba confundida y tenía un millón de dudas bailando por la cabeza. Además, se notaba un poco resentida con él. Sí, con Ewan. Y todo porque no la había escogido a ella desde un primer momento. No sabía si llamarlo envidia o qué exactamente, pero aquel malestar la preocupaba mucho. Por supuesto, trataba de enterrar sus sentimientos; no estaban bien. Como diría su madre: aquello no era propio de una dama. Asimismo, si al final Ewan se convertía en su cuñado, tendría que sacarse lo que llevaba dentro para ser capaz de sonreír con naturalidad ante la pareja. Quería demasiado a su hermana para permitir que un hombre las separara.

—Creo que me marcharé.

Grace se sintió muy estúpida diciendo aquello. No tenía que creer nada, debería estar segura. No podía quedarse ahí parada como una estatua deseando que la caricia no se acabara nunca. Así no conseguiría deshacerse de lo que sentía por Ewan.

Osó mirarlo a los ojos, pero no supo interpretar lo que él debía de estar sintiendo en aquel momento. Y como no quería hacer más el ridículo dio un paso atrás, dejando que la mano masculina cayera entre los dos. Después, dio media vuelta y se marchó deprisa.

Una vez en su habitación, sola —porque Marian Elizabeth todavía estaba abajo con los otros invitados—, se ocultó dentro de la cama como uno de aquellos animales exóticos que escondían la cabeza bajo tierra. No le importaba si iba vestida.

Sintió unas terribles ganas de llorar. ¡Había deseado tanto aquel viaje a

Escocia! Sospechaba que Ewan trataría de acercarse a su hermana, pero Grace estaba casi convencida —aunque no lo había hablado con ella— que Marian Elizabeth no estaba interesada. Y esto le daba una pizca de esperanza. Pero todo estaba del revés y ahora no sabía qué hacer. Se sentía como la pieza de un rompecabezas que no encajaba en ninguna parte.

—Oh, ¿qué debería hacer? —se preguntó en voz alta, quizá esperando una señal divina. Por supuesto, esta no llegó. Dios tenía cosas más importantes por las que preocuparse.

Era una chica inteligente, algo se le ocurriría, ¿verdad? Porque Ewan tenía razón respecto su tío Jeremy: dudaba que deshiciera el compromiso. Quizá si ella... ¡Caramba! Se le ocurrió una idea alocada, aunque podía funcionar. Si explicaba que su hermana y Ewan se amaban, la pareja tendría alguna posibilidad.

Por primera vez en todo el día sonrió. Podrían decir a todo el mundo que, el día anterior, ella no era ella, sino Marian Elizabeth. Quizá ambas no eran exactamente iguales, pero se asemejaban bastante. ¿Quién notaría la diferencia? La gente del castillo y de las tierras no las conocían lo suficiente para afirmarlo. De ese modo todo acabaría como debería.

Entonces, ¿por qué empezaba a notar una gran tristeza inundándola? ¿Por qué no se alegraba de ver una luz entre tanta oscuridad? Pues porque lo amaba, era así de simple. Si lo acercaba a su hermana ella lo perdería para siempre. Y sí, su conciencia lo tenía claro, pero ¿cómo decírselo a su corazón?

«¡Maldito amor!», exclamó una voz para sus adentros. Estar enamorada no era el sentimiento dulce que describían los poetas. En su caso, hacía daño.

—¿Disfrutando de una copa antes de dormir?

Ewan inspiró profundamente mientras sostenía el licor entre sus manos. No era necesario mirar a su espalda para saber quién lo había interrumpido. Su voz y su acento eran del todo inconfundibles.

—Frederick... —murmuró sin mucho ánimo, porque prefería estar solo. Pero el conde se lo tomó como una invitación.

Cerró la puerta de la salita, se sirvió el mismo licor que Ewan y se sentó en la butaca de al lado.

—Subía a acostarme cuando le he visto pasar.

—¿Y me ha seguido?

La intención de Ewan era cuestionar su conducta, aunque el conde no lo captó.

—Correcto —contestó con un tono animado—. He pensado que agradecería un poco de compañía.

Ewan gruñó interiormente.

«Todo lo contrario».

Si se había marchado antes que los otros invitados se debía a que no deseaba mantener diálogos estériles y corteses, así que se había excusado con todos ellos para poder refugiarse en su habitación. Sin embargo, no contaba con la aparición de Grace, que había conseguido ponerlo nervioso y excitarlo a la vez.

Con aquel estado sabía que no conseguiría pegar ojo, con lo cual había vuelto a bajar, tratando de esquivar a todo el mundo.

Evidentemente, no había tenido suerte.

—Gracias —murmuró con educación, haciendo esfuerzos para no decir una grosería.

—Siempre a su servicio. —El conde inclinó la cabeza en señal de cortesía. Parecía muy satisfecho—. Las noticias viajan rápido —dijo con una sonrisa—. Supongo que se impone una felicitación.

Ewan se lo quedó mirando con una expresión circunspecta.

«Oh, no. Ahora querrá explicaciones».

Durante la cena no se había abordado el tema del compromiso. Ewan se encontraba incómodo y la ausencia de Grace todavía lo agravaba más. Además, no podía olvidar su negativa ni su salida dramática. Los otros comensales tampoco hicieron mención de todo aquello, aunque parecía que los rumores ya habían comenzado a expandirse, llegando hasta oídos del conde de Vasillis.

Era un zoquete, pero tenía buena oreja, pensó con ironía.

Así que su padre tenía razón sobre la gente, se dijo. Lo que había sucedido traía consecuencias y a Ewan no le quedaba más remedio que actuar con honorabilidad.

—Lo encuentro muy callado —observó el conde de Vasillis—. ¿No está contento? Las hermanas Burton son muy bonitas y estoy seguro de que Grace tendrá millones de virtudes que la convertirán en una buena esposa.

—Las tiene —declaró de inmediato, convencido de ello.

—Pero no está enamorado.

Frunció los labios.

¿Qué debería decirle? ¿Tal vez la verdad? Sentía muchas dudas al respecto. El conde y Ewan no eran amigos. Sin él saberlo se habían disputado a la misma mujer, aunque ninguno de los dos había resultado triunfador en los afectos de Marian Elizabeth. No se trataba de la persona idónea para compartir las confidencias, pero tampoco se consideraba un mentiroso.

—No —contestó al cabo de un instante.

Su deber era uno, sus sentimientos diferían.

—Mmmm. ¿Son las circunstancias las que le obligan o quizá todo habría acabado de igual modo de no haberse producido este precipitado compromiso?

Ewan encogió los hombros. No quería despreciar a Grace. Era una joven maravillosa y de una belleza remarcable; a veces un poco tozuda, pero maravillosa igualmente. Aun así, él no la había mirado nunca con ojos de

enamorado. No obstante, aquella noche no había sido la única al sentir un ramalazo de deseo, por lo que todo era posible.

—No puedo juzgar qué habría y qué no habría hecho en un futuro.

—Comprendo.

El conde no añadió nada más y el silencio cubrió a ambos. Ewan agradeció el mutismo armonioso; no estaba preparado ni era la persona idónea para compartir confidencias. Además, necesitaba ordenar sus ideas y sentimientos.

No llevaba ni un día prometido, pero sabía que no amaba a Grace, aunque sí la deseaba.

Tomó un trago de licor. Todo era demasiado complicado. Sí, definitivamente necesitaba pensar.

—Se te dan bien los caballos.

Ella habría preferido soltar alguna broma contundente antes que palabras de admiración, si bien durante un momento había estado mirando cómo cepillaba al caballo con energía y esmero mientras le cuchicheaba palabras tranquilizadoras. Y acabó sucumbiendo. Desgraciadamente, fue así de fácil; sus intenciones volaron como un gorrión mañanero en busca del cielo.

Ewan estaba tan atractivo aquella mañana que le costaba apartar la mirada. Sin chaqueta, se había subido las mangas, dejando al descubierto un chaleco a cuadros —con tonos marrones— que se ajustaba a su cuerpo. Además, sus brazos se movían arriba y abajo, acariciando y peinando al animal, mientras que su cabello permanecía reluciente en causa de los rayos de sol.

Apoyó las dos manos sobre la maciza puertecilla de madera que le llegaba a la altura de la cintura y trató de contener un suspiro.

Al oírla, él se dio la vuelta hacia ella.

—Grace...

Ella dibujó una fugaz sonrisa.

—Pareces sorprendido de verme.

Él asintió con lentitud, estudiándola.

—¿Qué haces en las cuadras?

La joven aparentó sentirse relajada. No quería que él sospechara que,

aquella mañana, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no parecer una estúpida enamorada; ni que se le cortaba el aliento cuando la miraba con tanta intensidad.

«Definitivamente, te has despertado con la mente cambiada», le dijo su voz interior. O había perdido toda su fuerza de voluntad. Cualquiera de las dos opciones sería válida para explicar su comportamiento.

—He estado preguntando a los sirvientes dónde estabas —confesó. No se atrevía a hacerlo con los parientes de Ewan porque quizá no lo verían con buenos ojos, incluso estando prometidos—. Nadie parecía saberlo, hasta que mi doncella ha averiguado tu ocupación de la mañana.

—Mi castigo, querrás decir.

En su tono se escondía un amargo reproche; no hacia ella, por supuesto. Liam McDougall era el destinatario. Era quien lo había enviado a ocuparse de los animales como si no tuvieran mozos para hacerlo.

—Lo siento —le dijo con sinceridad. Aborrecía la idea de que se sintiera denigrado. Sobre todo si era a consecuencia de su comportamiento.

Él encogió los hombros y volvió a cepillar el caballo. Cuando acabó, dejó el cepillo en un cubo de madera y deshizo el nudo de la cuerda que había servido para evitar que el animal se moviera. Le dio dos golpecitos en el lomo, cogió el cubo y dejó el establo.

Grace se apartó para dejarlo pasar.

—Mi padre cree que un poco de humildad me irá bien.

Los labios de la joven dibujaron una «oh» de sorpresa. Movi6 la cabeza de derecha a izquierda, incrédula, hasta que la indignación se apoderó de ella.

—¡Esto es muy injusto! —exclamó con las manos a las caderas—. Alguien debería decírselo.

Ewan se echó a reír.

—¿Y esa serás tú?

Grace levantó la barbilla con una actitud desafiante.

—¿Por qué no? Tu padre no es un ogro, así que no me da miedo.

Él se le acercó, aunque con la sonrisa en los labios.

—Por Dios, cómo me gustaría verlo.

Lo observaba con tanta intensidad que la piel de los brazos se le erizó.

—¿No me crees capaz? —Ewan la había desafiado, por lo que no podía echarse atrás o quedaría muy mal frente a él. La única opción digna era dar media vuelta e ir a buscar a Liam McDougall para decirle lo que pensaba de su comportamiento sin ni siquiera tener en cuenta que era su anfitrión.

Empezó a hacerlo cuando Ewan la detuvo, reteniéndola del brazo; igual que había hecho la noche anterior.

—¡¡¡Espera!!! —Grace le devolvió una mirada indignada. Ewan aumentó la presión—. Eres muy decidida, ¿eh? —dijo con admiración.

Ella bajó las pestañas, contemplando su expresión divertida.

—No lo entiendo. ¿Por qué no estás enfadado?

La pregunta tenía su lógica, pero Ewan siempre parecía actuar de una forma distinta a la que se esperaba —por lo menos en cuanto a ella respectaba—. Se enfadó más cuando quedaron atrapados en las ruinas que cuando les anunciaron que estaban obligados a casarse.

Él se le acercó todavía más. Inclino el rostro y le cuchicheó en la oreja:

—¿Quieres que te cuente un secreto? Me gusta trabajar con las manos.

El cálido aliento de Ewan le provocó un dulce cosquilleo en la piel. Trató de no fijarse en esa boca, que estaba tan cerca de la suya. Para disimular, prefirió concentrarse en lo que le estaba diciendo.

—Tranquilo, puedes confiar en mí. —A modo de silencio Grace posó un dedo sobre sus labios—. No se lo diré a nadie.

—Te lo agradezco. ¿Y ahora me dirás por qué has venido a verme? ¿Qué querías decirme?

Grace no quería ser tan transparente. Al menos no para él, puesto que temía acabar exponiendo sus sentimientos; unos sentimientos que se había cuidado bastante de ocultar. Así que no lo admitió de buenas a primeras.

—¿Por qué piensas que deseaba algo?

La ceja derecha de Ewan se estiró hacia arriba.

—¿Estás sugiriendo que solo te interesa el placer de mi compañía? Anoche, cuando traté de acercarme un poco, huiste.

—¡Porque te habías vuelto loco! —contestó de inmediato, mientras sus mejillas adquirieron un característico tono rojizo, recordando lo pasado entre ellos.

—O quizá estaba más cabal que nunca —añadió—. ¿Y si no hubiera sido un arrebato? ¿Qué te parecería? No me pueden condenar por tratar de seducir a mi prometida.

De repente, el contacto al que Ewan la tenía sometida le produjo un calor sofocante.

—No creo que... ¡Oh! —exclamó, al ver la expresión divertida de Ewan—. Te gusta reírte de mí.

¡¡Uff, el muy idiota!!

Grace trató de apartarse mientras luchaba para tragarse la palabra que tenía en la punta de la lengua. Como decía su madre: aquello no sería propio de una dama.

—Venga, no te enfades —le suplicó él, soltándola—. Confieso que a veces es un placer sacarte de encima ese ademán tan serio. ¿Me perdonas?

Ella levantó la barbilla en un gesto que indicaba orgullo herido.

—No —le espetó, lo cual hizo que Ewan sonriera a causa de su terquedad.

—Eres dura.

—Haberlo pensado antes de ofenderme.

—Venga, Grace, no seas así; no ha sido para tanto. ¿Qué tipo de prometidos seremos si nos pasamos todo el día enfadados?

Ella hizo un rictus con los labios.

—Precisamente de eso quería hablarte, del compromiso.

Ewan hizo un gesto de triunfo con el brazo.

—¡Ah, tenía razón!

Se apoyó en la columna de piedra que tenía a su espalda mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho.

Grace le lanzó una mirada especulativa.

—¿En qué?

—Has venido a las cuabras porque todavía crees que puedes convencer a tu tío.

Ella dijo que no con un movimiento de cabeza.

—Lo he estado pensando mejor; me aferraba a una idea poco real. Como tu padre, mi tío Jeremy creerá que la boda es obligatoria.

Era inevitable si no encontraba otra solución; algo imaginativo que diera la vuelta al asunto, así que no tenía más remedio que luchar por otro plan que bien podía funcionar.

—Ahora que lo has comprendido... ¿Estás enfadada? —le preguntó dudando.

—No importa cómo me sienta, sino qué podemos hacer al respecto.

—Me turbas —admitió Ewan—. Sé que tu mente está planeando algo. Y no funcionará —le advirtió.

Grace no le hizo el menor caso.

—¿Y si se celebra un enlace, pero no el «nuestro»?

Ewan se incorporó de golpe. Parecía asustado.

—¿Qué demonios estás tramando?

Ella lo miró con aire de suficiencia.

—¿Puedes prestar un poco de atención, por favor? Cómo he dicho, habrá una boda que evitará los rumores; así tú y mi hermana seréis felices.

Él tardó un instante en reaccionar. Cuando lo hizo, su tono estaba lleno de incredulidad.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Pretendes que me case con Marian Elizabeth?

La joven asintió, dejándolo boquiabierto.

—¡Exacto! Ella ocupará mi lugar.

A diferencia de Ewan, Grace estaba muy calmada.

—¡Dios Santo! ¡Dios Santo! ¡Dios Santo! —repitió varias veces.

Parecía incapaz de articular alguna otra frase más coherente.

—Quizá al principio causará un poco de confusión, pero a la larga será lo mejor. Odio la idea de separar vuestro amor. Como Marian Elizabeth y yo nos parecemos no puede ser muy difícil hacer creer a todos que era ella la que encontraron contigo. Por supuesto, nuestras familias lo sabrán, si bien se avendrán al cambio cuando sepan cuánto os amáis. —Durante su discurso había estado evitando su mirada. Cuando finalmente giró el rostro hacia él, se dio cuenta que la observaba con intensidad—. ¿Ewan?

Su voz sonó un tanto temblorosa. La ponía nerviosa que no dijera nada. Prefería sus burlas a su silencio.

Finalmente él habló, aunque Grace no lo entendió. O mejor dicho, no sabía qué tenía que ver aquello con el que acababa de explicar

—Me contaron el caso de un hombre que cayó del caballo y que desde entonces cambió su comportamiento. Antes de que todo sucediera era un tirano malhumorado. Vivía atemorizando a todas las personas que lo rodeaban: su esposa, sus hijos, amigos e incluso su madre. Para sorpresa de todos, después de la caída se convirtió en un caballero gentil y amoroso hasta el día de su muerte.

Ella suspiró.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy pensando cuándo te has podido caer del caballo —dijo—. La última vez que nos vimos en Londres me pareciste una dama muy sensata. En cambio, desde que has venido a Escocia te comportas de un modo delirante.

Grace trató de no sentirse dolida por sus palabras. Se obligó a no hacerle caso y a seguir defendiendo su plan. Por la felicidad de su hermana, se dijo.

—¿Por qué eres tan obtuso? ¿No ves que te estoy ayudando?

Él no parecía estar de acuerdo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—¿Es que no quieres casarte con Marian Elizabeth?

Él encogió los hombros.

—Pues no —respondió con sencillez.

La decepción se instauró dentro de ella tan pronto él respondió. El hombre del que estaba enamorada no había resultado ser como ella imaginaba.

Grace se encendió de inmediato.

—¡Eres un cretino! ¿Cómo osas enamorarla para después desdecirte de tu palabra?

Aquello no era un defecto de su personalidad, sino una monstruosidad.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —se defendió él, empezando a enojarse. Pero a Grace poco le importó. Ewan McDougall se había convertido en un auténtico canalla; un desconsiderado, un lobo disfrazado con piel de cordero.

Un caballo relinchó en el establo, si bien ninguno de los dos demostró haberlo oído. Se encontraban demasiado concentrados el uno en el otro.

—¿Es que besas a todas las mujeres que se cruzan en tu camino? —le espetó con una voz más aguda de lo que acostumbraba.

—Por supuesto que no. Y a tu hermana no la he besado nunca —declaró con impasibilidad para dejar patente su verdad. Desgraciadamente, Grace no se lo creyó.

—Oh, ¿cómo puedes ser tan embustero? ¡Os vi!

Ewan le dirigió una mirada dura.

—Debería de ser algún sueño tuyo o un... Da igual. Será mejor para todos dejarlo correr.

Parecía asqueado de tanta hostilidad. No obstante, ella no fue capaz de ignorarlo.

—¿Querías decir un delirio, verdad? Crees que estoy loca.

Lo vio tomar aire con profundidad.

—Grace, no sé qué está pasando contigo; o si se trata de alguna estratagema tuya para que me haga atrás con la boda. Sea como fuere, estás agotando mi paciencia.

—Hace tres días —contestó ella jadeante, como si aquello lo explicara todo.

—¿Sí...?

—Necesitaba sentir un poco de aire fresco, así que salí del castillo —empezó a explicar—. No esperaba encontrarme con nadie, pero de repente escuché la voz de mi melliza. Al acercarme, me di cuenta de que tú la acompañabas. También lo que ocurría entre ambos.

Él pensó un momento en aquello.

—Sí, estaba con tu hermana, pero no por lo que tú crees.

—Vi como os besabais. ¿Estás diciendo que me equivoqué? —le preguntó con desafío.

—Por supuesto que sí. Todo era muy inocente —trató de hacerle entender—. Marian Elizabeth tenía una mota de polvo en el ojo y yo solo la ayudé.

—Sí, por supuesto...

Ewan la interrumpió.

—¿En algún momento viste como nuestros labios se unían?

Eso la hizo dudar.

—No, aunque...

Al acto escucharon unas voces provenientes del exterior, muy cerca de la gran puerta de madera que servía de entrada a las cuadras. Ninguno de los dos oyó la conversación que se estaba produciendo y ni siquiera sabían de quién se trataba, pero después de todo lo que había sucedido en los últimos días era mejor que no los encontraran solos.

Eso mismo debería de estar pensando Ewan, porque sin previo aviso la tomó de la mano y la llevó hasta la cuadra del rincón, que estaba vacía.

Le hizo un gesto que indicaba silencio y la situó detrás de él, ocultándola

con su cuerpo. Ni el uno ni el otro dijeron nada. Grace solo sentía la espalda masculina rozando su pecho y aquello era suficiente para turbarla.

Al cabo de un minuto, habiendo comprobado que estaban solos, Ewan se dio la vuelta y en voz queda le dijo:

—Grace, has interpretado mal lo que pasó. Te puedo prometer que tu hermana y yo no hemos compartido nunca la intimidad que tú aseguras. Si yo hubiera osado besarla, me habría abofeteado.

Hizo una pausa para que ella expresara más dudas, pero Grace estaba hecha un lío. ¿De verdad había visto una cosa diferente a lo que en realidad sucedió? ¿Podía ser que su mente le hubiera jugado una mala pasada? Se dijo que Ewan no tenía por qué engañarla. Su historia era plausible, porque al fin y al cabo no sacaba nada ocultando su relación con su hermana.

Ninguno de los dos dijo nada. Ella mantenía la mirada baja, mientras que la Ewan lo observaba con serenidad.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó después de un momento.

Grace dudó.

—No lo sé. Creía que Marian Elizabeth se había enamorado de ti.

Que las dos lo amaran era una idea que le quitaba el sueño. Aquella misma noche había estado dando vueltas y más vueltas en la cama, considerándose culpable de la futura infelicidad de su hermana melliza. Y ni siquiera se había atrevido a hablarlo con ella, lo cual era un gesto que denotaba cobardía. No obstante, todavía le quedaba un poco de honorabilidad, por lo cual Grace quería dar un paso atrás. Aquel plan que suponía cambiar de novia era un intento para arreglar las cosas, porque estaba más que dispuesta a sacrificarse, puesto que en realidad Ewan no la prefería a ella.

—Tu hermana nunca se ha fijado en mí de este modo —le contestó, consiguiendo que las piernas de Grace se debilitaran.

¿Sería verdad?

Entonces se dio cuenta de que a Ewan se le debía de haber pasado el

disgusto, porque ya no estaba tenso y su tono era conciliador. En un momento dado incluso notó su mano en su espalda al tiempo que trazaba un dibujo lento por encima la pelliza.

Él no parecía ser consciente de lo que estaba haciendo, pero Grace tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por la emoción y el placer.

—¿Estás seguro de que no es así?

Sacudió la cabeza con unos movimientos suaves.

—Pensaba que las chicas hablabais de estas cosas entre vosotras. Pregúntale y verás.

—Pero tú querías casarte con ella —protestó con debilidad.

Ewan tensó el cuerpo inmediatamente, mirándola de forma extraña.

—Nunca he dicho que quisiera casarme con ella. Solo pretendía conocerla mejor y descubrir nuestros sentimientos —le aclaró—. Yo no estoy enamorado y tengo muy claro que Marian Elizabeth tampoco lo está de mí. Ni siquiera le intereso en ese sentido, aunque creo que, como cuñados, nos llevaremos bien. Así que no la has traicionado, si se eso el que te preocupa. —Él había dado de lleno en la diana—. Tengo razón, ¿verdad? Y de ahí todo este lío sobre cambiar novias.

Grace bajó el rostro.

—Sí. Pensaba que era lo mejor para todos.

—¡Eres única! —exclamó un Ewan contento.

Sus palabras, acompañadas de una sonrisa, sonaron como un elogio, haciendo que ella se atreviera a mirarlo a los ojos.

—¿Ya no crees que esté loca? —se atrevió a preguntar. Era muy importante conocer la opinión que tenía sobre ella.

Ewan, con la mano libre, le acarició la mejilla, tal y como había hecho la noche anterior.

—Por favor, no compliques más las cosas —le pidió con amabilidad— y acepta que dentro de un mes nos casaremos. Quizá no soy el hombre que esperabas, si bien tienes que darme una oportunidad. Los dos tendremos

que dárnosla —matizó.

Grace enrojeció de inmediato. Nunca había osado soñar que sus ilusiones se pudieran hacer realidad. Y aunque Ewan no la amaba parecía dispuesto a dar lo mejor de sí, lo cual la llenaba de felicidad.

—No estoy loca.

Quería que le quedara claro.

—Lo sé —afirmó él—. Aunque tienes un grave problema: posees una mente que no parece dormir nunca. ¿Por qué no le das un descanso y disfrutas de tu estancia en Escocia? Dentro de unas semanas este también será tu hogar y me gustaría que lo conocieras a fondo. Quiero enseñarte paisajes, el pueblo, presentarte gente...

Grace se quedó boquiabierta por el entusiasmo que Ewan estaba mostrando por sus próximas nupcias.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto que sí! —contestó de inmediato—. Serás una McDougall.

Ella se mordió el labio, conteniendo la mezcla de sentimientos que se habían instalado a la boca de su estómago. Temía echarse a llorar de forma descontrolada, embargada como estaba por la emoción.

En aquel momento, algo cambió entre ellos. El aire que se respiraba era distinto y los músculos faciales del rostro de Ewan se contrajeron.

—No lo vuelvas a hacer —le pidió con brusquedad, aunque prácticamente cuchicheaba.

Grace se tensó.

—¿El qué? —preguntó con una voz temblorosa, confundida. En un momento todo había estado bien entre ellos. ¿Por qué ahora se mostraba así?

Contrariado, Ewan sacudió la cabeza.

—Tú ya lo sabes.

Escondidos en la cuadra, Grace se preguntó de qué la estaba acusando. El

humor de Ewan había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Ya no sonreía, sino que parecía enfadado, como si ella hubiera hecho o dicho algo que explicara su cambio. Con rapidez, lo repasó en su mente, pero no era suficiente para entenderlo.

—De verdad que no.

—Morderte los labios —respondió él, dándolo como evidente—. ¿Lo haces a propósito? ¿Es una manera de vengarte de mí?

Todavía consiguió confundirla más de lo que estaba.

—¿Por qué debería vengarme? —Todo aquello no tenía sentido—. ¿Qué diantres está pasando?

—No lo sé. De repente yo... Eres una bruja. ¿Qué me estás haciendo?

Ni en un millón de años Grace hubiera esperado lo que sucedió a continuación. Mejor dicho, ni en un millón de dulces sueños. Porque Ewan la tomó de la cintura para acercarla a su cuerpo, inclinó la cabeza y le dio un beso en la boca.

¡¡La besó!!

En un primer momento se quedó helada debido a la impresión —y también porque no sabía cuál era la mejor forma de reaccionar—. ¿Debería darle una bofetada o dejarse experimentar lo que tanto deseaba? Pero ella no tenía la más mínima experiencia besando hombres y temía quedar en ridículo por la carencia de habilidades. Sin embargo, despacio, las reticencias de Grace fueron desapareciendo para concentrarse en aquel momento mágico.

Cerró los ojos. Mientras tanto, él movía la boca con suavidad, acariciando sus labios de terciopelo con los suyos, tentándola como nunca habían hecho. Y tal como le había aconsejado antes, Grace dejó de hacer caso a su mente para abandonarse al olor masculino, que aturdiría sus sentidos.

Aunque ella empezó a responder dubitativamente y sin traza, era extraordinario sentirse entre los brazos de Ewan, que cada vez ejercía más

presión sobre su boca. Su persistencia y las dulces caricias la llenaban de gozo y temblores; la humedad era fascinante; y su lengua exploraba el interior de la boca de Grace, moviéndose de forma sublime. De todas maneras, aquella ardiente fogosidad la dejaba sin aliento y tuvo que separarse. Fue entonces cuando sintió que la vergüenza la invadía de una forma fulminante.

Lo que acababan de compartir era una intimidad inesperada.

—Eh... Creo que he escuchado que alguien me llamaba —dijo entre gallos.

Ewan seguía mirándola con intensidad y con un brillo intenso en los ojos.

Los dos sabían que mentía, si bien Grace sentía la imperiosa necesidad de escapar. Así que tan pronto él aflojó la fuerza que ejercía sobre ella, salió deprisa, todavía notando la calidez sobre sus labios.

El corazón seguía palpitándole con fuerza cuando llegó a su habitación. Cerró la puerta y se apoyó encima de la fría madera, rememorando lo que acaba de suceder. Con las pestañas medio cerradas y recuperando el aliento, no pudo evitar pensar en Ewan y la forma en que lo había besado.

Era mejor que un día radiante, con los rayos de sol acariciándola vivamente, mientras se sentía capaz de todo; era mucho más que haber recibido el mejor y más esperado regalo; y, por supuesto, la felicidad superaba todo lo que había vivido antes. Todavía notaba el cosquilleo y la emoción muy adentro, pero al mismo tiempo se sentía llena, porque él había sido dulce y decidido a la vez. Y lo más importante de todo: Grace se había sentido deseada. A pesar de las circunstancias y del compromiso forzado parecía que Ewan de verdad había querido besarla. A ella. A ella y a nadie más. No se había podido resistir, ¡incluso cuando no había sido su intención provocarlo!

Solo aquel detalle era suficiente para hacerla suspirar de felicidad.

—Grace, ¿te encuentras bien?

La voz de su hermana, sentada en la cama mientras leía una novela, hizo que saliera de sus reflexiones. No se sentía capaz de explicarle su encuentro con Ewan, sobre todo cuando todavía no estaba segura de una cosa.

—Sí —se apresuró a decir—. Creo que he subido las escaleras demasiado deprisa.

Marian Elizabeth la observó con atención para después cuestionar su explicación.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Ya sé lo sé, gracias. —Carraspeó en un intento para sonar lo más natural posible—. Por eso querría... ¿Podemos hablar un momento? —le preguntó, mientras se sentaba a su lado.

Ella le sonrió con afabilidad.

—Estaba esperando a que tú lo hicieras.

Grace le lanzó una mirada cautelosa.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! —exclamó, cerrando el grueso libro y dejándolo encima el cubrecama floreado—. Cuando llegamos a Escocia ni siquiera habías pensado en casarte y ahora estás prometida con quien menos te lo esperabas. —Hizo una pausa—. Entiendo que tu situación no es ni mucho menos idílica, pero para mi sorpresa, no has compartido tus sentimientos conmigo; más bien te has cerrado en ti misma. Anoche ya dormías cuando subí a la habitación, y esta mañana apenas he tenido la oportunidad de preguntarte cómo estabas.

—Bien, tengo muchas cosas en mi cabeza —replicó con rapidez—. Y ahora, por favor, me gustaría conocer tu opinión sobre mi compromiso.

Marian Elizabeth encogió las piernas, ajustando la falda de su vestido, para apoyarse sobre las rodillas dobladas.

—¿Quieres que sea sincera? —Grace asintió—. No me gustaría estar en

tu posición. Las dos queremos enamorarnos, no que nos impongan un marido. Ewan es agradable y tengo mucho aprecio a su familia, pero...

El corazón de Grace se detuvo durante unos instantes pensando que Marian Elizabeth estaba a punto de confesar su amor por él. Entonces pensó mejor en sus palabras y se dio cuenta de que en realidad parecía todo lo contrario.

La exhortó a continuar.

—¿No te gusta Ewan?

—No es lo que tú habías planeado —le contestó—. Una ansía sentir mariposas en el estómago, un anhelo interminable y una felicidad impactante. En cambio, vas a renunciar a todo esto para casarte con Ewan McDougall. Debes ser fuerte, hermana.

—¿Cómo te sientes tú al respecto? Últimamente te he visto muy unida él.

Marian Elizabeth la contempló como si acabara de decir una tontería monumental.

—¡No más que con cualquier otro! Como por ejemplo el conde de Vasillis —se apresuró a decir—. Frederick y Ewan me interesan de igual modo que conocer cómo se reproducen las plantas: lo más mínimo —apuntó con mucho de énfasis—. Y casi que me siento insultada porque pienses que hay una mínima oportunidad. ¿Es que no me conoces?

Grace se sintió un poco avergonzada.

—Es que yo... me pareció ver que os besabais —confesó.

—¡Por Dios! ¡No dejaría ni que se me acercara!

Grace no se tomó demasiado bien que su hermana depreciara a su prometido. Se sintió en la obligación moral de defenderlo.

—Parece que te dé asco. Algunas mujeres lo podrían considerar atractivo e, incluso, un buen partido.

—Asco no es la palabra que yo habría elegido, precisamente. Estoy segura de que es muy buena persona, pero no lo veo como hombre. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Antes de que Grace contestara, Marian

Elizabeth frunció los labios—. ¿Acaso tú sí lo consideras atractivo? —le preguntó, de repente, interesada. Algún cambio en su expresión la debió delatar, porque su hermana abrió los ojos de par en par—. Ay, no. ¡Te he pillado!

Un ligero sonrojo se empezó a extender por sus mejillas y su cuello. Le daba vergüenza confesarlo, pero no tenía sentido escondérselo a Marian Elizabeth ahora que ya sabía que ella no sentía nada por Ewan.

—Estoy enamorada de él —soltó de repente.

Tan pronto lo dijo, enterró su rostro entre las manos.

—No lo entiendo —dijo su hermana con calma—. Si lo estás, ¿por qué ayer dijiste que no te casarías? Provocaste una buena agitación.

—Oh, no sé ni qué decir —se lamentó—. Ewan no me ama, así que no deseaba obligarlo. Además, pensaba que tú también tenías sentimientos por él.

—Qué majadería tan grande.

—Lo sé. No obstante, lo sé ahora. No quería poner mi felicidad por encima de la tuya.

En un parpadeo, Marian Elizabeth la abrazó con ternura y Grace se dejó reconfortar entre sus brazos.

—No temas por mí. Tienes el camino libre. Pero como he dicho antes, a partir de ahora debes ser fuerte y valiente para construir un nuevo camino. Estoy convencida de que si te abres y dejas que Ewan te conozca de verdad acabará cayendo a tus pies. Eres una joya; no lo dudes nunca.

La voz de Grace sonó temblorosa.

—¿Tú crees que podré conseguirlo?

—Estoy convencida de que así será. Piensa en nuestro tío Jeremy, que no soportaba a Edith. O en Phillipa, que no quería volver a casarse. Incluso Deirdre y Liam lo han tenido difícil. Y en los tres casos ha triunfado el amor.

Grace no dijo nada más. En silencio, meditó profundamente sobre sus

opciones de éxito. Quizá su hermana tenía razón, porque Ewan no parecía enfadado por la boda. Además, ella lo amaba. Conseguir la felicidad era una opción real. No obstante, no lo tendría fácil y debería luchar por ella.

Era todo un reto, no había duda. Aun así, era el mejor reto que se hubiera propuesto nunca.

Una noche más, la música acompañaba las conversaciones.

Se había establecido una agradable rutina entre los residentes del castillo y sus invitados. Después de la cena, todos se dirigían hacia la salita a por un dulce o una copa. Mientras el fuego crepitaba con fuerza en la chimenea central y Marian Elizabeth los deleitaba con una de sus propias creaciones musicales con el piano, el resto charlaba sentado o se movía despreocupado pasando de una conversación a otra.

Ewan daba pequeños sorbos a su vaso de whisky mientras pasaba las páginas de la partitura. Se había ofrecido a hacerlo porque, de ese modo, tenía la oportunidad de otearlos a todos.

Una aparente calma se había impuesto desde que se decidiera la boda entre Grace y él. Todos esperaban la llegada del duque de Dunham con un anhelo que no terminaba de comprender. Consideraba que ya se habían establecido los términos de sus acciones futuras. ¿Acaso creían que se echaría atrás? Si había dado su palabra la cumpliría, costase lo que costase. Entendía que solo sus padres lo conocían lo suficiente como para no dudar de él, pero agradecería cierto margen de confianza del resto.

Observó con detenimiento a la que ya era su prometida en firme, por muchas objeciones que ella le hubiera presentado. Estaba sola, detalle habitual en los dos últimos días y del que no dejaba de percatarse. Percibía cierto movimiento rítmico con el pie y supo con seguridad que estaba

tarareando la pieza que su hermana tocaba, señal de que la conocía a la perfección.

Se propuso considerarla con desapasionamiento para poder determinar qué sentía. Físicamente era agradable a la vista. De hecho, si se mostraba completamente sincero consigo mismo, Grace le parecía hermosa; igual que su hermana, pero con diferencias destacables que la hacían única. Se dio cuenta entonces de que no era la primera vez que la admiraba. Mientras tuvo puestas las miras en su melliza, Ewan no había perdido detalle alguno de Grace. Sabía que era esbelta porque ya lo había apreciado —aunque en aquel momento estuviera sentada— y porque también la había tocado —si bien no tanto como le hubiera gustado—. Sus pechos eran firmes y proporcionados y su cuello muy parecido al de los cisnes. Lucía un discreto y tentador escote que se había pillado vislumbrando más de una vez.

¿Qué sentiría si deslizaba sus dedos por allí?

Resultaba gracioso que con Marian Elizabeth jamás le hubiera sucedido lo mismo, por lo que dedujo que se trataba de su forzado compromiso el que había logrado que se fijara en cada uno de los detalles que componían a esa mujer.

Sus labios eran suaves, carnosos y tibios, como ya había podido comprobar. Incluso podía afirmar que destilaban cierto sabor dulce que, como casi todo en ella, no podía quitarse de la cabeza.

¿Y sus manos? Se las había imaginado paseando por su cuerpo. Lamentaba el hecho de no saber si eran suaves, si olían ligeramente a perfume o si su tacto era fresco —puesto que en la torre llevaba guantes de montar que no se había quitado por el frío y en el resto de ocasiones en las que no llevaba, no se había dado la oportunidad—. Al instante se animó de forma considerable cuando se marcó el «sencillo» objetivo de descubrirlo. ¿Qué podía perder salvo una bofetada? De una forma u otra sabría lo que deseaba.

Meditó unos instantes qué pensaba realmente Grace. ¿Había sucumbido

por fin a lo inevitable? Cuando quería tenía un carácter agradable y sagaz, pero por lo general se mostraba circunspecta y tranquila. En ese viaje emocional también había descubierto que podía enfadarse y reaccionar de forma imprevisible, lo cual no era algo necesariamente desfavorable. Lo que sí podía conllevarles problemas era su rocambolesco modo de pensar, que se había demostrado un tanto radical. La duquesa le había asegurado que convivir con Grace no suponía ningún esfuerzo y que era muy fácil de tratar. No sabía si la cegaba el amor de tía, de si aquella afirmación era cierta o si, en caso contrario, quería pintarle un retrato de la joven demasiado perfecto.

Una cosa estaba clara. No tenía la más mínima importancia cómo fuera en cuanto a la toma de decisiones. La boda tendría lugar sí o sí. El problema residiría en cuanto se pusieran a convivir como marido y mujer. Cuanto más sencillo fuera, mejor resultaría su matrimonio. El afecto, suponía, llegaría con el tiempo. No tenía ningún sentido pensar en el amor. Como bien sabía, no siempre llegaba, por muchos buenos modelos cercanos que tuviera que ejemplificaran lo contrario.

Pasó varias partituras cuando se dio cuenta de que se había entretenido pensando en Grace y de que apenas había hecho caso de su trabajo impuesto. Por suerte, Marian Elizabeth no parecía necesitar su ayuda. De hecho, cuando se había ofrecido, ella le había asegurado que no era necesario. La sonrisa que lucía le transmitió lo suficiente como para saber que la pianista se había dado cuenta de quién era la protagonista indiscutible de su despiste. Dedujo también que eso la complacía, lo cual ya le parecía bien, puesto que iban a ser cuñados. No hacía falta que supiera sus intenciones iniciales. Estaba seguro —o casi, por el modo en que seguía tratándolo—, de que Grace no le había contado que ella había sido el motivo de su invitación al hogar de los McDougall.

Cuando volvió a mirar a Grace, esta había abandonado su soledad voluntaria —aunque no por propia iniciativa— y ahora mantenía una

conversación con el conde de Vasillis.

Por ese hombre todavía seguía teniendo sentimientos encontrados. Como el centro de su atención había cambiado, el lord debería de tener menos importancia, ya que ahora ya no le interesaba si perseguía a Marian Elizabeth sin descanso. No obstante —y tal vez eran imaginaciones suyas—, percibía cierto distanciamiento de la primera y un acercamiento a Grace que lo hacía enderezar la espalda.

Se había dicho que estaba sometido a cierta presión que lo hacía imaginar cosas que no eran. Incluso se había detenido a pensar si se estaba convirtiendo en un hombre celoso que no toleraba ningún acercamiento masculino en cuanto a su objetivo se refería. Muy pronto descartó esa posibilidad considerándola absurda. Era posible que se irritara con más facilidad, sí, pero no era esa clase de hombre. Debía plantearse si era Frederick Tolbert quien despertaba tanta agitación y suspicacias. Quizá fuera inofensivo como un pato, pero estaba seguro de que también podía acabar dando picotazos que resultaran dolorosos.

Grace le lanzó una sonrisa al conde que él interpretó como contenida. Ewan había recibido algunas mucho más amplias y sinceras por su parte, lo cual le produjo una satisfacción instantánea. Cuando la vio negar con la cabeza al fervoroso asentimiento del conde, Ewan puso más atención todavía en la conversación que mantenían. Deseó acercarse y escuchar lo que decían.

Echó una mirada al resto de personas y, al parecer, nadie les prestaba la más mínima atención. Ni siquiera la señora Burton —que en esos días lucía un rictus indignado perpetuo— les hacía el menor caso.

¿Era demasiado pedir que mostraran un poco de interés? Nunca se sabía lo que podía llegar a suceder.

Cuando hubo terminado de formular mentalmente esa aseveración, contempló cómo el conde se levantaba y le decía unas palabras a Grace que la hicieron fruncir el cejo. Acto seguido, y para su propio asombro, lo vio

arrodillarse a los pies de la joven en una posición clásica e inconfundible: le estaba pidiendo matrimonio.

—Querida señorita Burton —oyó que decía—, le pido humildemente que acepte casarse conmigo. Le ofrezco mi apellido y todo lo que tengo y le aseguro que siempre la respetaré.

En el acto, el silencio se impuso en la salita.

Marian Elizabeth, que cuando tocaba parecía ajena a todo lo que la rodeaba, detuvo también la maravillosa pieza que estaba interpretando y que otrora le pondría la piel de gallina si no estuviera tan atónito.

—Lord Vasillis —dijo Grace—, no creo que...

—Por favor, piénselo. Me ofrezco a usted de forma desinteresada. Le prometo que seré un buen esposo. Con mi nombre junto al suyo desaparecerá cualquier habladuría que ponga en entredicho su buen nombre y conseguiré que tenga una buena vida.

Estupefacto, Ewan no podía evitar reaccionar a las palabras que salían de sus labios.

Eso lo encolerizó hasta límites insospechados.

¡Era un invitado de su casa, por Dios! Su familia le había abierto las puertas de su hogar y él pretendía quitarle a la mujer que iba a ser su esposa delante de todos.

¡No iba a consentirlo!

Dio su actividad por concluida y se acercó a la pareja con pasos contundentes y la rabia —estaba seguro de ello— pintada en el rostro.

—¡Lord Vasillis! —lo llamó—. Esto es de lo más inapropiado. ¿Cómo se atreve?

¿Por qué nadie decía nada? ¿Es que acaso les parecía bien lo que pretendía ese hombre?

El otro se levantó con una gracia que a Ewan tampoco le agradó.

—Lo siento si hiero su sensibilidad, McDougall. Estoy haciendo lo que me dictan la conciencia y el honor.

¿Acaso estaba sugiriendo que él no tenía ninguna de las dos cosas que aludía?

—Lord Vasillis, le agradezco... —trató de decir Grace, pero Ewan consideraba que el conde había vulnerado la cortesía más elemental y no pensaba permitirlo.

—No le agradezcas nada, Grace. Este caballero ha abusado de la hospitalidad de mi familia y me ha ofendido al pedirte en matrimonio cuando sabe perfectamente que ya estás prometida conmigo.

—Si nos calmamos un poco... —Su madre, siempre conciliadora, quiso intervenir, mas Ewan no quiso que lo hiciera tampoco.

—¡No voy a calmarme! Quiero una disculpa y que se retracte.

Lord Vasillis lo miraba como si no entendiera lo que quería decir.

—No puedo disculparme de un ofrecimiento sincero y que mantengo, pese a todo. —Se dirigió hacia sus padres—. Lamento causarles un disgusto así y quizá sí he sobrepasado algunos límites, pero me han educado para que actúe según los dictados de mi conciencia.

—Si esta fuera correcta —espetó, airado.

—Ewan, por favor.

Grace lo miraba con una súplica incomprensible y eso lo enfureció todavía más.

—¿Qué?

—Esto no es necesario.

Ewan se sintió herido.

—Vaya, ahora lo defiendes.

—No necesito que nadie me...

—¡Cállese! —espetó.

—¡Ewan, compórtate! —advirtió entonces su padre.

Incrédulo, los miró a todos.

—¿Y me lo dices a mí? Ha sido él quien ha transgredido los límites de la decencia.

—Tampoco hay que exagerar. —Deirdre trataba de calmarlo, lo sabía, pero no quería.

—Sí, porque se ha extralimitado.

—McDougall, yo solo quiero...

—Ya sé lo que quiere, lo ha dejado muy claro. Solo le exijo que se desdiga; de lo contrario me veré obligado a hacer algo de lo que después me pueda arrepentir.

—Creo que todos estamos un poco nerviosos —afirmó Grace, levantando las manos.

A Ewan le parecía que sabía mantener la compostura. Quizá incluso se regodeaba en su interior pensando que un conde la había salvado de vivir en Escocia con él. A lo mejor se imaginaba en un futuro siendo marquesa cuando el viejo lord Vasillis falleciera. Tal vez...

—Pues a mí no me lo pareces —le soltó—. De hecho, estoy pensando que este cambio te beneficia.

El coro de «oh» colectivos se elevó por encima de su cabeza

—¿Cómo dices?

—Me has entendido bien, no creo que tenga que repetírtelo.

—Ewan, hijo... —le advirtió de nuevo su padre, esta vez en un tono seco.

—No, señor McDougall, no se preocupe, puedo responderle sin falta. Parece que su hijo olvida que no quería casarme.

—Sí querías —replicó—, pero no obligada, ni conmigo. En cambio, ahora que un conde te lo ha pedido...

—Eso es absurdo. —La protesta provenía de Odethe—. Exijo que sea usted quien retire semejante infamia. Mi hija no se vende al mejor postor.

—McDougall, eso es una bajeza.

Lord Vasillis no ayudaba en nada si seguía interviniendo.

—Lo mismo he pensado cuando le he visto intentar robarme a mi prometida y bajo mi propio techo.

—Estás siendo absurdo, Ewan. Sus intenciones no son tan lúgubres.

—¿Por qué sigues disculpándolo?

Porque, de hecho, su actitud le escocía. La consideraba injusta. Quizá no pensaba desdeñarse del compromiso que habían establecido a la fuerza, pero ¡caray!, no era de piedra. Le mortificaba que ella lo defendiera tanto. Si no era porque albergaba sentimientos tiernos por el conde, ¿qué otra cosa podía pensar? Y sí, se daba cuenta de que los celos habían aparecido en escena y eran los que hablaban por él.

Tal vez no fuera muy maduro, pero sí lícito, pensó.

—No lo hago; solo trato de ser justa. ¡Por supuesto que no iba a aceptar semejante proposición! Me ofende que lo pienses siquiera. Lo pasaré por alto porque sé que estás sometido a mucha presión, como yo. Solo quiero que seas consciente de que lord Vasillis lo ha hecho con la mejor de las intenciones, aunque se haya equivocado. ¿A ti no te ha sucedido nunca?

—No con la prometida de otro.

—Arg, te niegas a entender.

—Chicos, chicos —Edith se había puesto en medio y los miraba con una expresión de disgusto—, esto se nos está yendo de las manos y se están aireando trapos sucios en el lugar y el momento equivocados.

—Ha empezado él. —Ewan señaló a Frederick Tolbert—. Se ha estado metiendo en mi camino desde el principio.

—¿De qué está hablando? —preguntó el aludido.

—De que siempre se interpone. Tal vez sea intencionado —afirmó.

—No entiendo ni una palabra de lo que está diciendo. ¿A qué se refiere?

—Ewan, no —le advirtió Grace.

Pero Ewan ya se había dejado llevar por el rencor que ese hombre le había provocado desde el inicio y por eso se encontraba a merced de sus emociones. Así pues, ignoró la súplica de Grace y no midió lo que iba a decir.

—Digo que usted no sabe lo que quiere y que siempre se mete donde no

le llaman. Primero, cuando me interesé por Marian Elizabeth como candidata para ser mi esposa, usted estuvo detrás de ella como un perro perdiguero. ¡Incluso se atrevió a seguirla hasta aquí! Y ahora que podría tener el camino libre con ella porque yo me he prometido con Grace, se interpone de nuevo proponiéndole matrimonio. ¿Lo entiende ahora?

Grace quiso fundirse ahí mismo debido a la vergüenza. A pesar de advertirle sobre que no debía abrir la boca, Ewan lo había soltado todo y, en consecuencia, la había puesto en evidencia.

El interés de lord Vasillis por su hermana era indiscutible para todos, pero no había ninguna necesidad de que Ewan proclamase a los cuatro vientos que su elección inicial había sido su melliza y no ella.

Marian Elizabeth la miró con los ojos abiertos como platos. Ahora se le confirmaba el hecho de que su hermana ni siquiera había llegado a imaginar el motivo de su invitación —lo cual no dejaba de resultar un poco ingenuo de su parte—. Era muy humillante.

Incluso Freddy parecía sorprendido.

Ewan no se daba cuenta de que, de una forma u otra, ambos habían seguido un patrón similar: primero su hermana, luego ella.

Avergonzada porque los presentes tuvieran su atención puesta en ella, Grace enrojeció de rabia. Prefería mil veces ser encontrada en una situación comprometida que ser testigo de una humillación que la dejaba en desventaja. Ya todos sabían que en esa habitación había dos hombres, ¡dos!, que la habían escogido como segundo plato.

—¡Cómo te atreves, Ewan McDougall!

Ewan parecía haberse percatado del enorme tropiezo que había cometido. Se mostraba contrito; y con razón.

—Grace...

—¡No, basta de excusas! Tu comportamiento deja mucho más que desear que el de Lord Vasillis. Me pregunto si alguno de los dos piensa en alguien aparte de en sí mismo y en sus necesidades.

—Yo creo que... —fue a decir el conde.

—Chss, calle —le regañó Marian Elizabeth.

—En este momento no puedo pensar en un solo motivo por el que debiera aceptar casarme contigo. ¡Prefiero la ignominia mil veces más!

—Ahora eres tú la que exageras.

—Oh, ¿eso crees? ¿Te haces una idea de lo dañinas que me han resultado tus palabras? ¿No? Pues piensa un poco. Utiliza este cerebro que Dios te ha dado. Me daría de bofetadas por haber llegado a pensar que quizá sí teníamos una oportunidad como pareja para llevar un matrimonio a buen puerto. No te imaginas la ilusión que sentí cuando me confesaste que no amabas a mi hermana. Sí, soy así de ilusa. Me hiciste pensar que todo podía salir bien. De hecho, lo tenías todo a tu favor: adoro el lugar, tu familia es encantadora y el amor que te tengo pesaba más cada día. Sin embargo, de un plumazo... ¡Zas! Lo has echado todo a perder. He terminado por creer que los hombres sois todos unos ineptos insensibles que no tenéis en cuenta los sentimientos de las mujeres. Solo pensáis en vosotros, vosotros y vosotros. ¡Pues se acabó! He cambiado de opinión. No me voy a casar con nadie y esta es mi última palabra.

Y con eso dicho, Grace lo apartó sin miramientos y salió sin mirar atrás.

Había veces que una buena retirada era la mejor estrategia.

Esa era una de esas ocasiones.

—¿Hijo, puedes decirnos qué hacemos todas aquí?

Su madre le lanzó la misma mirada interrogante que tenían todas las mujeres de la habitación: la duquesa de Dunham, la señora Burton e incluso Marian Elizabeth.

Ewan las había citado en una pequeña sala del castillo, con paredes revestidas con paneles oscuros de madera y antiguos candelabros colgados del techo.

—Esto es un comité de defensa y reparación —contestó.

Deirdre McDougall abrió bien los párpados, antes de preguntar:

—¿Cómo dices?

—Es un comité de defensa de mi persona —trató de aclarar un poco nervioso. Incluso sentado, los pies se le movían con cierto descontrol—. Y digo reparación porque de alguna forma debo tratar de arreglar el daño que provoqué ayer.

Le costaba mostrarse vulnerable ante todas ellas. Sentía una desazón en su interior mezclado con vergüenza. Aunque si quería salir bien parado no tenía más remedio que mostrarse lo más arrepentido posible.

Evidentemente, lo estaba. La noche anterior le causó un mal a Grace que no deseaba.

—Te comportaste como un idiota —le espetó acertadamente Marian Elizabeth.

De inmediato, la señora Burton le reprobó el comentario.

—¡Marian Elizabeth, este vocabulario no es propio de un dama!

—Pero mamá —protestó—, Ewan dejó a Grace en ridículo.

Él no estaba del todo de acuerdo con aquella afirmación, pero sí sabía que su actuación durante la cena era del todo recriminable.

—Señora Burton, desgraciadamente soy el asno más grande de toda Escocia. Ayer me comporté de una forma grosera y poco civilizada.

La mujer que se convertiría en su suegra se limitó a sacudir la cabeza con un rictus serio en los labios.

—Tu padre y yo nos disculpamos por todo aquello —se apresuró a explicar su madre. No podía olvidar que Edith, Odethe y las mellizas eran sus invitadas; se encontraban bajo de su techo.

Era deber suyo tratar de hacerles la estancia lo más agradable posible. Y él les había fallado.

Antes de las seis de la mañana, todavía sintiendo la desazón que lo había acompañado durante toda la noche, fue hasta la habitación principal y despertó a su padre. Liam McDougall se puso una bata gruesa para amortiguar el frío y buscaron un lugar tranquilo donde poder hablar frente a frente. El ambiente entre ellos no era el más adecuado, dada su forma de proceder. Quizá por eso Ewan se esforzó tanto en hacerle entender que a partir de aquel momento su conducta sería ejemplar.

—No es vuestra tarea, sino la mía —le dijo a su madre. No era necesario que nadie le sacara las castañas del fuego—. Siento profundamente todo lo que ha pasado. En primer lugar, no era mi intención comprometer la reputación de Grace. Por eso creo que la boda es la mejor solución posible. Y segundo, no soy un hombre al que le guste herir a los demás.

La forma en que la señora Burton lo miró le dio una brizna de esperanza. No obstante, se mostró severa.

—Anoche perdiste las formas. Aquel espectáculo no me gustó lo más mínimo.

A él tampoco. No se sentía nada orgulloso.

—Me disculparé todas las veces que sean necesarias.

No contaba con que alguien comprendiera, aunque de una forma mesurada, su conducta; y mucho menos la madre de Grace.

—Sea como fuere, el conde de Vasillis no debería haber interferido en el asunto. Tú y mi hija estáis comprometidos. Por Dios, ¿cómo sois los jóvenes de hoy en día? —Hizo la pregunta en voz alta, sin esperar una respuesta—. Lleva muchos meses yendo detrás de Marian Elizabeth, la ha seguido hasta Escocia, ha hecho pública su admiración hacia ella... ¿Y ahora cambia de opinión? ¡Es inaudito!

—En resumen, muy incómodo —añadió Edith, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

—Yo no lloro por haber perdido sus afectos. —Marian Elizabeth parecía aliviada—. Pero no debía de amarme tanto como afirmaba.

Al oír aquello Ewan notó cierta incomodidad, ya que todavía recordaba que a él también le había gustado Marian Elizabeth y que ahora prefería a Grace. Todos lo sabían, pero nadie parecía recordarlo. Menos su madre, quizá. Le dio la sensación de que lo estaba haciendo, aunque era difícil saberlo, puesto que lo contemplaba con una expresión indescifrable.

—Quizá si hubieses estado más simpática con él...

Edith se indignó de inmediato.

—¡Odethe, no puedes echarle las culpas a tu hija! Ha sido muy paciente con él. Todos lo hemos sido —hizo hincapié en ello—. Es imposible entender a los hombres, incluso a los que tienen títulos. Así que dejadlo correr —Su tono de voz fue lo suficientemente severo para que nadie osara contradecirla—. Todos somos conscientes de que Ewan lo ha hecho mal y estoy convencida de que ha estado pensando en el modo de redimirse. ¿He acertado?

Le lanzó una sonrisa de suficiencia, esperando su confirmación.

Él encogió los hombros.

—Algo debo intentar, puesto que Grace no quiere ni mirarme.

—¿Y la culpas?

A su modo de ver, parecía como si aquella mañana Marian Elizabeth se hubiera levantado dispuesta a combatir con él, aunque no podía recriminárselo.

—No —dijo con honestidad.

Aquello la complació y las facciones de su rostro se relajaron.

—Excelente.

—Me he equivocado y ahora necesito vuestra ayuda con desesperación.

Edith entrecerró los ojos.

—¿En qué estás pensando?

—El tutor de Grace, el duque de Dunham, no tardará muchos días en llegar —comenzó a decir—. Este enlace es bastante inesperado; no creo que lo haga un hombre feliz saber cómo han ocurrido las cosas. —Aunque no tenía más remedio que aceptarlo, como todos, sospechaba que Jeremy Gibson no lo recibiría con beneplácito. No tendría tanta buena suerte como para salir indemne de ello. Así que a Ewan no le quedaba otra opción que apaciguar los ánimos y tratar de aclarar el malentendido si quería suavizar la relación con él—. Me gustaría, al menos, mantener entre nosotros un poco de armonía.

Edith se sintió un poco indignada.

—¿Solo te preocupa lo que mi esposo pueda pensar? —Ni siquiera se lo podía creer, solo suponerlo—. ¿Necesitas nuestro respaldo público? ¿Por eso estamos aquí?

Ewan suspiró para sí mismo.

—No es así exactamente. —Trató de explicarse con calma—. Grace pronto será una McDougall y vivirá aquí conmigo, lejos de sus seres queridos. Por supuesto, señora Burton, usted puede permanecer el tiempo que desee. Incluso si decidiera quedarse a vivir con nosotros sería bienvenida. —Miró a su madre, buscando su apoyo. Ella asintió en silencio

con la cabeza—. Pero no dejo de pensar que su hija tendrá que renunciar a su vida anterior.

—Es lo que hacemos todas las mujeres cuando nos casamos —le dijo ella.

—Yo pretendo empezar el viaje que haremos juntos lo más unidos que podamos, sin otro obstáculo, porque quiero tener un buen matrimonio.

—Es un deseo bonito.

Oír aquello de Marian Elizabeth lo animó a proseguir.

—Gracias. Tu hermana ahora está un poco enojada...

La joven soltó un largo resoplido.

—¿Un poco? Tendrías que hacer algo grandioso para lograr su perdón. Dudo que ponerte de rodillas y pedir perdón funcione.

Ewan se sintió un tanto decepcionado, porque ya temía que Grace le pusiera las cosas difíciles. Aquello lo confirmaba. En cualquier caso, estaba dispuesto a lo que fuera necesario para aplacar su disgusto.

—¿Ah, no? ¿Y qué puedo hacer, entonces?

—Mmmm. Un acto imponente —dijo sin concretar, meditando.

Ewan iba a preguntar qué significaba exactamente aquello, cuando su madre habló.

—No creo que teatralizar sea la solución. Debemos ser más sensatos —sugirió.

Marian Elizabeth, en cambio, no estuvo de acuerdo.

—Siento discrepar contigo, Deirdre. Piensa cuando te obligaron a casarte con el señor McDougall. ¿No esperabas más, de él? Y tú también, tía Edith. Recuerda cuando el tío Jeremy te ignoraba. ¿Alguna de las dos hubieseis depreciado un acto como el que tengo en mente?

Ewan era incapaz de saber qué pasaba por la cabeza de la joven, aunque tenía la certeza de que en aquellos tiempos —cuando sus padres eran jóvenes y necios—, su madre habría dado toda su dote por conseguir un gesto romántico.

—Mi pobre hermana debe sentirse como si la llevaran a un sacrificio — continuó ella—. Estoy convencida de que, como toda mujer, quiere sentirse especial. Es por eso que Ewan está obligado a esforzarse y gritar a los cuatro vientos la felicidad que siente. Y si no es así, la finges —lo amenazó.

Él no pudo hacer otra cosa que soltar una risa.

—Está bien, está bien. Aunque no tengo que fingir nada, porque estoy a gusto con el compromiso.

Marian Elizabeth compuso una mueca de cesura.

—¿A gusto? —Parecía horrorizada—. ¡Oh, por Dios! Sin ningún tipo de duda deberás esforzarte más. Empieza buscando palabras tiernas que harían estremecer el corazón de una mujer.

—Es muy importante que la trates con cortesía —le aconsejó su madre, de repente interesada con el plan de Marian Elizabeth—, pero no resultes frío. Muéstrate tierno y educado a la vez.

—Escúchala —dijo Edith—. Todas queremos ser escuchadas. Si pretendes que ella te perdone y te apoye de ahora en adelante, tiene que interesarte cualquier cosa que tenga que decirte.

Odethe también tenía su opinión al respecto.

—Y nunca pierdas la caballerosidad. Ten presente que ella es toda una dama. Mi hija posee una educación extraordinaria.

—¡Ah! Además, puedes poner en práctica alguna de sus ideas. Tal vez se encuentra fuera de su entorno habitual, si bien es una chica lista.

Ewan trató de memorizar todos los consejos, pero cada vez había más. Las mujeres se habían entusiasmado y a él le costaba seguir las. Al cabo de media hora, su mente estaba confundida y temiendo hacer algo incorrecto.

Sí, deseaba impresionar a Grace. Por otro lado, también quería seguir siendo él. Así que le quedaba una pregunta importante. ¿Qué podía hacer para conseguirlo y ponerlo todo en práctica?

Tragó saliva. Tenía mucho que hacer.

El bostezo de Grace fue suficientemente fuerte como para llamar la atención de su hermana, que yacía acurrucada a su lado, bajo una manta. Las dos habían estado leyendo uno de los libros que Marian Elizabeth se había traído.

—¿No estarás pensando en dormir?

Aquello sonó como una recriminación.

—Es tarde. Y todavía hay que avisar a la doncella para que nos ayude a desvestirnos.

—Podemos hacerlo nosotras dentro de un ratito. ¿Qué prisa tienes?

—¿Y dejar que la pobre se duerma a la cocina? Nos estará esperando.

Grace estiró las piernas, aunque le costó alejarse del agradable calor que ofrecía la manta.

—Quédate un poquito más, por favor.

Observó a su hermana melliza con detenimiento.

—¿Por qué? Podemos continuar mañana.

—Pero...

Su protesta murió en sus labios cuando el sonido de una mezcla de gaitas y violines llegó hasta la habitación.

Las dos se quedaron en silencio. Aquella música parecía oírse dentro del castillo.

—¿No es extraño? Tendrían que estar durmiendo. ¿De dónde debe venir este alboroto?

Marian Elizabeth encogió los hombros.

—¿Estás segura que no es del exterior?

Aguzó el oído.

—Juraría que no.

Su hermana se puso de pie.

—Vamos a ver o despertará a todo el castillo.

Las dos se envolvieron con una manta fina para amortiguar el frío y salieron al pasillo, guiadas por la música. Una vez en la escalera, sacaron la cabeza por encima de la brillante barandilla.

Fue una verdadera sorpresa ver en el vestíbulo a siete escoceses — vestidos de forma tradicional— con ropas a cuadros de color rojo y verde oscuro. Los desconocidos hacían sonar instrumentos como silbatos, violines y gaitas. Incluso había un bonito laúd. Pero lo que más la sorprendió fue encontrar al conde de Vasillis con una flauta. Tocaba de forma torpe y desafinaba bajo la armoniosa melodía, si bien parecía obstinado en mejorar.

—Oh, Dios —murmuró en voz queda—. Creo que no se ha dado por vencido.

—Shhh —susurró Marian Elizabeth—. Calla y escucha.

Grace no sabía qué pretendía su hermana. Iba a preguntárselo, mas fue entonces cuando una figura conocida surgió de entre los escoceses para posarse delante.

¡Era Ewan!

Tuvo que aferrarse a la barandilla, desconcertada del todo. Ni siquiera vio la gran sonrisa que su hermana lucía en los labios. Su mente no hacía otra cosa que dar vueltas, pensando y sintiendo varias emociones a la vez. Solo sabía que la atención se había centrado en ella, por lo que enrojeció de vergüenza.

Atónita, se hizo varias preguntas: ¿Ewan había preparado todo aquello para ella? ¿Por qué? ¿Cuál era su propósito? ¿Era su forma de pedirle perdón? ¿Querría alguna otra cosa? No obstante, un suave zumbido en la cabeza no la dejaba pensar con claridad. Fue entonces cuando su mirada se cruzó con la de él y tuvo una extraña sensación de irrealidad: como si conociera lo que su corazón escondía.

«¡No puede ser!», le gritó su voz interior. Grace había procurado disimular sus sentimientos desde el primer día. Y ella sabía que no era tan transparente. Así pues, solo se debía de tratar de un desasosiego fruto del

momento.

La voz de Ewan entonando una canción escocesa hizo que dejara de lado todas aquellas inquietudes para pasar a contemplarlo embelesada. No veía a nadie más ni sentía otra cosa que la melodía, cantada con tono grave, saliendo de su boca.

Su corazón se emocionó, llorando de alegría. Había estado tan triste que aquello era como si alguien sediento bebiera agua por fin.

—¿Se puede saber qué es todo este escándalo?

Un malhumorado Liam McDougall se levantó al tiempo que se acomodaba una bata de lana sobre la ropa de dormir. Estaba tratando de conciliar el sueño cuando un estrépito ensordecedor lo molestó.

Deirdre no tuvo tiempo de explicarse, porque cuando abrió la boca para hacerlo, su marido ya estaba saliendo por la puerta de la habitación.

«¡Oh, no, este asno es capaz de romper nuestros planes!».

Así que ella también se puso algo encima y se precipitó detrás de él. Por suerte, lo encontró quieto con los brazos cruzados a la altura del pecho, contemplando la escena del piso de bajo a través de la gran apertura rectangular de la escalera.

Con una mirada rápida, Deirdre vio a sus hijos menores, que también habían salido a curiosear y que reían por lo bajo; a Edith y a Odethe, que ocupaban un lugar estratégico que las mantenía medio ocultas, detrás un busto de mármol; el sonriente hijo de la duquesa; algún sirviente curioso y a las mellizas Burton.

Fue solo una de ellas quién acaparó su atención, puesto que estaba preocupada por su reacción. Ewan no parecía haber empezado con buen pie aquel compromiso y como madre suya quería que lo lograra. Ella había sufrido los comienzos de un matrimonio acordado. No quería que él viviera

lo mismo. No obstante, se percató de que la joven se encontraba fascinada con todo lo que estaba sucediendo. Es más, al fijarse mejor se dio cuenta que ella parecía casi extasiada.

—¿Qué demonios...? —escuchó murmurar a su marido—. Este hijo nuestro se ha vuelto loco. ¿Y qué hace el conde de Vasillis acompañándolo? Es del todo ridículo.

Deirdre se apoyó en la espalda de su esposo, rodeándolo con los brazos, mientras echaba un vistazo por encima de su hombro derecho.

—No hagas nada —dijo con suavidad, avisándolo.

—¿Es que apruebas esta locura?

Ella resopló.

—¿A dónde ha ido a parar todo tu romanticismo?

Liam se dio la vuelta y la observó con cierto aire de sospecha.

—¿Tú has tenido que ver algo con todo esto?

Ella levantó la barbilla, orgullosa.

—Todas estamos implicadas —contestó, mientras su hijo cantaba la tradicional balada *Helen de Kirkconnel* con suficiente potencia para despertar a toda la casa y con mucho de sentimiento bienintencionado—. Ewan se esfuerza para hacer las cosas bien a pesar de los errores que ha cometido.

Las cejas de Liam se arquearon con suavidad.

—¿Cantando?

Pensaba que aquel no era el mejor método.

—Mira a Grace —le sugirió—. ¿Te parece enojada? Yo diría que todo lo contrario. Además, la participación del conde de Vasillis en todo este asunto saca hierro a su petición de matrimonio. Se ha dado cuenta de que es mejor dar un paso atrás con las dos mellizas y empezar a buscar esposa en otro lugar. Pero antes de marcharse quería agradecer a esta familia su hospitalidad. ¿Y de qué mejor forma, que unirse a este tipo de serenata?

Con cierto pesar, Liam la observó durante un instante.

—Tienes razón —reconoció—. Tú siempre la tienes.

—¿Es que lo dudabas? —le preguntó con una sonrisa—. De esta forma reina la armonía al tiempo que Grace puede empezar a sentirse valorada. ¿A qué joven no le gustaría un acto de tal magnitud? Incluso Odethe lo ha encontrado correcto —le explicó con la música de fondo—. Ahora di: ¿qué piensas hacer al respecto?

Era difícil poder explicar el estado en que se encontraba. Aunque sentía los pies en tierra, Grace notaba una agradable sensación de estar flotando, pero cada parte de su cuerpo estaba despierta y bien ligera, mientras su corazón latía con más y más fuerza. Incluso la vergüenza por ser el centro de atención había disminuido. Lo único que le importaba en aquel momento era que Ewan le estaba dedicando una serenata ante todos los habitantes del castillo. Y un gesto que podría parecer tan banal ella le otorgaba mucho significado.

No entendía lo más mínimo qué estaba cantando. Grace no había estudiado nunca escocés, pero la voz de Ewan era suficientemente embriagadora para conseguir cautivarla como nunca antes habían hecho.

Durante un rato no fue capaz de apartar los ojos de él. No obstante, en un momento dado apareció en escena Liam McDougall, que descendió por las escaleras con resolución y una expresión adusta de su rostro. Al verlo no pudo evitar sentir cierta desazón para sus adentros. Y no debería de ser la única, puesto que cada uno de los presentes lo miraba conteniendo la respiración. Solo Ewan se negó a hacerlo siguiendo entonando la balada.

—Esto es el fin —oyó decir a su lado. No tenía que mirar a su hermana para saber que temía lo peor, igual que ella.

Grace dio un pequeño brinco, porque para sorpresa de todos, el hombre que se convertiría en su suegro se acercó al grupo de músicos y,

encontrándose las manos desnudas porque no disponía de ningún instrumento, abrió la boca para seguir la canción que su hijo estaba cantando, como un integrante más de la serenata.

Grace solo pudo abrir y cerrar los ojos un par de veces.

—¡Ay, Dios!

No se lo podía imaginar. Todavía era incapaz de asimilarlo.

—Los milagros existen —cuchicheó Marian Elizabeth.

—¿Tú crees? —preguntó lo más bajo posible para seguir oyendo la voz de su prometido.

—¿Cuántas veces seremos testigos de una estampa similar? No creo que el conde de Vasillis y el señor McDougall ofrezcan algo así a menudo. Hermana, esto es un recuerdo que perdurará por siempre jamás.

Y no sería la única imagen que Grace recordaría de aquella noche. El punto culminante fue cuando Ewan decidió subir hasta donde estaba ella para acabar de cantar frente a frente, con la mirada fija sobre su rostro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba más nerviosa que nunca. Las piernas y los labios le temblaban a causa de la emoción y ni siquiera se creía capaz de articular una palabra. Además, su mente había perdido la capacidad de pensar con coherencia. Como mucho, podía esbozar una sonrisa un poco tonta.

—Buenas noches —le oyó decir, casi murmurando.

—Buena... nas noches —respondió con dificultad y con el rostro encendido. La música había cesado, su hermana se había apartado un tanto y todos los presentes estaban pendientes de la pareja.

Era muy incómodo.

—Grace, esta noche estás preciosa —la halagó él con ternura.

—Gracias —barboteó ruborizada. Incluso bajó el rostro a causa de la vergüenza.

Él lo notó, porque se dio la vuelta y, haciéndose valer de gestos, indicó a los amigos que siguieran tocando, para a continuación echar a sus hermanos

y al primo de Grace. Marian Elizabeth y Deirdre también se retiraron con discreción. Las únicas que permanecieron en el pasillo fueron la duquesa y Odethe para vigilarlos.

—¿Así mejor? —Grace asintió—. Perdona, son todos unos mirones.

—Es comprensible. Has provocado mucho revuelo.

—Pero revuelo del bueno, ¿cierto? —le preguntó, medio vacilante—. Incluso he recibido la ayuda de mi padre. Y esto que no contaba con él.

Grace sonrió durante un instante, aunque su expresión se volvió seria.

—¿Por qué lo has hecho, Ewan? No era necesario.

Quería saber qué pretendía con aquella serenata.

—Después de cómo me comporté contigo sí lo era.

—Entonces, ¿la serenata es un tipo de disculpa?

—Sí y no —contestó, uniendo sus manos en un gesto parecido al de una oración del que él no fue consciente—. Por supuesto, quiero que me perdones, por lo que tuve que buscar un modo de compensar esos modales tan poco caballerosos de los que he hecho ostentación. Pero aparte de mi intento para redimirme, quiero una nueva oportunidad para tratar de que me conozcas mejor. Y eso solo será posible si dejas de estar enfurecida conmigo. Por favor, ¿podrás hacerlo?

—El esfuerzo que acabas de hacer significa mucho para mí —confesó. Era difícil seguir enfadada con él después de aquella serenata—. Has sido muy... imaginativo.

Ewan levantó una ceja mientras sus labios dibujaban una sonrisa.

—Has tardado un poco en elegir la última palabra. ¿Quieres decir que he hecho el ridículo?

—Oh, no —afirmó con rapidez, pero al ver que hacía broma, se relajó—. Lo has hecho muy bien si no tenemos en cuenta que desafinas.

Sin perder la sonrisa, se inclinó hacia ella.

—Has herido mis sentimientos. Pensaba que era el fondo el que importaba. Aun así, hoy seré magnánimo y no te lo tendré en cuenta,

porque, señorita Grace Burton, ¿quiere darme usted una oportunidad? Si lo hace, le garantizo que no se arrepentirá.

Durante un instante, mientras se cruzaban miradas intensas, el aliento se le quedó retenido en la garganta. Lo tenía tan cerca y sentía la piel tan encendida que pensó en lanzarse a sus brazos y celebrar aquel pequeño adelanto. Fue un impulso impropio en ella. No obstante, murió enseguida a causa de la voz de la razón sumada a la tos seca de advertencia que lanzó su madre, lo cual hizo que Ewan también mantuviera las formas.

—Así pues, ¿aceptas? —insistió.

Grace le mostró una gran y radiante sonrisa. ¿Cómo podía decir que no a su propuesta?

—Estas tierras también pertenecen a los McDougall.

Grace no dejó de notar el orgullo con el que Ewan pronunciaba esas palabras.

Desde la cima poco pronunciada se avistaban campos fértiles y productivos que hablaban de prosperidad.

Durante las semanas siguientes a la serenata, Ewan se había esforzado mucho por cortejarla en todos los sentidos de la palabra. Incluso había dispuesto salidas durante su jornada para que viera un poco qué hacía en su día a día. Esa tarde, sin embargo, parecía resultar más significativa que las otras. No importaba que con ellos estuvieran Marian Elizabeth y lord Vasillis —que se había visto obligado a acompañarles porque su melliza lo había engatusado con habilidad—; Ewan le dirigía todas sus explicaciones y le prestaba casi una total y única atención.

Durante la cabalgata se habían detenido en casi una docena de granjas y viviendas. En ellas habían tenido la oportunidad de conversar con las mujeres, jugar con los niños y oír las explicaciones que le ofrecían los más ancianos mientras esperaban el regreso a casa del hijo o el yerno después de un duro día de trabajo. Tampoco la presentaba como su prometida, pero la deferencia con la que le hablaba dejaba constancia a los demás de que pronto sería una McDougall más.

Era evidente para ella, pues, que Ewan quería hacerla partícipe de todo; y

eso la entusiasmaba.

—En tiempos de la hambruna perdimos mucho a manos de los ingleses.

La miró de reojo para comprobar que no la hubiera ofendido y ella le instó a continuar. Grace no sentía ninguna cruel animadversión por lo escocés.

—Supongo que ahora debéis sentirnos satisfechos por tenerlo de vuelta.

—En efecto. No se trata solo de riqueza, sino de la prosperidad de cuanto nos rodea.

—Esos árboles de allí serían ideales para una merienda campestre.

Freddy se había acercado y observaba el páramo con ojos diferentes de como Ewan y ella lo veían.

Contempló cómo hacía un verdadero esfuerzo por no replicar. Lord Vasillis no iba a cambiar. Era mejor aceptarlo e ignorarlo.

—Hace demasiado fresco para uno —replicó ella.

—Sí, tiene razón, señorita Burton. Esto no se asemeja a Londres. Es...

—Diferente —acotó Marian Elizabeth.

Por la mirada que intercambió con su hermana, ambas habían temido que dijera «peor». Ewan ya no lo hubiera pasado por alto.

Retomaron el paseo de vuelta al castillo y Ewan siguió explicándole a quién pertenecía cada parcela y terreno cultivado o habitable. Si hubiera podido pedir un deseo habría sido alargar el momento. Le encantaba oírlo hablar y poder conversar con él. Cuando aportaba ideas se sentía complacida al ver que la escuchaba de verdad y la tomaba en cuenta. Lo único malo era que lord Vasillis no cesaba de intervenir y emitía largos monólogos sobre la agricultura que no interesaban a nadie.

Cuando lanzó una mirada de súplica hacia su melliza, esta hizo un gesto de asentimiento que solo ella percibió.

—Oh, eso me parece fascinante, Lord Vasillis; cuénteme más.

Cuando empezó a prestar atención exclusiva a Marian Elizabeth, Grace suspiró de alivio.

—Pensé que podría llegar a estrangularlo —soltó Ewan cuando comprobó que no podía oírlos.

—No lo dices en serio —bromeó.

—Y tú eres demasiado indulgente. Cuento los días en los que su presencia solo sea un recuerdo.

—No creo que sea acertado preguntar si uno bueno o uno malo.

—Sí, tal vez será mejor que no lo hagas, no quisiera que todavía te formaras una peor opinión de mí.

—¡No pienso mal! —protestó. Y era cierto.

—Lo que digo: eres un ángel con un corazón de oro.

Grace rio por la descripción. No se asemejaba a un ángel en nada. O quizá sí, solo por el cabello dorado.

—Y tú sabes lisonjear muy bien a una dama.

—¿Te sientes halagada? —La miró con una intensidad que la desconcertó y que no supo interpretar.

—Bueno, sí. Es lo que suele suceder cuando hablan bien de ti.

—Mmm. Me pregunto si puedo hacer que solo yo consiga hacerte sentir así.

Sin saber muy bien por qué, el comentario la turbó y la hizo enrojecer.

—Todo es posible —se atrevió a decir. Se extrañó cuando lo vio mirar a derecha e izquierda.

—También me pregunto si podría aprovechar la venia que nos ha concedido Marian Elizabeth para conseguir unos minutos a solas; y si me lo permitirías.

Grace supo que el intercambio de miradas entre ella y su hermana no había pasado tan desapercibido como había creído. También fue cuando se dio cuenta de la distancia que los separaba de los otros dos jinetes. Poco a poco habían ido rezagándose y su hermana y lord Vasillis ya se encontraban a buena distancia. Suponía que en pocos minutos los acabarían perdiendo de vista.

¿De verdad quería estar con ella a solas? ¿Y por qué?

Con los nervios recorriendo cada palmo de su piel se propuso fingir que no estaba afectada y se encogió de hombros en un gesto que le pareció forzado.

—Prueba a ver.

No bien acabó de decirlo, Ewan tomó las riendas y guio a su montura hacia la espesura de un bosquecillo que estaba un poco a su derecha. Apenas era un minúsculo desvío y seguía viéndose el camino desde allí.

Fueron adentrándose por entre los árboles y la sombra de las copas empezó a cubrirles. Echó una mirada hacia atrás y comprobó que estaban fuera de la vista de cualquiera que pasara por el camino.

—Y ahora...

Sin un aviso por su parte, Ewan la cogió de la cintura y la elevó. Sorprendida, Grace se aferró a él con fuerza para evitar caer. En un momento estuvieron ambos encima del mismo caballo y cerca, muy cerca.

—Ewan.

—Chst, ahora no.

Y tan despacio que hubiera podido rechazar su avance, su boca cubrió la suya de un modo tan extraño y familiar a la vez, que Grace no tuvo ninguna duda de rendirse al beso.

Esta vez fue metódico y muy dulce. Grace sintió que la tanteaba y que le dejaba espacio para hacer lo mismo si lo deseaba. Ahora sí tenía curiosidad, por lo que imitó sus movimientos. Su calor corporal también la seducía, por lo se acercó lo máximo que la situación le permitía. Cuando puso sus manos en la espalda masculina y lo acarició, Ewan gimió.

Se apartó.

—Lo siento.

—No, no tranquila, no te preocupes. No sucede ni has hecho nada malo. Era un sonido de satisfacción.

Grace no mostró muy convencida.

—¿De verdad?

—Te lo juro. No te mentiría, y menos con algo así. Ven, acércate de nuevo.

Sin embargo, algo cambió en su modo de besarla, porque pudo notar que sus labios se distendían y querían abrirse. Cuando lo hizo, la lengua caliente e invasora indagó hasta llegar a sobresaltarla, si bien no se apartó. Parecía normal y quería más. Grace también advirtió que sus pechos se habían hinchado bajo el corsé, así como cierta parte privada humedeciéndose.

¡Oh, Dios, qué sensación tan pecaminosa! No quería que terminara nunca.

—Sí, sí —se encontró diciendo.

Para su eterna consternación, Ewan se detuvo y ella se sintió mortificada.

—Creo que debemos detenernos.

—Yo...

—Eh, no es por ti —le aseguró—. Hay cierta parte de mi anatomía que está gritando lo que ha escapado involuntariamente de tu boca. —Le dio un beso en la mejilla, muy cerca de sus labios—. Pero debemos ser juiciosos. Gozamos solo de unos minutos, nada más. Eso es lo que nos ha concedido tu hermana, alabada sea. —Le guiñó un ojo—. Venga, te ayudaré.

Con un movimiento que no parecía causarle esfuerzo, Grace volvió de nuevo a la grupa de su caballo. Un tanto violentada, se retocó el cabello con disimulo.

—Estás perfecta. Ahora debemos regresar.

Volvieron al camino sin que nadie les viera y sin hablar. Parecía que ambos deseaban recordar un poco más lo vivido.

A Grace, el trayecto de vuelta al castillo le pareció muy corto y se alegró de ver a su hermana y al conde esperándolos en un recodo. Tras lo sucedido en la arboleda sus sentidos se habían intensificado y los sonidos del campo se habían vuelto más claros, el sol más radiante y el futuro más prometedor. Mientras se aproximaban al castillo contemplaba la parte lateral y su pecho

se hinchó de orgullo cuando comprendió que pronto sería parte del edificio y de todo lo que la rodeaba. Sería una miembro vital de los McDougall porque también sería uno de ellos. Por lo tanto, debería colaborar para que todas aquellas personas que dependían —de forma directa o indirecta— de la familia estuviesen bien. Por lo que había oído y visto ese día imaginaba que no sería una tarea sencilla; más bien al contrario: abrumadora, incluso. Pero se notaba preparada. Parecía increíble pero lo sentía así. Sus futuros suegros la ayudarían a integrarse; eran esa clase de personas. También Ewan, que le había mostrado esa faceta suya que no conocía realmente y que ya le fascinaba. Un esposo atento e incansable trabajador. ¿Se podía pedir más?

«Amor», señaló su mente.

Sí, era posible que fuera eso. No obstante, como también se tenía por una mujer práctica, sabía que contaba con indicios y eso era suficiente. Ella pondría de su parte para que sucediese.

Lo importante en ese instante era que Ewan la quería a su lado para avanzar codo con codo. Eso demostraba que su matrimonio, aunque forzado, no era un trámite más. No era perfecto, pero ¿qué lo era? Si la besaba como había hecho antes, Grace sabía que podía llegar a volar. Le daba seguridad y energía para enfrentarse a todo y a todos, para lograr, al final, que ese matrimonio prosperara como siempre había deseado.

Con la alegría introduciéndose en su corazón, se dejó ayudar para desmontar —aunque no lo necesitara— y le correspondió cuando Ewan apresó las manos entre las suyas.

Estaban tan juntos que pensó que se atrevería a besarla de nuevo. ¡Y en un lugar donde cualquiera podría verlos! Aun así, sabía que le dejaría hacerlo.

Fue un rostro conocido e inesperado —al menos en ese momento—, lo que le puso una expresión de espanto y le quitó cualquier deseo de corresponder a los besos de Ewan.

Y así fue también como su futuro marido se dio la vuelta para comprobar qué le sucedía, y para enfrentarse así a su airado tutor.

—¡Tú!

La aparición del duque de Dunham fue inesperada. Su reacción, no.

El hombre llegó hasta él en unas zancadas y supo que nada bueno estaba por venir, dada la ira que pintaba su rostro.

El primer puñetazo directo a su estómago pudo evitarlo; no así el segundo.

Durante una fracción de segundo, Ewan calibró si defenderse y cómo, sin dañar al contrario. Al final decidió que protegerse era la mejor opción, y eso mismo hizo.

—Có-mo-te-a-tre-ves —el duque lanzó un gancho— a-to-car-le-un-pe-lo.

Para ser bastante mayor que él, Jeremy Gibson atizaba con fuerza y contundencia.

—¡Tío! ¡Tío! ¡Déjalo!

Grace intentaba meterse y eso conmovió a Ewan.

—Grace, apártate —ordenó como pudo.

—¡Haced algo!

Por el rabillo del ojo le pareció ver a su padre y a Fergus junto a lord Vasillis y Marian Elizabeth, que lo miraba fascinada. A su entender, todos tardaban demasiado en intervenir.

—En un momento, Grace. Es justo que reciba un castigo.

¿Su padre acababa de decir eso?, se preguntó en medio de la turbación.

—¡Ewan no ha hecho nada! ¡Nada de nada!

—Está bien, hija.

—¡No, no lo está, idiotas! —la oyó soltar.

Si no estuviera tan concentrado en evitar que le diesen de verdad, Ewan

hubiera reído al ver la cólera que emanaba de la que en breve sería su mujer.

—¡Ouch! —exclamó. Ese puño había sido bastante certero. ¿Por qué no le daba en la cara con ganas?

—¡Tío Jeremy, si no te detienes de inmediato, te retiraré para siempre la palabra; ¡y no bromeo!

—Jeremy, Grace tiene razón; Ewan ya ha tenido suficiente.

El duque se detuvo y se apartó de golpe, por lo que estuvo a punto de perder el equilibrio. Por suerte, no cayó y conservó cierta dignidad. La tanda había durado apenas unos minutos que le habían parecido eternos.

—¿Estás bien, Ewan?

Grace se lanzó a sus brazos y tuvo que contener una mueca. Lo hacía de buena fe. Era bueno que alguien —ya que no su padre—, se preocupara por su estado.

—Sobreviviré, gracias. —Pero se dejó hacer cuando ella le tocó el rostro y palpó con cuidado sus costillas. Podría llegar a acostumbrarse a esos mimos, aunque prescindiría gustoso de los motivos que llevaban a ellos.

—Eso era innecesario —dijo ella a su tío.

—No para mí; y por lo que veo, su padre opina igual.

—Lo único que os interesa es defender el honor del apellido.

—Eso no es cierto, y lo sabes. Te considero casi como una hija. Eso es lo mínimo que TU honor —remarcó—, merece.

—Y lo valoraría si Ewan realmente lo hubiera mancillado. Nuestra boda no es más que un modo de mantener las apariencias. La culpa fue más mía que suya y no ocurrió nada inapropiado, cosa que os negáis a escuchar.

—Eso no cambia nada, Grace. —Fue él quien hubo de intervenir—. Lo que tratan de decirte es que las cosas son como son; que hay mil formas de actuar. Hubiera podido hacerlo de otra manera y yo, en cierto modo, también colaboré para agravar las consecuencias. Igual que somos conscientes del fino hilo que separa a la mujer de la respetabilidad a la

deshonra (y nada podemos hacer para cambiarlo de un día para el otro), también debemos tener presentes que un caballero debe evitar provocar que eso suceda a toda costa.

—Pero es que resulta...

—Grace, todo está bien.

Pero ella no parecía satisfecha.

—No, no lo está. En lugar de arreglarlo como seres civilizados os liais a puñetazos.

—Yo haría lo mismo por nuestra hija —soltó Ewan, que de inmediato erizó al duque de Dunham.

—Oh, por Dios. Solo hablaba por hablar —espetó Grace al verlo reaccionar de ese modo.

—Bien —soltó, aunque no se mostraba demasiado convencido.

—Parece como si hubieras esperado todo el camino hasta aquí para saltarle encima.

Ese comentario pareció avergonzarle un poco, pero fue algo tan rápido que Ewan supuso que lo había imaginado.

—De hecho, ha sido más o menos así —confesó el duque—. No te haces una idea de lo que sentí al leer la carta. Jamás mis sirvientes me vieron hacer el equipaje tan rápido; ni siquiera cuando salí tras Edith para recuperarla.

—Querrás decir que «ellos» lo hicieron —lo rectificó ella.

—No. En realidad, no. Vociferé, di algunos puñetazos en las puertas, saqué un baúl a rastras y lo llené sin ton ni son, ordenando después que lo metieran lo más rápido posible en el carruaje más ligero con los caballos más veloces.

—Lo que me extraña es que no traigas contigo una licencia especial.

—No fue por ganas, créeme. Liam no mencionó nada de ello en su mensaje, pero deduje que él se encargaría de eso.

—No era necesario —masculló.

—Por supuesto que sí. Esta boda se celebrará sin género de dudas.

—No me refería a eso. Solo digo que las prisas son innecesarias. Podríais ofrecernos un tiempo de noviazgo para dar a este enlace una apariencia de normalidad.

—Según tengo entendido, ambos os encargasteis de eliminar esa opción. Atente a las consecuencias. Los dos —añadió, mirando a Ewan, que escuchaba interesado el diálogo entre el duque de Dunham y Grace.

—Por mí no hay problema. No dejo de decirlo.

—Eso no te redime, muchacho. Sin embargo, es una actitud juiciosa, la tuya. —Miró alrededor, como percatándose, de repente, de que se encontraban en los establos—. Tendrás que disculparme con tu mujer por haber olvidado mis modales más elementales al no entrar en la casa y esperar a su hijo para, ejem...

—Darle una paliza a su primogénito —Liam terminó por él, impertérrito.

Fergus soltó una risita que se cortó en seco cuando su padre le lanzó una de sus miradas más agrias.

—Sí, eso.

—Haré lo que pueda, pero no te prometo nada. Podemos hacer los honores ahora, si te parece. Tu esposa debe querer abrazarte.

Jeremy asintió.

—No es el único, amigo, no es el único.

A Grace le seguía pareciendo muy tierno que su tío no tuviera miedo de admitir que había echado de menos a su tía Edith.

—Id vosotros delante —ordenó ella—. He de ocuparme de que Ewan reciba asistencia por esos golpes.

Ewan casi rio al ver cómo la actitud distendida volvía a desaparecer de los rostros de sus mayores.

—Espero que no pretendas decir con eso que no vendréis a la casa.

—Nada de eso, tío; solo que lo haremos después.

—Y os quedaréis sin más compañía que los caballos —constató su futuro

suegro.

—Pues sí —afirmó ella, tranquila, que parecía ajena a lo que les pasaba por la cabeza a esos hombres.

—Eso no va a pasar en ninguna de las vidas en las que yo esté presente —soltó el duque de Dunham con la misma tranquilidad que la de Grace, aunque solo aparente.

—¿Y se puede saber por qué no? Ya estamos prometidos. ¿Qué importancia puede tener que suceda de nuevo? No es que vayamos a montar un nuevo escándalo. De hecho...

Como Ewan sabía que Grace, para reafirmar su postura, iba contar que se habían quedado un buen rato a solas y a delatar, de paso a su hermana, lord Vasillis y a ellos mismos, tuvo que intervenir.

—De hecho —repitió, apretando el brazo de ella con disimulo—, sería una forma ideal de conocernos un poco mejor.

No era su salida más brillante, aunque sí mejor que lo que ella pretendía revelar.

—Pues me temo que deberéis hacerlo en presencia de toda vuestra familia, como las personas respetables —espetó el duque—. Os informo que, desde ahora hasta el día de vuestra boda, queda terminantemente prohibido cualquier intento de permanecer a solas. Nadie, yo en concreto, os va a perder de vista. Vamos a ser una sombra constante entre vosotros hasta que los votos hayan sido pronunciados.

El grito ahogado de Grace le produjo cierto pesar, mas no le sorprendía.

—No te atreverás —le respondió ella, igualmente.

La maliciosa y dura sonrisa del duque de Dunham no dejaba lugar a equívocos. Ewan supo que serían unos días muy largos.

—Ponme a prueba.

En la mañana del día de su boda, Grace rememoró las palabras dichas por su tío y lamentó que hubieran resultado tan certeras. De hecho, ni ella ni Ewan habían disfrutado de un momento a solas —ni uno de pequeño—. Lo había intentado todo para despistar a cada una de la sombra que le tocara, pero no lo había logrado.

Durante esos días habían podido hablar, aun no como hubiera deseado; tomado largos paseos cuando el frío no lo impedía, mas no como le hubiera gustado; compartido confidencias, pero sin la privacidad que hubiera anhelado.

En definitiva, llegaba al momento decisivo sin tener una seguridad absoluta por nada. Sí respecto a su amor por él, que se había ido incrementando poquito a poco, pero por lo demás...

Observó la fría mañana a través del cristal. Había helado.

Deirdre le había asegurado que era apenas un poco, pero una minucia así había despertado sus dudas. ¿Soportaría el inclemente frío? ¿Se adaptaría a sus gentes? ¿Encontraría su lugar? Y lo más importante y que apenas había tenido tiempo a considerar: ¿qué sería de ella sin la eterna presencia de Marian Elizabeth? Incluso a su madre echaría mucho de menos.

Parpadeando con rapidez para evitar que las lágrimas de incertidumbre se adueñaran de sus ojos y se deslizaran por su rostro, Grace se miró en el espejo de pie, sola, como había pedido estar durante un ratito.

Ya estaba vestida. Lucía un primoroso vestido de novia hecho especialmente para ella. Su madre, siempre preparada y diligente, tan pronto vio que la boda era inevitable, se comunicó por mensaje con su costurera de Londres y la conminó a terminar un traje que ya había escogido de antemano, justo cuando ella y su melliza hicieron su debut. Era de color claro, con escote sin puntillas —los odiaba— y mangas rectas adornadas con perlas asemejando botones. El tacto era suave, fresco y liviano. La única concesión —o más bien un extra de último momento— había sido una pelliza a juego. Glenrow no era Londres y nadie quería que

pasara un frío innecesario.

El rapidísimo abrir y cerrar de la puerta la hizo voltear la cabeza y dejarla con la boca abierta. Ewan se había colado vestido ya con el traje oscuro de la ceremonia y Grace sintió que ningún hombre podía estar más apuesto.

Solo entonces, cuando vio que se miraban y que ninguno de los dos decía nada, solo admirándose, Grace cayó en la cuenta de que era la primera vez desde el decreto —por decirlo de alguna manera— de su tío en la que se veían a solas, completamente a solas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, no obstante—. Si alguien se entera, mi tío montará en cólera.

—Bah, ya no me preocupa. Dudo que se ponga a golpearme el mismo día de mi boda. Como las apariencias son tan importantes para él, no querrá que llegue al altar magullado.

—De todos modos, ¿qué es tan importante como para arriesgarte?

—Tú.

Se acercó.

—¿Yo? No entiendo.

—Supongo que no era eso lo que pretendía, pero ya que estamos...

Y sin que mediara alguna palabra más, tiró de ella y la besó.

Parecía increíble, pero Grace lo había echado de menos. Se apretó más a él para disfrutar de las sensaciones y abrió la boca tal y como él le exigía sin palabras.

Durante apenas un par de minutos, en la habitación no se oyeron más que los sonidos de placer de ambos. Cuando Ewan se apartó puso la frente apoyada en la suya con la respiración tan acelerada como la de la propia Grace.

—Te juro que no era mi intención hacer esto.

—¿No? Pues lo has disimulado muy bien. —Sonrió—. De todas formas, no seré yo quien se queje.

—No, Grace, lo digo en serio. —Se apartó un poco, pasó los dedos por

sus labios ligeramente hinchados (lo cual le produjo un escalofrío) y le colocó un mechón rebelde que se había empeñado en escapar del recogido —. He venido porque me he dado cuenta, idiota de mí, de que estábamos a punto de casarnos y que no te había dicho lo importante que eres para mí.

A pesar de creerse preparada, el corazón hizo cabriolas en su pecho. Quizá sintió también cierta decepción por no ser lo que anhelaba. En el corazón no se mandaba, pero tampoco pedía falsos adornos

—No tengo dudas de que nuestro matrimonio llegará a funcionar. Así que te pido que no pongas en tu boca palabras que no son verdad.

Eso pareció turbarle.

—¿Te refieres al amor? ¿No debo decírtelo?

—Esto, sí, no... Yo... —Se frustró un poco—. Sí deberías de ser cierto, pero no necesito que me apacigües.

—«Apacigües», extraña palabra. Sin embargo, no te equivoques, no pretendo nada extraño salvo la de afirmar algo que siento y que mereces saber antes de convertirnos en marido y mujer.

—Y eso es... —No sabía qué pensar de todo esto y su respiración se había acelerado, esperanzada.

—Que te amo, Grace. Tal vez no de ese modo apasionado y fogoso del amor a primera vista, o tampoco de un modo tranquilo y maduro de aquel que lleva tiempo con ese sentimiento a cuestas. Lo nuestro ha contado con poco tiempo, lo sé, pero tu compañía, el afecto, las risas y las cosas en común han empezado a despertar una llama que nunca antes había aparecido en mi interior. Estoy seguro de que no es lo ideal, pero sé que puedo asegurar que es el primer paso hacia algo grandioso y espléndido. Esto que siento aquí —se tocó el pecho, justo en el lugar donde residía su corazón— es verdadero y sincero.

Una lágrima escapó por fin y se deslizó ansiosa por la comisura de su boca sonriente.

—Yo también te amo —admitió, tan feliz que podía empezar a flotar.

Ewan sonrió en respuesta. Le pareció la cosa más tierna del mundo.

—Lo sé. Lo confesaste cuando afirmaste que no te casarías ni con Lord Vasillis ni conmigo, ¿te acuerdas? Aunque estuvieras enfadada.

—Es verdad, lo había olvidado. Gracias por decírmelo. Es muy importante para mí.

—A sus pies, señorita.

Le hizo una reverencia jocosa.

—¿Qué hace usted aquí?

Ambos se dieron la vuelta sobresaltados cuando oyeron a su madre con Marian Elizabeth detrás. Tan enfrascados estaban que no habían oído la puerta.

—Señora Burton —saludó Ewan.

—¡Esto es totalmente inapropiado y muy irregular! —exclamó sin hacerle el más mínimo caso al saludo—. ¡Le exijo que se vaya inmediatamente! Ya le esperan en la capilla.

Aparentemente resignado, Ewan le guiñó el ojo a Grace y le dio un beso en el dorso de la mano desnuda.

—Hasta dentro de un momento, futura señora McDougall. —Y salió veloz de la habitación.

—¿Se puede saber en qué pensabas, hija?

Pero fue Marian Elizabeth la que respondió por Grace.

—No pensaba, mamá, solo se dejaba guiar por el corazón.

Detenida en su airada protesta, Odethe parpadeó y pareció meditarlo. Se acercó a Grace y esta vio en las profundidades de su madre. Se relajó.

—Solo quiero que seas feliz. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Y lo soy. De verdad. No quiero que te preocupes por mí. Solo quiero que tú y Marian Elizabeth vayáis a la capilla. En un momento os alcanzo. Quisiera unos minutos más a solas; los últimos como Burton.

Se miraron unos instantes y lo que vio en sus ojos —Grace no lo sabía— hizo asentir a su madre.

—Está bien. No tardes. Tu tío te espera abajo para llevarte al altar.

Volvió a estar sola, aunque esta vez con un sentimiento distinto, más completo. La ligera capa de hielo del exterior le pareció ahora brillante, como si le augurara un futuro prometedor.

Con pasos sosegados se acercó al tocador y agarró los guantes, poniéndoselos con lentitud. Se acercó a la puerta y la abrió, volviendo a mirar a la ventana desde allí, pero ya no se veía nada. Con un sentimiento de certidumbre, cogió el ramo que descansaba en la silla justo al lado y salió hacia su futuro.

Epílogo

Algunos años más tarde.

—Mmmm, Ewan —susurró Grace con la típica voz del que todavía no está despierto del todo—, tienes fríos los pies.

Acto seguido se oyeron unas risitas que no se parecían nada a la de su marido y Grace fue despertando poco a poco. A medida que lo hacía, notó que estaba encajada —o más bien apretujada— entre cuerpos calientes y pies helados. Se le dibujó una sonrisa a caballo entre la alegría y la resignación.

—Niños, vais a despertar a vuestro padre.

—Demasiado tarde; ya estoy despierto.

Los niños reaccionaron ante la voz ronca de su padre y las risas y los movimientos se intensificaron.

Grace intentó moverse y se preguntó por qué los tres pequeños abultaban tanto. Además, algunos pies casi sobrepasaban su pantorrilla.

Tuvo una premonición y alzó como pudo el brazo para tantear. Las risas pasaron a ser carcajadas al sentir su mano haciéndoles cosquillas.

—¿Chicos? —preguntó.

—¡Feliz aniversario!

Tanto Ewan como Grace quedaron al descubierto cuando las sábanas y mantas se alzaron sin previo aviso.

Agradeció que la noche anterior, tanto ella como su marido hubieran

decidido ponerse algo encima después de una satisfactoria sesión amorosa —como solía nombrarla Ewan cuando quería burlarse—. De otro modo, ambos hubieran quedado en evidencia.

—¿Pero qué...? —balbuceó Ewan cuando el frío lo recorrió entero.

Alguien tuvo la poca delicadeza de correr la tupida cortina verde de un solo golpe, y el sol mañanero entró a raudales, provocando que tuvieran que cerrar los ojos al instante.

—¿Os habéis propuesto acabar con nosotros? —soltó acto seguido con aspereza fingida.

Abrieron los ojos por completo y el matrimonio contempló a toda su progenie aferrada a las ropas de cama que les habían arrebatado. No solo estaban los niños pequeños, sino también los mayores. Los siete los miraban tan sonrientes que ellos reaccionaron correspondiéndoles. Adoraban a cada uno de ellos.

—¿No eres demasiado mayor para estas cosas, Eirica? —preguntó Grace a su primogénita.

—Para esto no, mamá —respondió la joven, descarada—. Además, estos renacuajos —señaló a los mellizos, que lucían sendas sonrisas desdentadas— no han parado de dar la lata toda la semana. A saber qué hubieran planeado para vosotros si no hubiera intervenido.

—Cogido el mando, querrás decir —intervino el segundo hermano—. Te has puesto a darnos órdenes como si fueras un general.

—Para variar —intervino Megan, con su eterno flequillo tapándole la cara.

—Tú a callar —replicó la mayor, ahora con el ceño fruncido.

—Pero es que Meg tiene razón. —Eso lo dijo Lesley, la tercera empezando por arriba.

—Si no fuera por mí, ninguno de vosotros sabríais dónde tenéis la cabeza ni los pies.

—Eso es lo que quieres creer. —Su hermano Grand le sacó la lengua.

—¡Ja! —soltó Lesley, al mismo tiempo.

—A mí me gusta Eirica —declaró la penúltima de las hermanas, y la que no había dicho nada todavía.

—¿Lo veis? —Se volvió hacia el resto muy ufana.

—Ella no cuenta. La tienes comprada. —Leslie parecía muy satisfecha de ella misma al afirmarlo.

—¡Eso no es cierto! —Eirica y Maisie protestaron a dúo.

Ewan y Grace se miraron y luego volvieron a observarlos, orgullosos. Solo los mellizos se mantenían al margen —sabía decisión teniendo en cuenta que sus tres hermanas mayores y su único hermano mayor siempre encontraban motivos de disputas—. En el castillo, nadie se aburría; ellos, menos que ninguno.

—¿No vas a decirles nada? —le preguntó a su marido cuando hicieron una escasa (casi diminuta) pausa para respirar entre pulla y pulla.

—¿Es necesario? —se lamentó él.

La obvia respuesta que destilaban sus ojos bastó para que Ewan claudicara. Con un suspiro, dio una palmada.

—¡Chicas, Grand!

—¡Ha empezado él!

—¡No es verdad!

—¡Sí que lo es!

—¡Tú siempre estás de su parte!

—¡¡¡Basta!!! —soltaron al final los dos progenitores.

Los rostros de sus hijos les prestaron ya la debida atención y bajaron la cabeza, contritos, por el espectáculo que habían dado.

—Lo siento.

Como siempre, fue Eirica la primera en pedir disculpas. Tenía muy claro que debía dar ejemplo. El resto la imitó.

—Eso está mucho mejor. Deberíais controlar el temperamento —aleccionó Grace por enésima vez. Eran buenos hijos y mejores hermanos,

pero la cantidad hacían que fuesen bastante competitivos en todo. Al fin y al cabo, ¿a qué hijo no le gustaba sobresalir?

—Vuestra madre tiene razón. Menudo ejemplo les estáis dando a Leathan y a Archie.

Nadie dijo nada.

—Y ahora que ha vuelto la calma, podemos regresar al principio —concedió Grace.

—¡Anda, es verdad!—soltó Grand al tiempo que se daba una palmada en la frente—. ¡Felicidades! ¡De nuevo!

Todos se lanzaron hacia ellos abrazándolos y llenándolos de besos.

—¿Cuántos años hace ya? —preguntó Lesley.

—Uy, muchos —respondió Ewan.

—Eso quiere decir que papá ya no se acuerda —soltó Maisie con una risita.

—Es lo más probable —respondió Grand—. Mamá se vengará, no te preocupes.

—¡Hey, chicos, que estoy aquí!

Grace dio unos golpecitos en el muslo de su marido también con una sonrisa.

—Por eso lo dicen.

—Pero no solo queríamos despertaros. ¿Verdad que no, Eirica?

—En absoluto. Hemos venido a avisaros que hoy os esperan ciertas sorpresas... —adujo, enigmática.

—Y que debéis daros prisa en bajar —Lesley terminó por ella.

—Me encantan los misterios; igual que a tu padre.

—No —respondió él, raudo—, la verdad es que no. ¡Auch! —soltó cuando, esta vez, Grace le dio una palmada en el muslo un poco más enérgica—. Sin embargo, estoy seguro de que disfrutaré de cada sorpresa que nos hayáis preparado.

Todos se dieron por satisfechos y saltaron de la cama. Los mellizos, no

obstante, se apresuraron a abrazarles a su gusto ahora que ya no tenían competencia.

Grace y Ewan se dejaron hacer, aprovechando cada minuto. Cuando menos lo esperaran, ya habrían crecido y ya no necesitarían de su contacto.

—¡Venga, chicos!

Eirica y Lesley los apartaron y ellos se dejaron a regañadientes. No dijeron nada. Sus hijos más pequeños no eran de muchas palabras; solo hablaban lo necesario.

Al cabo de un minuto, se encontraron a solas de nuevo.

—Menudo despertar.

—Puedes apostar. —Ewan le dio un beso en los labios—. Feliz aniversario, señora McDougall.

Grace sonrió y le devolvió el beso con entusiasmo. En todos esos años de matrimonio, ambos habían pasado de todo, pero siempre se había mantenido una constante: el amor, que habían manejado cada día como si de una planta se tratase; lo habían abonado, regado y cuidado, por lo que había dado sus frutos. Ninguno de los dos tenía queja alguna del resultado; ninguna en absoluto.

—¿En qué piensas? —le preguntó Ewan.

—En cómo ha salido todo. No ha sido fácil —dijo Grace.

—Como casi todo lo que verdaderamente importa. Lo que debemos tener presente es lo que hemos conseguido: una familia maravillosa, prosperidad económica y cierto prestigio. ¿Qué ocurre? ¿Te arrepientes? —Le dio un suave pellizco en la nalga y volvió a besarla.

—Sabes bien que no. Tú me has dado todo lo que siempre soñé que podía desear. ¿Y tú?

—Bah, desde luego, no ha sido ni es lo que yo soñé; es más, mucho más. Y ahora, mi dulce perezosa, más vale que vayamos saliendo de la cama y nos vistamos o nuestros hijos son capaces de volver para hacerlo por nosotros.

Grace se despegó, riendo, sabiendo que Ewan estaba en lo cierto.

—Me los imagino haciendo cuentas sobre cuántos años hace que nos casamos.

—No lo sabrán si no lo decimos. Nos consideran muy viejos para pensar que un día decidimos unir nuestras vidas.

—¿Y sabes cuántos años exactos son?

Ewan se acercó con una sonrisa de suficiencia y dijo:

—Los mismos que dura mi amor por ti. —Y cerca de la oreja, le susurró el número exacto.

Si te ha gustado

Si me escogieras

te recomendamos comenzar a leer

El tiempo que pasé contigo

de *Mery Eirabella*



Capítulo 1

—Creo que deberías marcharte. Tu hermano está en camino.

Sofía miró a su madre con la decepción reflejada en el rostro. ¿Por qué la trataba así? ¿Por qué no podía estar en la misma habitación que su hermano? ¿Por qué la odiaba tanto? No le estaba pidiendo nada. No quería nada de ella, solo que la mirase, que fuese su madre por una vez, porque de verdad, de verdad que necesitaba una.

—Mamá... —suplicó, a pesar de que sabía que los ruegos no funcionaban con ella.

La mirada inflexible de Emma silenció a Sofía que, enfadada, recogió sus cosas y abandonó la cocina sin mirar atrás. No había salido de la casa todavía, cuando Abraham hizo su aparición cargando a su segundo hijo al tiempo que sostenía la mano del primero. Lo miró y se marchó en silencio. Y no porque no quisiese hablar con él, sino porque se sentía tan avergonzada que no sabía qué decir. «Hola, ¿cómo estás?», «¡cuánto han crecido tus hijos!». Frases simples que cualquier mortal podía pronunciar, pero que a ella se le atascaban en la garganta y, por más que deseara decirlas, era incapaz de hacerlo.

A pesar de haber vivido aquella situación un millón de veces, todavía no lograba comprender el porqué de aquello. No sabía por qué su madre la detestaba tanto y tampoco por qué la mantenía alejada de su hermano. No recordaba haber hecho nada para merecer aquel trato y, si alguna vez había hecho algo tan grave como para ser expulsada de su casa de aquel modo, al menos podría decírselo para estar en igualdad de condiciones, porque por más que intentaba recordar lo único que venía a su mente era que las cosas siempre habían sido así.

No, no sabía el porqué de aquello. Y no lo sabía porque no recordaba nada. Había perdido todos los recuerdos de sus trece primeros años de vida. Y era por eso por lo que se sentía injustamente tratada, porque no solo se habían desvanecido sus recuerdos, sino que con ellos también había perdido a su familia. O, cuando menos, aquella con la que compartía un vínculo

sanguíneo. Nunca había tenido una relación estrecha con su hermano porque su madre no lo había permitido, jamás había pasado una hora con sus sobrinos y no conocía a su cuñada. No había podido disfrutar de comidas familiares, de celebraciones navideñas, de confidencias con su madre y todas esas cosas que hacían las familias normales. Tampoco había podido pedir consejo jamás, ni compartir sus cuitas con ellos, a pesar de que los había necesitado muchas veces.

—Sabía que la visita duraría poco.

Sofía se volvió sobresaltada y se encontró con su mejor amigo apoyado en la pared del callejón. Las gafas de sol le impedían ver la mirada de reproche que seguramente tendría. No le gustaba que fuese a aquella casa y no se molestaba en ocultarlo.

—Al menos ha fingido aceptar el regalo, aunque lo más seguro es que acabe en el cubo de la basura.

No pudo evitar que el dolor y la decepción se reflejasen en su voz y en su rostro.

Bran suspiró y se apartó de la pared, le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo contra su pecho.

—¿Estás bien? —Ella asintió y le rodeó la cintura con ambos brazos buscando consuelo en su abrazo—. ¿Necesitas algo muy dulce?

—¿Cómo puedes conocerme tan bien?

Él sonrió y le revolvió el cabello como si fuese una niña. ¿Cómo no iba a saber algo tan básico si con solo mirarla podía percibir con total precisión cuál era su estado de ánimo?

—Porque llevamos media vida juntos —respondió—. ¡Vamos! Han abierto una confitería aquí cerca.

Bran se deshizo del abrazo de Sofía y la tomó de la mano para caminar con más comodidad.

—Creo que debería dejar de intentarlo y darme por vencida de una vez.

—Siempre dices lo mismo.

—Esta vez es en serio. No estoy segura de poder soportar otra huida como esta. Ni siquiera me ofreció un café, ¿sabes? No le habría costado tanto hacer uno.

—Pero aceptó tu dinero, ¿verdad? —Sofía asintió y Bran se detuvo de golpe para mirarla—. Sé que son tu familia, pero ya basta, Sofía. Esa mujer ni siquiera sabe cómo vives, si necesitas algo, si te va bien o mal, si llevas una buena vida o si tienes problemas. ¿Alguna vez ha ido a visitarte a tu casa? No, perdona, ¿sabe dónde vives? — Ella negó con la cabeza—. ¿Y todavía la llamas madre? Incluso las malas madres son más humanas que ella.

—Pero...

—Vives sola desde los quince años. Trabajas desde los dieciséis. Has pasado auténticas penurias y ella no ha movido un dedo. Tuviste mucha suerte de conseguir la beca para quedarte interna en el colegio, ¿sabes? No me quiero ni imaginar la clase de vida que habrías llevado de no haber sido así.

—Pero sigue siendo mi madre.

Él la zarandeó con suavidad.

—Despierta, Sofía. Ni siquiera sabes eso. Solo sabes que un día despertaste en el baño del hospital y alguien te dijo que era tu madre. Pero en todo el tiempo que pasaste ingresada no te visitó una sola vez. ¿Crees que una madre se comporta de ese modo?

Sofía se negaba a aceptarlo. Sí, Bran tenía razón, pero no quería reconocerlo.

Aquellos primeros meses en la isla habían sido los mejores y los peores de su vida. Por una parte, había tocado el cielo al instalarse con su madre y su hermano y, por otra, la convivencia no había sido fácil en absoluto. Había tantas restricciones solo para ella, que había dudado hasta de su parentesco con su madre. Apenas podía salir de su cuarto porque su hermano ocupaba el salón o la cocina. Incluso ir al baño y encontrarse con

este en el pasillo se convertía en un problema si su madre lo descubría.

En aquel entonces vivían en una pequeña ciudad interior llamada Frores y ninguno de los dos había sido escolarizado todavía, aunque habían recibido del gobierno los libros necesarios para preparar la indispensable prueba de conocimientos básicos para acceder a cualquier colegio del país. Las horas de encierro le habían servido para preparar a fondo el examen y, gracias a eso, había logrado acceder a una de esas becas que concedían un par de conglomerados empresariales. Aquella beca la había llevado directamente a un colegio de élite, donde había conocido a Bran.

Siempre había querido creer que la felicidad de su madre al conocer el resultado tenía más que ver con su logro que con el hecho de deshacerse de ella. Y todavía quería creerlo, por eso se negaba a dar su brazo a torcer.

—¿Y por qué me trajo a Isla de Invernía con ella? —insistió.

Bran resopló con fastidio.

—Desde luego no fue para hacerse cargo de ti. Mira, sé por qué haces esto, pero no merece la pena. Esa mujer no merece ni tus esfuerzos, ni tu sufrimiento. Ni siquiera te permite estar en la misma habitación que tu hermano y tus sobrinos. Eso sí, a la hora de pedirte dinero no le duele nada llamarte. ¿Cumpleaños y fiestas importantes? Ni siquiera se acuerda de ti. Ella no es tu familia, Sofía. Tu familia somos nosotros: Tania, Eve, Xoel y yo. Vale que no compartamos ni una gota de sangre, pero somos la única familia que tienes. Así que deja de sufrir por quien no te quiere y despierta de una puñetera vez.

Sofía abrió la boca para contestar, pero la mirada de advertencia de Bran la obligó a cerrarla de nuevo.

Su amigo tenía razón, por supuesto. Él, que la había acompañado desde los quince años, conocía mejor que nadie su historia. Pero lo que Bran no comprendía era que recordar su pasado era una necesidad y que temía ser la responsable de aquella situación con su familia. Además, solo su madre tenía la llave de esos recuerdos y, precisamente por eso, era incapaz de

romper lazos con ella.

Caminaron en silencio un rato, aunque más por no tener qué decir que por estar molestos el uno con el otro.

—Quiero recordar —dijo Sofía mientras Bran le abría la puerta de la confitería—, pero tengo miedo de hacerlo. Creo que por eso sigo soportando esto.

Bran suspiró y cerró la puerta tras ellos.

—Pues yo creo que no deberías intentarlo. Quizá hayas bloqueado esos recuerdos por una buena razón.

Sofía lo miró suspicaz y aguardó en silencio a que Bran pidiese café para los dos. Luego se sentaron en una mesa a esperar.

—Sé que quizá sean recuerdos muy dolorosos, pero siempre he sentido que me faltaba algo y necesito saber por qué...

—¡Ahí vas otra vez! —exclamó Bran, molesto.

—¡Es que tiene que haber un motivo por el que me odia tanto! —se empecinó Sofía.

—¿Has pensado que por querer congraciarte con ella puedes acabar sufriendo todavía más?

—Por eso me da miedo recordar.

—¡Pues no lo hagas!

—No quiero ser una cobarde para siempre, Bran.

—Mejor cobarde que apaleada.

Sofía lo miró unos instantes y se inclinó hacia él, buscando alguna señal en su rostro que delatase el porqué de aquel empeño en que mantuviese los recuerdos a raya.

Su insistencia resultaba sospechosa.

—¿Sabes algo?

—¿Yo? Te conocí cuando llegaste aquí, ¿cómo podría saber nada?

—¿Eve sabe algo?

—Eve llegó al hospital cuando ya habías perdido la memoria, ¿cómo va a

saber ella qué te pasó?

Sofía lo miró con desconfianza y se levantó para ir a buscar las consumiciones que habían pedido. Por algún motivo siempre había tenido la sensación de que aquellos dos sabían más que ella sobre su pasado, pero nunca había logrado sacarles información alguna. Eve también insistía en que no debía forzarse a recordar y, cuando le hablaba de su necesidad de hacerlo, su expresión cambiaba y, aunque trataba de ocultarlo, era imposible no percibir su desasosiego, lo que no dejaba de desconcertarla. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo si no sabía nada?

Vale, quizá estaba siendo suspicaz respecto a Bran, ya que lo había conocido poco después de llegar a Isla de Invernía, mas estaba convencida de que Eve sabía algo. Pero, aunque tratase de sonsacarle información, no conseguiría nada. Podría someterla a las peores torturas y aun así mantendría la boca cerrada si creía que aquello que callaba podría hacerle daño. Y se lo agradecía, de verdad que sí, pero era muy frustrante.

Cuando regresó a la mesa, Bran estaba hablando por teléfono con alguien, así que se sentó en silencio y observó el ir y venir de la gente en la concurrida calle. En un momento dado, la conversación de Bran llamó su atención por el tono impaciente que estaba usando y se volvió hacia él, que a su vez la observaba con el ceño fruncido. Por primera vez en su vida lo vio colgar el teléfono de malos modos a alguien. Luego miró a su alrededor como si estuviese buscando algo, la tomó por la muñeca y la sacó de la cafetería a toda velocidad. Hacía tiempo que había aprendido a no cuestionar sus acciones: todo lo que hacía Bran Seixo tenía un porqué, aunque solo él supiese cuál. Aun así, pensó que era un desperdicio de dinero dejar el café y el pastel sin terminar.

—Las crías están cada vez más piradas —dijo él deteniéndose de golpe y mirando a su alrededor muy enfadado.

—¿Crías?

—Sí, crías.

—¿Ahora sales con crías?

—¿Te pareció que estaba hablando con alguno de mis ligues? —preguntó sin poder ocultar su cabreo.

—No lo sé. No estaba escuchando tu conversación.

Bran resopló con fastidio.

—¡Están locas, joder!

—¿Era una alumna? —aventuró Sofía sin mucha convicción.

—¿Dónde más podría conocer yo a una cría?

—¿Y cómo consiguió tu número de teléfono?

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Y qué dijo para cabrearte tanto?

—Me preguntó si eres mi novia y me dijo que no puedo tener una.

Sofía alzó las cejas y se echó a reír.

—Una no, un ciento.

Bran la miró con reproche.

—¿Es momento de bromear? ¿Sabes lo que me dijo la madre de esta niña cuando le dije lo que estaba pasando? Que es culpa mía por estar tan bueno. ¿Y el director? Que me quejo de vicio, que ya quisieran algunos profesores tener tanto éxito.

—¡Bienvenido al mundo de las mujeres!

Bran gruñó una maldición y le rodeó los hombros con un brazo. Estaba molesto y agobiado, pero también preocupado por las personas que lo rodeaban. Si aquella tarada no lo dejaba en paz, tendría que plantearse tomar medidas más duras.

Hasta ahora las cosas habían sido un tanto infantiles: le dejaba notas en la mesa, llevaba galletas que decía que había horneado ella misma, cajas de almuerzo y bebidas y las depositaba en su mesa en la sala de profesores. Y siempre, absolutamente siempre, devolvía aquellos obsequios, consciente de que aquel interés podía causarle problemas. Ahora tenía dieciséis años y seguiría siendo menor de edad hasta cumplir los veinte. Y, aunque no lo

fuese, su actitud hacia ella sería la misma: no estaba interesado en nadie que tuviese menos de treinta y cinco años. Por debajo de eso, ni siquiera las miraba y, cuando se trataba de sus alumnas, se encargaba de marcar muy bien los límites para evitar disgustos.

Estaba harto de las alumnas y de las madres porque, en realidad, Bran no era de las personas que gozaban de tener la atención de los demás. De joven había tenido toda la del mundo y se había saturado. En aquel momento lo había disfrutado, claro: chico guapo y popular sale con todas las chicas guapas y populares que conoce. ¿Quién no sería feliz con eso? Pero ahora tenía treinta y nueve años y estaba harto. Además, le resultaba molesto que solo buscasen lucirlo y muchas veces no estaba del todo seguro de si les interesaba él o su físico. Obviamente, a sus alumnas les interesaba lo segundo. Y a las madres de estas, que hacían cola frente al instituto para verlo y lanzarse a la yugular si les daba la más mínima oportunidad. Pero él, aunque sabía que estaba bien, que llamaba la atención, no creía que fuese para tanto. Quizá ese ridículo interés se debía a que, en un país dominado por morenos, él destacaba con su cabello rubio y ojos azules. Pero tampoco era el más alto o el más musculoso, aunque se machacaba en el gimnasio. Mas no lo hacía solo por estética, sino porque tenía tendencia a engordar y, como era un gran comedor, necesitaba hacer mucho ejercicio para quemar todo lo que metía al cuerpo.

En cualquier caso, y fuese cual fuese el motivo que desataba tal interés, él no era, ni mucho menos un hombre tan atractivo como querían que creyese.

Sofía le sonrió y le dio un empujón.

—¿Debería ir a buscarte al colegio y fingir que soy tu novia?

—¿Quieres que esas taradas te dejen calva? —preguntó horrorizado.

—Llevaré una buena peluca para evitarlo. ¿Te parece una mala idea?

Quizá Tania sería más efectiva que yo: está buena y...

—¿Y tú no lo estás?

—No. Además, ella fue modelo y...

—¿Quién dice que no estás buena?

—Yo.

—Tu opinión no cuenta, bonita.

—La mía es la única que cuenta.

—Lo dice la mujer que está saliendo con el Príncipe de Isla de Invernía, ¿no? El hombre más deseado del país.

Sofía frunció el ceño. Aquel apelativo no le gustaba ni le había gustado nunca porque, si bien se refería a la elevada posición de Alexandre y a la gran diferencia que había entre su estatus y el de otras familias ricas, la gente solía usarlo de forma despectiva o lo relacionaba con los crímenes cometidos por su abuelo durante la Dictadura y la forma en la que su familia había conseguido amasar su fortuna y escalar posiciones en la sociedad hasta convertirse, probablemente, en la más poderosa del país, con conexiones en otros países, que iban más allá de la imaginación de toda la sociedad.

Alexandre siempre había intentado mantenerse al margen de todo aquello y nunca hablaba sobre sus sentimientos respecto a las cosas que debía leer y escuchar cada vez que se veía obligado a mostrarse ante la sociedad acompañado de su madre, así como durante las presentaciones de sus libros.

Nadie, absolutamente nadie, tenía idea de sus pensamientos, sus ideologías, su filosofía de vida o sus sentimientos. Ni siquiera ella, que lo conocía desde la adolescencia. Alexandre era tan hermético, que resultaba difícil acercarse a él. Y, precisamente por eso, porque no sabía de qué modo le afectaba que lo llamasen «Príncipe de Isla de Invernía», detestaba escucharlo de boca de Bran, aunque algunas veces ella misma se refiriese a él de ese modo en sus pensamientos.

—¡Eso no es cierto! —protestó sin ocultar su indignación—. El hombre más deseado del país es Brais Laflerc. Además, mi relación con Alexandre no es... no es... bueno, nos conocimos en la adolescencia. Él no me ve

como los demás.

—¿Y cómo se supone que te ven los demás?

—Corriente, del montón.

Bran no respondió, pero no estaba en absoluto de acuerdo con ella. Y mucho menos aprobaba la forma en la que se veía a sí misma. Si él mismo se había acercado a ella por su belleza, ¿cómo no la iban a ver hermosa los demás? Era imposible. Vale, quizá no era una diosa como Tania, o tan llamativa como otras mujeres, pero era hermosa a su manera.

Lo primero que había llamado su atención cuando eran críos habían sido sus ojos: grandes, ligeramente rasgados y de un llamativo color ámbar que, aun ahora, veinticuatro años después, lo seguía fascinando. Pero lo más hermoso de aquellos ojos no era el color, sino lo expresivos que eran. Resultaba muy fácil leer en ellos y reconocer cualquier atisbo de tristeza, dolor, decepción o alegría. También la pasión y el deseo. Mas esas emociones nunca habían estado dirigidas hacia él o, si lo habían estado, él las había dejado pasar por buscar otros tesoros más hermosos, pero en absoluto más duraderos. Alexandre Bóveda, sin embargo, sí había sabido cómo tornar las miradas de indiferencia en unas más apasionadas y no importaba las veces que se hubiesen peleado por ella —sin su conocimiento, claro—; el hombre más deseado de la isla se había negado a soltar su mano. Según él, era culpa suya por no haber aprovechado su oportunidad. Y, aunque le fastidiase reconocerlo, tenía razón. La culpa era suya y solo suya.

A Bran no le gustaba la relación de Sofía con aquel individuo. Más allá de lo molesto que pudiese sentirse por otras cuestiones, lo cierto era que creía que no la trataba bien: después de tantos años juntos, todavía la mantenía oculta y su relación permanecía estancada en un punto del que solo podrían salir si él se casaba o ella decidía darle la espalda, cosa poco probable. Ya fuese por amor —algo en lo que ella decía no creer—, por lealtad o por costumbre, tendría que ser Alexandre quien diese el primer

paso, porque ella jamás tendría el valor de hacerlo. Y era eso lo que molestaba a Bran: su amiga estaba perdiendo su vida al lado de aquel hombre que, tarde o temprano, se casaría con alguien de su posición, alguien que le aportase beneficios, no pérdidas. Y, si los rumores eran ciertos, sería más pronto que tarde.

—¡Espérame! —gritó al ver que ella corría hacia el autobús—. ¡Eh, vacaburra! ¡Espérame!

—¡Tienes piernas largas, así que corre!

Él la maldijo y echó a correr hasta alcanzarla. ¿Cómo podía correr tanto aquella cosa tan pequeña y encima subida en semejantes tacones? Aquella habilidad suya para mantener el equilibrio sobre lo que a él le parecían herramientas de tortura, escapaba a su comprensión.

—La próxima vez que corras así, te mato. ¡Cualquier día te rompes una pierna!

Pero la amenaza perdió fuerza tan pronto como bloqueó con su cuerpo cualquier intento de acceso al de su amiga. Ella se volvió hacia él y sonrió.

—También hacías esto cuando eras un crío.

—¿El qué?

—Protegerme de los pervertidos.

Él sonrió. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había hecho. Tampoco recordaba haberse comportado de ese modo en el pasado, pero si ella lo decía, entonces sería cierto.

Sofía le devolvió la sonrisa antes de darle la espalda.

«Si tan solo me mirases una vez del mismo modo en que lo miras a él, sería feliz», pensó, «con una sola vez sería suficiente».

Así, al menos, podría morir sin arrepentimientos.

Sofía miró la cruz celta que Bran llevaba tatuada en el dedo anular de la

mano derecha y sonrió con nostalgia. Intentaba cubrirlo con un grueso anillo de oro blanco, pero todavía se podía ver algo de su intrincado diseño. Ella había acompañado al Bran adolescente a hacerse aquel tatuaje durante un viaje del colegio. Como eran los alumnos becados y pobres, no habían podido acudir, así que decidieron hacerse un tatuaje para recordar aquel momento de camaradería «entre los parias». Él estaba obsesionado con todo lo celta porque tenía la convicción de que, al ser gallego, rubio y de ojos azules, era descendiente de los *keltoi* que habían poblado Galicia. Y, como se sentía orgulloso de sus supuestos orígenes, había elegido el diseño y la había arrastrado hasta un local de mala muerte en las afueras de la capital. Allí, un tipo pequeño y flacucho los había atendido con desgana y había mirado sus uniformes escolares con suspicacia, como si no confiase en los niños ricos. Era molesto, pero estaban acostumbrados a que los mirasen de ese modo cuando llevaban el uniforme escolar puesto, ya que estudiaban en un colegio de élite, reservado solo para los herederos de las mayores fortunas del país. Que fuesen los alumnos pobres y becados, producto de la beneficencia no importaba, ya que muy pocos sabían que, de cuando en cuando, los grandes conglomerados empresariales becaban a un par de niños y los enviaban a los mejores colegios de la isla. Bran y ella habían sido dos de los afortunados ganadores de la beca para aquel colegio excepcional, con la posibilidad de estudiar en la universidad perteneciente a la misma institución, siempre y cuando sus notas estuviesen en las primeras posiciones del colegio. Y tanto el uno como el otro se habían esforzado mucho para conseguir las mejores calificaciones. No solo porque de ese modo podrían estudiar en la universidad, sino porque eso también les permitía tener alojamiento gratis y ambos lo necesitaban. Sofía, porque no podía vivir con su madre; y Bran, porque sus padres vivían en el campo y no podían enfrentar el gasto que supondría mantenerlo en la capital y darle estudios.

Bran había decidido que el tatuaje tenía que hacerlo en el dedo anular,

pero Sofía no era tan valiente y había elegido el hombro. Todavía recordaba lo mucho que se había arrepentido de su elección, ya que tenía que pedirle a Bran que la ayudase a aplicarse la pomada antibiótica durante los descansos, y eso suponía desabrocharse la blusa y mostrarle más carne de la que quería mostrar. Aunque sus dudas habían sido del todo injustificadas, ya que a él no le interesaba ella, sino las niñas ricas y hermosas del colegio. Había sido su primera decepción amorosa, pero a cambio había ganado a un buen amigo.

No sabía cómo se las había ingeniado él para mantener el tatuaje oculto de los profesores hasta finalizar la universidad, pero lo había hecho. En aquel colegio no se permitían pendientes, tatuajes o cualquier cosa que «afease la impecable estética de los alumnos», así que había sido una auténtica proeza esconderlo. Y no solo ese, sino los que habían venido después, porque se había hecho unos cuantos durante la adolescencia. Para Sofía era todo un misterio cómo lo había logrado, pero lo había hecho y había llegado a la universidad sin que nadie los descubriese. Excepto, claro, está, los alumnos. Alardear ante ellos de su valentía y masculinidad había sido una necesidad constante para el Bran adolescente. Quizá porque de ese modo creía suplir sus otras carencias frente a aquellos chicos multimillonarios que lo tenían todo... o casi todo.

Mas, a pesar de sus alardes, no había despertado el interés suficiente como para ser reportado por saltarse las rígidas normas de la escuela. Ese había sido su mayor fracaso y, al mismo tiempo, su mayor éxito, ya que había podido terminar sus estudios sin problemas.

Sofía sospechaba que Alexandre se había encargado de silenciar a aquellos alumnos molestos por la popularidad de Bran y que, gracias a su intervención, no había sido expulsado. Pero no estaba segura y nunca se había atrevido a expresar sus dudas en voz alta, ya que aquellos dos no se llevaban bien y temía que, si mencionaba el tema, la situación entre ellos se agravase.

Pero, hubiese intervenido Alexandre o no, no habían sido tiempos fáciles para ellos. Por suerte habían conseguido superar todos los obstáculos y allí estaban, convertidos en adultos y todavía juntos. Ese había sido, quizá, su mejor logro.

—¿Vamos al cine?

—¿Cuándo?

Bran pensó unos instantes.

—¿El sábado?

—Ya has quedado.

—¿Yo?

Sofía asintió.

—Con la bibliotecaria macizorra que quiere ir a la exposición sobre el Neolítico.

—¡Mierda! Me había olvidado.

—Menos mal que me tienes a mí.

Bran se encogió de hombros.

—Puedo cancelarlo.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que corregir algunos trabajos. No creo que tenga tiempo. ¿A qué hora sales mañana?

—A las seis.

—Entonces iré a buscarte.

—¿Quieres ir mañana? —preguntó Bran con expresión despistada.

—No. Pero iré de todos modos. —Lo miró sonriente—. Soy tu novia, ¿recuerdas? Me muero por ver las caras de esas madres.

Él sacudió la cabeza, perplejo.

—Estás loca.

—¡Vamos! Será divertido. Antes nos lo pasábamos bien haciendo el tonto.

«Sí», pensó Bran, «antes, cuando teníamos veinte años, pero ahora

estamos próximos a los cuarenta».

No expresó sus pensamientos en voz alta. No era habitual en Sofía mostrarse entusiasmada con algo, así que se encogió de hombros, cediendo ante ella, como casi siempre.

—Haz lo que quieras —dijo con fingido aburrimiento—. Pero si lo haces, hazlo bien.

—¡Vale! —exclamó Sofía dando un pequeño saltito, entusiasmada con aquella ridícula idea.

Bran sonrió. Por un instante pudo ver de nuevo a una Sofía que hacía mucho tiempo que no veía. La Sofía de antes, la que era antes de que Alexandre Bóveda reapareciese en su vida y los golpes de esta la hubiesen convertido en una mujer cauta e insegura, incapaz de tomar una sola decisión sin meditarla quinientas veces y, en muchas ocasiones, sin llegar a decidir nada por sí misma.

Añoraba mucho a la Sofía audaz, aquella a la que no le importaba hacer tonterías y que solo pensaba en las consecuencias de sus actos una vez había hecho las cosas, no antes. La misma Sofía que, al ver que sus amigos habían decidido dejarlo solo, lo había tomado de la mano y le había dicho que ella siempre estaría ahí para él. La misma que, al ver la desesperación de su amiga adolescente embarazada, la había ayudado a salir adelante, mientras trabajaba como una leona para sacar su carrera y alimentar a su nueva familia. Y él, que estaba solo, había decidido colaborar con ellas. Con la madre que, recién llegada a Isla de Invernía, había perdido la cabeza durante unos meses y ahora debía afrontar las consecuencias, y con la mujer leal que cuidaba a su amiga con el amor de una hermana.

Sofía no tenía ni idea de lo mucho que echaba de menos a aquella chica, ni de lo frustrado que se sentía al ver en qué se había convertido. Por eso no podía negarse a participar en aquella absurda idea.

Aunque había otra razón para hacerlo: era la ocasión perfecta para llevarla a su terreno.

Una celebración para encontrar esposa al joven McDougall. Rostros conocidos en un grupo reducido. Es imposible que nada vaya mal... Aun así, un invitado sorpresa, una familia muy especial, un incidente fortuito y una mujer única conseguirán alterar el curso de los acontecimientos.

¿Está preparado Ewan para enamorarse?

Si un hombre busca candidatas para esposa, no hay nada mejor que hacerlo con tino.



En la Escocia de mil novecientos, Ewan McDougall se prepara para actuar con entendimiento. Por este motivo, pide ayuda a la más indicada para hacer realidad sus planes: su madre.

Los invitados están a punto de llegar al hogar de los McDougall, un castillo ancestral, donde podrá decidir si Marian Elizabeth y él son compatibles; una decisión que ahora le parece de lo más sencilla.

¿Qué puede hacer una mujer cuando casi ha perdido la esperanza que el hombre que aprecia se dé cuenta de que existe?

De camino en Escocia, la señorita Burton no tiene expectativas de ser correspondida. Desearía ser escogida por en McDougall, pero no concibe interponerse en el que podría llegar a ser un buen matrimonio. Solo debe hacerse la valiente y mantenerse al margen.

Elizabeth Urian es el pseudónimo tras el cual se ocultan dos hermanas amantes de los libros, que decidieron dar el paso decisivo y crear sus propias historias. No se consideran unas escritoras como tal, sino que les gusta crear los mismos relatos que le gustaría leer. Todo eso mientras combinan familia, trabajo y aficiones. Son autoras de *Los hermanos Broderick*, *Un auténtico espectáculo* (B de Books-Selección RNR) y *Nunca dejes de esperarme* (B de Bolsillo, 2016). Además participaron en las recopilaciones *Ese amor que nos lleva* y *Epidermis* (2012).

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Elizabeth Urian

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-65-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Si me escogieras

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Elizabeth Urian

Créditos